

*España 1937*

*Memorias*

**LINI M. DE VRIES**



**FICCIÓN**

Universidad Veracruzana

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

Se debe obtener autorización de la Universidad Veracruzana para cualquier uso comercial.

La persona o institución que distorsione, mutile o modifique el contenido de la obra será responsable por las acciones legales que genere e indemnizará a la Universidad Veracruzana por cualquier obligación que surja conforme a la legislación aplicable.

ESPAÑA 1937  
Memorias

FICCIÓN

**UNIVERSIDAD VERACRUZANA**

*Raúl Arias Lovillo*

Rector

*Porfirio Carrillo Castilla*

Secretario Académico

*María Antonieta Salvatori Bronca*  
Secretaria de Administración y Finanzas

*Agustín del Moral Tejeda*

Director General Editorial

Lini M. de Vries

ESPAÑA 1937  
Memorias

Traducción  
Carlo Antonio Castro

Presentación  
Nina Crangle

**FICCIÓN**  
Universidad Veracruzana

Diseño de portada: Queta

Clasificación LC:	DP269.9 D4 2009
Clasif. Dewey:	946.081
Autor personal:	De Vries, Lini M.
Título:	España 1937 : memorias / Lini M. de Vries; traducción, Carlo Antonio Castro ; presentación, Nina Crangle.
Edición:	2a. ed.
Pie de imprenta:	Xalapa, Veracruz, México : Universidad Veracruzana, 2009.
Descripción física:	154 p. : retrs. ; 21 cm.
Serie:	(Ficción)
ISBN:	9786077605652
Materia:	España--Historia--Guerra Civil, 1936-1939--Narraciones personales.
Autores secundarios:	Castro, Carlo Antonio, traductor. Crangle, Nina.

DGBUV 2009/31

Agradecemos el apoyo generoso de Mary Lee Fuhr Baranger y de Toby Irene Stoumen de Vries, hijas de la autora, brindado durante el proceso de la presente edición.

- © Las fotografías de la 1 a la 8 se reproducen gracias al apoyo de la Biblioteca Schlesinger del Instituto Radcliffe de la Universidad de Harvard.
- © Las fotografías de la 9 a la 17, pertenecientes a la colección de la Brigada Abraham Lincoln, se reproducen gracias al apoyo de la Biblioteca Tamiment de la Universidad de Nueva York.

Primera edición, Universidad Veracruzana, 1965

Segunda edición, 30 de octubre de 2009

© Universidad Veracruzana  
Dirección General Editorial  
Hidalgo 9, Centro, Xalapa, Veracruz  
Apartado postal 97, CP 91000  
diredit@uv.mx  
Tel/Fax (228) 818 59 80; 818 13 88

ISBN: 978-607-7605-65-2

## El camino de España

### I

*Han transcurrido 70 años del término de la Guerra Civil española y el fin del sueño republicano, una esperanza frustrada por el oscurantismo que logró prevalecer durante un trecho considerable de la centuria pasada. La fugaz experiencia política y social fue de esta manera suplantada por la pesadilla de una dictadura que se prolongó por más de cuarenta años. A la distancia de esos hechos, el trayecto de la Segunda República cobraría una enorme relevancia en los años 70, en particular durante la llamada Transición, ese periodo incierto, especialmente complejo, en el que las distintas corrientes políticas jugaron un controvertido papel a fin de responder al momento histórico, el que urgía consolidar el espíritu democrático de la patria. La Transición, a la larga, y a pesar de su turbulenta y amenazante atmósfera cotidiana, constituyó toda una lección generacional que aceleró la modernización posfranquista. Volver al desenlace de esa tentativa, la Guerra Civil, ha sido el irrecusable destino de las generaciones posteriores; a lo largo de esta última década, la sublimación o condena de la República en el imaginario colectivo no ha dejado de ser punto de reflexión obligado en lo personal, lo político, lo académico y lo artístico. Muy pocos, quizá, pongan en duda su impronta en la plaza de la discordia y en la configuración de la conciencia política y social de varias generaciones de españoles.*

*El afán reivindicatorio de la última década halló una veta por demás pródiga en el papel de la mujer a lo largo de esa conflagración, interés que se ha materializado en numerosos estudios historiográficos realizados dentro y fuera de España. Los especialistas del tema, por otro lado, coinciden en señalar que uno de los aspectos*

menos estudiado de este periodo ha sido la participación de las mujeres extranjeras en el conflicto. Una de ellas fue precisamente Lini M. de Vries (1905-1982), estadounidense de primera generación de origen holandés.

Convencido de su valor testimonial e histórico, Sergio Galindo publica en 1965 —en esta colección—, España 1937. Memorias, escrito originalmente en inglés y traducido por Carlo Antonio Castro. Pero antes, en 1959, sólo dos años después de la fundación de esta editorial universitaria, el propio Galindo incluyó también en Ficción (volumen 11) El sótano, relato en el que la autora rememora en detalle los primeros años de su vida al lado de una madre cruel y negligente procedente de Holanda, los primeros encuentros con sus orígenes sefardíes resguardados por algunos miembros entrañables de su familia y su lucha por sobrevivir en un medio marginal y de extrema pobreza. Lini, una joven “tan hondamente avergonzada de ser una ignorante”, enfrentaría a su madre negándose a aceptar el destino que ella le tenía reservado, el de ser una simple obrera por el resto de sus días: “...¡la educación no es para puerkas como tú!”.

## II

Comenzaba 1937, año en que arribaron a México los Niños de Morelia, cuando Lini se embarcó en Nueva York en el Île de France rumbo al puerto francés de El Havre como enfermera voluntaria de la American Medical Bureau to Aid Spanish Democracy (AMB), organismo fundado por Edward Barsky, un eminente y querido cirujano neoyorkino que simpatizaba con la República y que devino en figura emblemática de los cuerpos médicos extranjeros movilizados en todos los frentes. (Varios años después, en 1950, cuando Barsky fue condenado a prisión acusado de actividades antiamericanas, Hemingway, su amigo, declaró: “Barsky es un santo. Metemos en prisión a los santos en nuestro país”.)

La primera unidad médica del Batallón Lincoln partió el 16 de enero, con las provisiones del caso, en auxilio de las brigadas internacionales desplazadas para la defensa de España; De Vries consigna

*que el grupo estaba integrado por seis médicos, seis enfermeras (ella incluida), dos conductores de ambulancias, un farmacéutico, un laboratorista y un intérprete. Una vez en tierras de Cataluña, los recién llegados conocieron una realidad que superaba por completo lo que los periódicos de su país narraban diariamente. La participación en una guerra tan atroz como aquella dejó sin duda alguna una marca profunda en quienes lograron retornar a casa. “Jamás volví a preguntarme en qué consistiría la guerra”, escribe Lini, “ahora lo sabía plenamente”.*

*De Vries emplea casi la mitad de estas memorias para abundar en el giro que da su existencia desde que decidió abandonar para siempre las fábricas de hilados y comenzar estudios básicos de enfermería a la edad de veinte años; su incursión como profesionista en el sector de la salud pública y en las condiciones infrahumanas —que conocía muy bien, pues formaba parte de ese mundo— de cientos de familias de migrantes en los años veinte. El extenso preámbulo, que transcurre en los Estados Unidos de las primeras décadas del siglo XX, es esencial para comprender la transformación de una mujer de condición humilde (hija de refugiados, obrera desde los trece años y con apenas los estudios elementales) a una profesional de la salud comprometida con las luchas de los menos favorecidos y entregada a la búsqueda del bienestar de “el individuo y sus derechos”. De ahí que en ese contexto su posterior vinculación al Partido Comunista de su país se diera de manera casi natural; aunque aclara en este testimonial, por duda o por cautela —refiriéndose a su adhesión formal en el lejano 1935—, su misión era servir a los desprotegidos, no a un partido. Desde sus tiempos de hilandera fue un miembro activo del sindicato emergente de la fábrica en la que laboraba; de aquellos días rojinegros, la autora expone sus agudas observaciones del joven movimiento basadas en su experiencia directa en los hechos. La inconformidad de los obreros en las saturadas urbes norteamericanas de aquellos años, como ocurría en el resto del mundo industrializado, amenazaba seriamente las frágiles estructuras sociales. ¿Qué pedían estos hombres y mujeres a sus empleadores con especial énfasis? Dos prerrogativas que hoy resultan ingenuas: una jornada de ocho horas y el reconoci-*

*miento oficial de los sindicatos. En su calidad de trabajadora de la salud, Lini fue también testigo de las condiciones de vida de los jornaleros agrícolas y sus familias:*

*Los trabajadores pedían muy poco: una letrina para no tener que acuciillarse en el campo; agua que beber y con la cual bañarse; un poco más de dinero para que sus hijos pudieran alimentarse con las mismas legumbres que sus padres cosechaban, y el derecho de comprar con su propio dinero lo que quisieran donde prefirieran hacerlo, y no en la tienda de la compañía.*

*Los efectos de la Gran Depresión adquieren a través de las descripciones de Lini un profundo sentido humanitario; ella creía con firmeza que desde el campo de la salud se lograban resultados más positivos para el ser humano. Una idea la obsesionaría toda su vida y en todo lugar: la relación entre un medio carente de las mínimas medidas de higiene y la proliferación de todo tipo de enfermedades. Su ansia de servicio la vincularía con los programas de planificación familiar que impulsaba Margaret Sanger, una feminista visionaria y polémica que hubo de enfrentar a la Iglesia católica. En aquellos años, el hacinamiento en las ciudades a causa de la creciente inmigración y el exceso de nacimientos en miles de familias que vivían en condiciones durísimas, más la crisis económica tan pronunciada, urgían de la administración encabezada por el presidente Roosevelt la creación de medidas políticas y sanitarias que incluyeran el control de la natalidad y la puesta en marcha de diversos programas emergentes de empleo y de salud pública. La joven enfermera encajaría muy bien en esta cruzada por demás complicada y peligrosa; los recorridos por los barrios marginales de Nueva York y los pequeños poblados de las afueras, tenían como objetivo instruir a las mujeres acerca de los novedosos métodos de control. De aquella inicial avanzada, la resistencia de algunos sectores reacios a cualquier cambio del estado de cosas la acusó en la prensa de “extranjera comunista, de ideas subversivas”. De Vries no tenía manera de saberlo en ese entonces, pero el agravio la acompañaría los años por venir.*

### III

*En el invierno de 1936, España comenzó a ocupar la mente de Lini luego del estallido de la Guerra Civil tras el golpe militar. A través de sus lecturas de los diarios y de sus amigos de la Liga Contra la Guerra y el Fascismo, estaba al tanto de los peligros que amenazaban a la República legítimamente instaurada y al resto de Europa. Y a sus familiares —lejanos descendientes de sefardíes—, residentes en Ámsterdam, un territorio codiciado por la Alemania nazi. Acudir en auxilio de España y detener el cerco del fascismo, pensaba ella, podría significar la salvación de su familia holandesa.*

*En el resto de España 1937, la autora nos entera de la llegada del grupo a Barcelona y su traslado a Albacete, la estancia en El Romeral y en el frente de Jarama. Lini no escatima en los detalles para ofrecer un recuento preciso de su misión y de las tareas hospitalarias realizadas por el reducido cuerpo médico en medio del caos y la desesperación para la defensa de Madrid, el arrojo y la valentía de los combatientes españoles y extranjeros y la prudente presencia de los batallones Lincoln y Garibaldi.*

*En esta singular aventura, De Vries contacta con la España más terrenal, la de las personas sencillas, hombres y mujeres del campo que le mostraron el espíritu republicano que los animaba en esas horas decisivas. Modesta, una joven campesina convertida en enfermera de la noche a la mañana gracias a su empeño, es el mejor ejemplo expuesto por Lini para manifestar su admiración en torno a lo que la mujer española era capaz de lograr para superar el papel histórico y cultural asignado a su sexo mientras libraban una guerra.*

*No faltan en esta relatoría noticias de las atrocidades de los moros alentados por Franco, los sabotajes de los infiltrados nazis en el bando defensivo y los bombardeos aéreos de sus pilotos, y las escaramuzas de los camisas negras enviados por Mussolini. La obra no cesará de mostrarnos las filias y las fobias de su autora: nuestra corresponsal en aquella España es una fervorosa antifascista, indignada al extremo por la decisión de los Estados Unidos de mantenerse neutral ante el conflicto.*

*La participación de Lini en la Guerra Civil sólo duró unos meses, los suficientes para que España se apropiara de su corazón por el resto de sus días:*

*Estuve en España sólo una breve temporada; sin embargo, me parecía toda una vida. Desempeñé una mínima parte en la lucha desigual que el pueblo libraba contra las poderosas fuerzas del mal. Lo que esa gente me dio sobrepasaba a cuanto yo pude darle. España me había enseñado cotidianamente en que consistía el valor, el coraje, la bravura y la dignidad del hombre.*

*Contra sus deseos, y de manera abrupta, la brigadista voluntaria deberá abandonar tierras peninsulares. Lejos de su mirada quedaron las confrontaciones y las disidencias internas que contribuirían a la caída de la República. Lejos, muy lejos, la definitiva batalla del Ebro; la amarga derrota. En los últimos días de abril, al poco de haberse instalado en Villa Paz —el palaciego hospital con 300 camas que De Vries organizó en tan solo unos días en un antiguo castillo de los Borbón, próximo a Castillejo—, el doctor Barsky, en un intento desesperado por resistir la inminente caída, le pide volver tan pronto como le sea posible a los Estados Unidos en busca de más apoyo, suministros médicos y voluntarios capacitados. Una vez en su patria, Lini cumpliría con la encomienda recorriendo varias ciudades norteamericanas con el fin de ayudar, inútilmente, a la causa republicana: el ideal revolucionario fracasó dos años más tarde, y sus familiares sefarditas, confiados en exceso de la neutralidad de Holanda, se harían humo en los campos de Hitler.*

#### IV

*El siglo XX fue un siglo pródigo en exilios masivos —e individuales—; la cuota de expatriados españoles de la Guerra Civil, generosa. Para los extranjeros que intervinieron en ella, la pérdida fue una misma y para siempre. No así el rumbo del porvenir, veleidoso en derroteros.*

*El camino de España fue determinante en la vida futura de Lini M. de Vries, una existencia trashumante caracterizada por un ancestral instinto de conservación. En Up from the Cellar (an autobio-*

graphy), publicado por Vanilla Press en 1979, Lini da fe de principio a fin de su forzado nomadismo, que, por otro lado, logró sobrellevar de una manera por demás propositiva y fecunda como quien cumple cabalmente con una vocación. Perseguida por el delirante macartismo, bajo la acusación de “antifascista prematura” (además del estigma comunista que pesaba sobre ella), llegó a México en calidad de refugiada de la Guerra Civil española en diciembre de 1949, país en el que permaneció por más de veinte años. A pesar de su precipitada salida de España, Lini no se salvaría de conocer en carne propia la vía dolorosa que obligadamente debe emprender todo derrotado.

Cercana a la capital federal, Cuernavaca era por aquellos años una pequeña urbe de clima templado en toda estación, por tanto muy atractiva durante años para cualquier desterrado deseoso de un refugio seguro y confortable: republicanos españoles; ingleses, alemanes y judíos que arribaron una vez concluida la Segunda Guerra Mundial; estadounidenses incluidos en las listas negras del FBI en los tiempos de la caza de brujas (escritores, actores, artistas plásticos, militantes de izquierda); latinoamericanos perseguidos por las dictaduras más atroces; sacerdotes católicos progresistas; alcohólicos desahuciados ansiosos de otra oportunidad... Esa era la ciudad que constituyó su primer hogar y en la que subsistió como enfermera y maestra particular de inglés. A ella volvería temporalmente en años posteriores: estableció una escuela de verano para estudiantes extranjeros en la Universidad de Morelos, se involucró en el controvertible Centro Intercultural de Documentación (CIDOC), fundado por el filósofo y anarquista Iván Illich, y en el Instituto Fénix, entre otros proyectos. Al igual que el más célebre de sus residentes, Malcolm Lowry, Lini fue vecina de la calle de Humboldt y tuvo a las mismas caseras que el novelista inglés, Margarita y Argentina Blanco (hermanas del general revolucionario Lucio Blanco, fusilado en 1922 cuando volvía de su exilio en los Estados Unidos).

El largo e intrincado camino en su patria adoptiva le mostró a De Vries infinidad de senderos y atajos que nunca dudó en tomar. Por esa razón no sorprende tanto la variedad y el número de empresas en las que se vio involucrada. Entre ellas cabe destacar su participación

en 1956 en la Comisión del Papaloapan, un programa gubernamental para impulsar el desarrollo de la región del río Papaloapan —una zona rural extensa que comprende los estados de Veracruz y Oaxaca. En este entorno de extrema pobreza y aislamiento, en el que abundaban las enfermedades (como la malaria y la disentería), Lini se dedicó a la práctica y la enseñanza de la medicina preventiva y a la cura del mal del pinto. (Walter Reuter, el fotógrafo viajero alemán, realizó un excelente registro de las faenas expedicionarias de la Comisión y del bellissimo paisaje natural del Papaloapan; Lini aparece en varias de las imágenes.)

En medio de estas tareas, De Vries conoció al antropólogo Gonzalo Aguirre Beltrán, quien la invitó a trabajar en la Universidad Veracruzana —de la que era rector— para capacitar a los alumnos de antropología en materias relacionadas con la salud pública; además, para colaborar en el establecimiento de la Escuela de Verano para Estudiantes Extranjeros, un espacio universitario que aún presta sus servicios en la capital del estado.

\*

España 1937 fue escrito a fines de la década de los cincuenta, durante su residencia temporal en Xalapa, ciudad a la que llegó en diciembre de 1957. En estas memorias no hay terreno vedado —salvo el de la imaginación— ni límites para la franqueza y la penetración rigurosa. Lini expone, de principio a fin, su verdad intransferible con una fuerza evocadora cuya belleza transcribe, más de veinte años después de ocurridos los hechos, la convicción de los ideales, el peso de los acontecimientos y la gravedad de la época que refiere. La Guerra Civil, en ese duelo a muerte contra el olvido, es un recuerdo vivo en el ánimo de la autora.

La naturaleza del régimen republicano y las causas de su fracaso han alimentado desde entonces y en todos lados una feroz controversia; y la noción de exilio, terrible en sus consecuencias desde la perspectiva del ser, está más viva que nunca, no sólo en el corazón del desterrado. Por eso no es extraño que el propio Galindo las ponderara publicándolas; años después, el narrador mexicano caerá seducido

*ante la figura del exiliado español y escribirá Los dos Ángeles (FCE, 1984).*

*Para Lini M. de Vries y su generación —la idealista y comprometida con la realidad social de su tiempo, aunque dogmática en exceso—, la guerra de España no simbolizó únicamente una experiencia aleccionadora en el terreno político contra la opresión. En lo personal, aquella participación contribuiría con los años a trascender los valores heredados que antes de ese viaje se creyeran absolutos: a pesar de la caída, el mundo ya nunca sería el mismo.*

*Es curioso cómo a partir de una experiencia tan perturbadora y dolorosa como la bélica ciertos seres humanos logran posteriormente reconstruir su propia imagen. Para indagar así en el propio ser, nos dice Lini en cada una de estas páginas, se requiere de algo más que lucidez y valor. Tal vez por ello la atmósfera de reconocimiento que la autora imprimió a su relato, a fin de rescatar del olvido a aquellos hombres y mujeres que participaron de una forma u otra en la defensa del ideario republicano. Si algo persiste en el fracaso, queremos leer en este viaje, es la recuperación de una España elevada y polifónica sublimada por el imaginario, una España precaria que se extravió en un tiempo que eligió el humano, más infecundo, camino del espejismo ideológico.*

NINA CRANGLE

*Xalapa, Veracruz, 16 de octubre de 2009*



*Para mis amigos  
Agustine y María Nieto*



El mes de septiembre de 1925 marcó el principio de mi liberación. Con mis valijas en las manos, sentía miedo de entrar a la Casa de la Enfermera, dependiente de la Escuela de Adiestramiento del Hospital de New Rochelle. Era un edificio de ladrillos rojos, de tres pisos. Amplias puertas franqueaban la blanca entrada. Inmaculadas cortinas colgaban de las ventanas de su sótano. ¡Cuán diferente del otro en que mi madre acostumbraba encerrarme! En aquel antiguo reclusorio pululaban las ratas. Ratas de ojos negros, brillantes, que me veían con mirada semejante a la de mi progenitora. Las ventanas de este sótano, con sus albas cortinas, me animaron a subir las gradas y entrar en la Escuela de Enfermeras.

Establecí un primer contacto con el sitio. Yo era entonces una joven de veinte años, gordiflona. El temor me dificultaba el aliento, de suyo ahogado por la opresora faja y el portabustos apretado que mi madre me hacía llevar desde los doce años. La estancia era cómoda, agradable, cálida. Entró una mujer que peinaba canas. Su uniforme blanco, almidonado, crujía con dignidad. Murmuró:

—No tema. Soy Miss Wilday, directora de las enfermeras. ¿Es usted una de las chicas de Maine?

—No, me llamo Lini Moerkerk de Vries; soy de Paterson, New Jersey —le contesté.

En ese preciso instante nos interrumpieron siete alegres voces que subían y bajaban de tono. Se trataba del grupo de Bango, Maine. Siete muchachas, seguras de sí mismas, obviamente graduadas de la High School. Comencé a dudar que yo hubiera sido realmente aceptada allí para estudiar: No había hecho la High

School, mi madre jamás me lo había permitido. Lo que hice fue trabajar en las hilanderías. Me sentí a disgusto, pisando terreno poco firme. Estas jóvenes eran las hijas de los jefes, a quienes jamás había visto. Venían del otro lado de los rieles. Miss Wilday debe haberse dado cuenta de mi azoro, pues me empujó hacia el grupo metiéndome en él. Faltaba todavía una chica, Katherine Calderwood, la escocesa que sería mi compañera de cuarto.

Después nos presentaron con la instructora de enfermeras. Antes de que hubiera terminado de hablar con nosotras acerca del reglamento, ya nos tenía paralizadas de miedo. Una y otra vez nos dijo que no deberíamos hacer esto, o eso, o aquello. Su uniforme, tieso, hacía juego con su rostro y figura severos. El grupo de estudiantes noveles que veníamos de ambos lados de los carriles hizo causa común contra la que entonces identificamos como nuestra enemiga.

Marchamos detrás de Miss Ford, igual que un rebaño de silenciosas ovejas, mientras ella nos mostraba nuestros cuartos y los servicios sanitarios. Mi habitación quedaba en una de las esquinas. Desde ahí podía ver el hospital y los elevados árboles que nos rodeaban. Me suscitó el recuerdo de la pieza que yo había ocupado en el Hogar para Jóvenes Trabajadoras, de la Asociación Cristiana de Jóvenes. Pero, ¡cuán diferente había sido el caso! Era entonces menor de edad y me había escapado de la tutela materna. Tuve que dejar mi querido cuarto y regresar a casa de mi madre, al sótano lleno de ratas. Ahora, ya tenía la edad suficiente y esta habitación iba a ser mía y de Katherine Calderwood, si yo pasaba los exámenes y cumplía con las labores requeridas. Estaba decidida a permanecer en este cuarto y a dejarlo sólo cuando hubiera finalizado mis dos años y medio de estudio.

Nadie me gritaba en esta ocasión: “¡No te bañes; el agua cuesta dinero!” Por el contrario, aquí se nos pedía que nos bañáramos al entrar y salir del hospital. Me deshice de la dura espiral acerada de la faja que mi madre me obligaba a usar. La coloqué cuidadosamente bajo una almohada. Después de todo, no había para qué mencionar las fajas: el cuerpo era un objeto pecaminoso y las ropas íntimas también, debido a su contacto. Tal se me había dicho.

Al volver de la ducha, encontré a mi compañera en nuestra habitación. Mi faja y mi portabustos estaban en una silla, al aire libre. Una muchacha delgada, de agradable apariencia, se me quedó viendo. Me dijo, con acento escocés:

—Las fajas y los sostenes deben ventilarse, no meterse bajo las almohadas. Y otra cosa: quiero esta cama; tú puedes quedarte con aquella.

Sin decir palabra, la escuché. Su voz, su pronunciación, su vestido, la seguridad que en sí misma denotaba, constituían un mundo aparte del de las muchachas de las bobinas y las operadoras de teléfonos que yo había conocido.

—¿Quieres un cigarrillo? —me preguntó.

—Oh no, está prohibido y no fumo —le contesté.

—Es una regla estúpida, quédate a la entrada mientras me echo un cigarro —me ordenó.

Me puse enfrente de la puerta. Ella se quedó cerca de la abierta ventana. Durante varios años cuidaría yo de aquella puerta mientras Scottie fumaba.

Pronto nos apodaron *Scottie* y *Dutchy*, y nos volvimos uña y carne. A veces me parecía insoportable cuando insistía en corregirme mi postura, la propiedad de mi vestido, mis modales a la mesa y casi todo mi inglés. Ella fue quien realmente me enseñó la lengua. Dejé de decir *ain't*, *goils...* tan comunes entre quienes no han estudiado gramática. ¡Hasta comencé a hablar con acento escocés! Para mí fue una fortuna el haber tenido a Scottie de compañera de cuarto. Siempre se lo agradeceré. Me empapé de cada una de sus enseñanzas, aunque al principio hayan sido muy rudas.

Comenzaron las clases. El sitio que yo había creído que era el sótano del Hogar de la Enfermera, constituía en realidad la planta baja, donde estaban las aulas y una cocina en la que se enseñaban labores culinarias. Bajo los ojos penetrantes de Miss Wilfur, bañamos muñecas, restregamos sus espaldas, nos bañamos las unas a las otras y, poco a poco, aprendimos las artes de la enfermería. Los médicos nos dieron conferencias y pláticas acerca de cuanto se relaciona con el cuerpo humano. Por la noche nos reuníamos en nues-

tro cuarto a estudiar. Puesto que jamás había ido a la Secundaria, yo misma me había tenido por una estúpida. Pero ya para entonces me daba cuenta de que aprendía con gran rapidez, y ayudaba a mis compañeras a entender la materia médica, la anatomía, etc. Esto me ayudó a adquirir personalidad, pero nunca reemplazó lo que ellas gozaban cuando hablaban acerca de sus familias. En tales ocasiones, me quedaba callada: ¿Cómo podría hablar de mi madre? El universo de mis condiscípulas era norteamericano, muy diferente del mundo holandés del que yo provenía. Me apenaba por mis padres y, al mismo tiempo, sentía vergüenza por ello. Así, pues, me dedicaba a estudiar.

A medida que pasó el tiempo se nos permitió trabajar en las guarderías, bajo la debida vigilancia. Una tarde, mientras me encontraba en la sala de mujeres, me encomendaron que tomara la temperatura, la respiración y el pulso. Una paciente tenía la mirada más extraña que había visto jamás. Estaba inconsciente y yo apenas podía sentirle los latidos. Su respiración disminuía de un fuerte jadeo a un ruido imperceptible. Cuando vi su temperatura, el termómetro marcaba 107° F. Bajé corriendo hasta la oficina de la intendente, a decírselo.

—¿Qué hago? —le pregunté. Con toda frialdad me contestó:

—Llama a la enfermera titulada y arregla a esa mujer para que se la lleven a la morgue.

—Pero si todavía está viva —le respondí.

—No durará mucho, anda; ¡haz lo necesario! —me dijo, regañona.

El médico declaró sin vida a la paciente y tuve que amarrarle el maxilar y alistarla para su viaje a la morgue. La llevé en una camilla de ruedas. ¿Estaba realmente muerta? ¿Había yo hecho todo lo posible? Al meter el cadáver en el refrigerador, ¿la estaba matando, o ya estaba inánime? Permanecí de pie ante la puerta abierta de la nevera, sin soltar su helada muñeca. Trataba de sentirle el pulso. No me atrevía a meterla. Confusa, escuché a la enfermera que me decía:

—¡Dios mío! ¡Vaya lugar para soñar despierta! ¡Con tantas charolas que hay que servir para la comida y tú aquí, de la mano de un cadáver!

Empujó el cuerpo inerte en la nevera... y me llevó escaleras arriba, con todo y camilla, rumbo a la sala. Desgarrada por la emoción, dudando que la paciente hubiera exhalado su postrer aliento, comencé a servir la comida de los vivos.

Nos levantábamos a las seis de la mañana, desayunábamos, íbamos a la capilla y, a las siete, comenzaba nuestro turno. Por la tarde recibíamos clase. Nuestro periodo de prueba pasaba con rapidez. No había vuelto a Paterson ni pensaba hacerlo. Trataba de no acordarme de los años anteriores a mi inscripción en la Escuela de Enfermeras. Un nuevo mundo me abría sus ventanas. Scottie, los médicos, los enfermos a quienes cuidaba, me enseñaban tantas cosas. El velar la cabecera de un enfermo constituye una verdadera prueba. En aquellos días no contábamos con antibióticos. La lucha entre el paciente y los microbios era a muerte. El cuidado de la enfermera le ayudaba al enfermo a combatir los gérmenes invasores. El médico blandía su bastón y ordenaba:

—¡Un poco más de esto! ¡Un poco menos de eso! Estaba prohibido cantar en las salas, pero yo canturreaba, conteniendo el aliento, con la satisfacción de estar allí, aprendiendo.

Pero a medida que 1925 llegaba a su término, me sentí con menos ganas de cantar y a punto de echarme en una de aquellas camas que tendía con pliegues tan perfectos. Me palpitaba la cabeza. El dolor me irradiaba de una muela que sentía del tamaño de una enorme pelota. Tenía las mejillas coloradas de fiebre. Scottie me dijo:

—Dile a Miss Ford que estás enferma.

—Oh no, Scottie, puede mandarme a casa, ¡por eso tengo miedo de decírselo! —le repliqué, apretándome el rostro que me pulsaba.

Mi compañera de cuarto no guardó silencio. Vino Miss Ford:

—¿De qué te quejas? —me preguntó.

Le expliqué lo que me ocurría. Me respondió con voz dura y engolada:

—Estás aquí para aprender a cuidar a los enfermos y no para chillar por unos dolorcitos; ¡vete a ver al dentista! —me ordenó.

Ganábamos quince dólares al mes. ¿Cómo podría pagarle la consulta? Yo no recibía dinero de casa, como las demás muchachas.

A la mañana siguiente estaba sentada en el Depósito de Medicinas, apretándome la cabeza. En ese cuarto hacía torundas y preparaba otros dispositivos quirúrgicos. Nuestro otorrinolaringólogo entró en la habitación.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

—Me duele la cabeza entera —le contesté.

Salió y le pidió a una enfermera que llamara a Miss Ford.

Esta acudió, condenándome a muerte con la mirada. El doctor Stevenson comenzó por darme golpecitos en la mejilla. Ni siquiera me di cuenta de que caía desmayada. Cuando abrí mis ojos nuevamente, vi encima de mí, desde el suelo, el antipático rostro de Miss Ford: “¡Dios mío!”, rogué, “¡no dejes que me expulse de la escuela!”

El doctor Stevenson me ordenó meterme en cama. Las estudiantes abrieron los párpados con sorpresa al darse cuenta de que Miss Ford, la instructora de enfermeras, me empujaba en una camilla rumbo al piso semiprivado. Quedé hospitalizada. A todo esto, no estaba muy preocupada por los exámenes. Trataba de que mi adolorida cabeza no explotara, sosteniéndomela con ambas manos.

Apenas me daba cuenta de los preparativos que a mi alrededor se hacían para someterme a una operación menor. El médico tomó un instrumento para comprimir huesos y, con rápido empuje, me hizo una punción en la encía derecha. Salió un chorro de pus que corrió sobre mí, sobre él, hacia el bacín. Sentí como si mi hinchada cabeza sufriera un colapso, semejante al de un globo que se aplasta. Mis compañeras comenzaron a asomarse, diciéndome:

—Pero oye, Dutchy, ya vienen los exámenes y debes aliviarte pronto.

—Oh, en menos de una semana estaré fuera de aquí —les repliqué.

En lugar de eso, empeoraba cada vez más. Se me hinchó el brazo derecho. El grosor de mi pierna era doble de lo normal. Tenía tiosa la espalda. Es que me aquejaba una fiebre reumática aguda. Ahora sí comencé a preocuparme por los exámenes. Hasta Miss Ford se tornó amable y me informó que habían decidido, basándose en mis estudios y aprovechamiento, que yo tendría un promedio de 9.5 sin someterme a las pruebas. Esto no me alivió el dolor de las coyunturas, pero sí disipó mis preocupaciones. Mientras las muchachas me frotaban la espalda o me envolvían las extremidades en aceite de pirola, yo les ayudaba a repasar las clases. Me daba miedo esperar la señal de apagar las luces, pues tendrían que dejarme sola.

A medida que la temperatura del cuarto bajaba, el dolor me ponía al borde de los gritos. Cinco de cada diez muertes a causa de fallas del corazón eran el obligado final de las fiebres reumáticas agudas. Tres casos de diez quedaban con vísceras cardíacas lesionadas y sólo dos lograban salir indemnes. Yo sabía eso, lo había estudiado. Para mí era preferible la muerte a regresar a Paterson. Quería decirles: “¡No le digan a mi madre que estoy enferma!” Pero si lo hacía, pensarían: “¡Qué muchacha más extraña!” ¿Cómo podría yo explicarle a esta buena gente lo que mi madre significaba para mí? Cuando el doctor me preguntaba, “¿por qué no le quitaron cuando niña estas amígdalas, hoy llenas de pus?”, no podía decirle la simple verdad de que mi mamá no quiso nunca gastar su dinero en mí.

Pero le notificaron mi enfermedad y vino a verme. Le temblaban sus rollos de grasa cuando me gritó:

—¿Por qué aquí no hablan holandés? ¿Por qué no fuiste a esperarme a la estación?

Ni siquiera se había dado cuenta de que yo no podía moverme, con los miembros vendados. Me leyó los labios, según le respondí en nuestro idioma:

—Aquí nadie puede hablar holandés, excepto yo. No puedo mover las piernas para caminar, ¿no lo ves?

Hasta entonces se enteró. Me miró fijamente, con maligna satisfacción. Ya una vez me había escapado de casa y ella me había hecho regresar. Estaba disgustada por el hecho de que yo hubiera huido para entrar en la Escuela de Enfermeras. No pudo resistirse a decir:

—Ahora te enviarán a casa. No te quieren aquí. Puedes volver a trabajar en los telares, donde estarás a tus anchas.

Guardé silencio. ¿De qué servía explicarle algo?

Pocos días después de la visita de mi madre, una compañera me avisó que un hombre estaba fuera, solicitando permiso para verme.

—Se trata del señor Bernardo... —me dijo.

Le repliqué histéricamente:

—¡No quiero verlo! Díganle que sólo puedo recibir miembros de mi familia, o cualquier otra cosa, pero yo no quiero hablar con él.

Me acordé de aquellos días de mi adolescencia, cuando mi madre me vestía muy bien e íbamos a visitarlo en Dobb's Ferry; recordé las interminables horas que yo pasaba a la intemperie, bajo la nieve, esperando que me llamaran, mientras ellos estaban adentro, calientes y cómodos. La enfermera opuso:

—Pero Dutchy, si él dice que es de tu familia.

—Yo no sé nada de eso. ¡Dile cualquier cosa, pero aléjalo de aquí! —le respondí.

—Bueno, no pierdas la compostura, Dutchy, que no lo dejaré entrar —me prometió.

Poco tiempo después vino a verme la hermana de aquel inoportuno visitante. Cuando estábamos en Holanda, la había querido siempre, lo mismo que a su madre y hermanos. En realidad, les había guardado estimación constante, salvo al mayor, a quien mi madre amaba, cosa que yo no podía soportar. La única persona a la que mamá, de acuerdo con mi experiencia, había querido, y con la que había sido amable, era él. Ni mi padre ni yo misma gozamos nunca de su afecto.

—¿Por qué no quieres ver a mi hermano? —me preguntó Flora.

—No lo sé, de veras; sólo sé que me trastorna, que me trae recuerdos insoportables. ¿Para qué quiere visitarme? ¡Hasta dijo que era familiar mío! —repuse.

—¡Pero yo creía que tú ya lo sabías! Si en Holanda lo saben todos... ¿Es verdad que no estás enterada? Lo que pasa es que no quieres aceptarlo. ¡Eso es lo que sucede! —murmuró casi para sí misma.

—¿Qué es lo que tengo que saber? —le pregunté.

No obstante, yo estaba casi segura de cuál sería su respuesta. Lo había sospechado desde 1923, a partir de los últimos días que pasé en Holanda, con *tante* Sara y su esposo, tío David.

—¡No me lo digas! ¡No quiero saberlo! —le supliqué.

—Entonces, ¿te das cuenta de que mi hermano es tu padre? —y continuó—: ¡Tiene derecho a verte! ¡Es tu papá!

—¡Ningún derecho tiene! Puede que sea mi padre, por haberme engendrado; pero, ¿qué ha hecho jamás por mí? ¿Acaso me ha dado algo? ¿Me ha preferido a mi madre, como lo hacía el señor a quien llamo “padre”? ¿Se dio cuenta alguna vez de que mi madre me encerraba en el sótano, entre el carbón y las ratas? ¿Le impidió que me pegara, cuando me tundía parejo? ¿Me protegió acaso? ¡No quiero verlo! ¡No es mi padre! Sólo espero que mi “papá” jamás lo sepa —le respondí.

—Conque eso es lo que soy, una hija ilegítima... —me dije, murmurando.

—¡No digas eso, Lini! Tú eres digna de cariño —respondió Flora.

—¡Ja, digna de cariño! El único cariño que yo he recibido fue el de mi *tante* Sara y mi *oom* David... También me quiso el joven David Schaap. Bueno, hasta mi padrastro me quiere a su manera, aunque no puede demostrármelo a causa de mi madre. Ella, debido a la pasión que siente por tu hermano, nos ha amargado la vida a mí y a su propio esposo. Mamá casó con un protestante, convirtiéndose. Ahora niega a sus padres, hermanas y hermanos, que son sefarditas. Tiembla de odio. ¡A mí me odia enormemente!

Le pregunté:

—¿Quién te mandó a verme, Flora?

—Mi hermano; tu mamá no sabe que he venido y, por favor, no se lo digas... ¿Querías hablar con mi hermano? —tornó a preguntarme.

—¡No, no hablaré con él! Permaneceré con el hombre a quien llamo “padre”. Puede que sea de clase más humilde que tu familia o la de mi madre, como ella dice; pero me ha dado de comer todos estos años, y yo me quedaré con él.

Comencé a darme cuenta de las cosas y a entender un tanto la amargura que mi madre abrigaba, cuando me contó que Bernardo se casó con otra por dinero, y a ella la hizo a un lado. Mamá había emprendido el largo viaje hacia América para contraer matrimonio con el hombre a quien quería. ¡Estaba embarazada de mí, cuando él se unió con otra mujer! Llegué a admirar su decisión y valentía de buscarse otro varón, desposarlo y hacerle creer que yo era su hija. En cambio, la despreciaba por haber seguido viéndose con Bernardo cuando su esposa no estaba, y hasta por haberle prestado parte del dinero que mi “padre” ganaba.

—¿Podría yo decirles a las dos hijas de Bernardo que soy su medio hermana? —le pregunté a Flora.

—¡Oh, no! ¡No hagas eso! —me contestó.

—¿Por qué? ¿Echaría a perder su vida de estudiantes, su prestigio en la High School, sus clases de música, o cualquiera de las cosas de que yo jamás he gozado? Ellas nunca trabajaron en las hilanderías. Estoy segura de que su madre jamás las llamó “putas”... ¡Carajo! ¡Yo también reniego de ellas! —maldije.

Ya no pude contenerme:

—¡Digna de cariño! ¡Toda mi vida me ha tratado mi madre como si yo fuera producto de un pecado! En vez de llamarme por mi nombre, me decía “puta”. No quiero tener nada que ver con él, contigo, con nadie de tu familia... ¡Viviré a pesar de todos ustedes y de mi madre!

Flora respondió:

—Pero tú no debes odiar a tu madre.

—Si no la odio, la detesto. Ella enferma a todos los que puede con sus odios y sus habladurías. Su familia la llama “Buscabullas”. Ahora me doy cuenta de que no le debo nada. ¡Soy libre! Puedo llegar a ser una persona, ¡yo misma!, y lo seré a pesar de cuanto se me oponga, de todos ustedes y de mis adoloridas extremidades.

¡Vete, por favor! ¡Déjame en paz! ¡Quiero estar sola! —le dije, oprimiendo el timbre para que la enfermera de guardia la condujera fuera de la sala.

Tan grande era mi desdicha que, en comparación, los dolores musculares me parecían más leves. Mi corazón era una enorme llaga. ¿A quién podría contarle estas cosas? No tenía a nadie para descargarle, refiriéndoselo. ¡Ojalá que *tante* Sara pudiera venir de Holanda para auxiliarme! Yo no era más que una bastarda, una judía, abominada, sin cariño, infeliz en cuerpo y alma. Este fue uno de los momentos más miserables de mi vida. Afuera hacía frío. Ni el calor del cuarto ni el que en los miembros me procuraba el aceite de pirola bastaban para calentar mi helado espíritu. No podía mover un dedo, levantar una pierna. No podía voltearme sin la ayuda de dos enfermeras. Las lágrimas me corrían por las mejillas y me era imposible enjugármelas.

Fuera, la nieve caía silenciosamente. Cada uno de los enojados copos me atería más. Se fundían en los cristales de la ventana y yo hubiera querido seguir su suerte. A pesar de lo dicho a Flora, estaba perdiendo mi lucha por la vida. Cuando mamá fue a verme, su maligna exultación me incomodó más. Me preguntó:

—¿Quién te dará de comer? ¿Quién te cuidará? ¿Adónde vas a ir a parar cuando te saquen de esta cama? ¡Ya no podrás ser enfermera! ¡Ese es tu castigo por desobedecerme...! No tienes a nadie sino a mí, ¿qué te parece?

Ella y el pensamiento de cuán cierto era lo que decía me llenaron de temor.

Mis ideas iban y venían. Hubiera querido que mis piernas y mis brazos hicieran lo mismo. ¿Qué significa ser un judío? ¿Por qué los norteamericanos no quieren a los semitas? A mí me habían enseñado a odiarlos. Mi madre era una fanática calvinista y yo me preguntaba si ella era, en realidad, judía. En cuanto a mí, ¿qué era yo? Siendo judíos mis dos progenitores, yo tendría que serlo también, pero ahí estaba el hecho de que me habían bautizado con el nombre de Lini Moerkerk de Vries en la Iglesia holandesa reformada, la misma contra la cual me había rebelado por sus prédicas que

atacaban a quienes no eran prosélitos suyos. ¿Qué era yo? Avergonzada, me dije: “No le diré a nadie que soy una hija natural ni que soy judía”. Me horrorizó el pensar de esa manera. ¿Qué estaba negando? ¿A quién rehusaba?

Los helados meses del invierno pasaron mientras yo seguía inválida en el lecho. Mis condiscípulas apenas se asomaban una que otra vez. Me sentía deprimida. Cuando la enfermera vino a bañarme y a peinarme la abundante cabellera, me atreví a decirle:

—¿Por qué no tomas las tijeras y me cortas el pelo?

Mi cabellera era lo único hermoso que yo había tenido, mientras el resto de mi cuerpo era feo y grueso. Estaba a punto de caer en la más honda desesperación y de renunciar a todo, cuando trajeron a la víctima de un accidente que pasó en la carretera de Boston. Se trataba de una joven.

Tenía fracturas en espalda y pelvis. Parecía una bella flor desmenuzada. Cuando la enfermera nos dejaba solas en el cuarto, ella me colocaba en el timbre los dedos que yo podía mover. La preocupación que experimenté por Madeleine hizo que volviera a interesarme en la vida.

La savia corría por el interior de los árboles. Los retoños comenzaron a brotar en las ramas. La nieve se derritió y la primavera se extendió por el aire. Mi espalda comenzó a recuperar el movimiento. Pude contraer los dedos de pies y manos. Ya no tenía fiebre. Era abril de 1929. Había estado en cama durante cuatro meses. Compartí las flores, los dulces y hasta los visitantes de mi compañera de reclusión. Uno de ellos fue acostumbrándose cada vez más a sentarse a la vera de mi lecho, a platicar conmigo. Me sentía muy a gusto con él, como en tiempos pasados, en Holanda, me había sentido con el joven David, a quien amé. Cuando este murió, y yo lo supe, jamás pensé que pudiera enamorarme nuevamente. Y, sin embargo, aquí, en un lecho de hospital, comenzaba a encariñarme con Wilbur.

A principios de mayo me dieron de alta. Tocaba a los médicos establecer en qué medida se había resentido mi corazón y si tendrían que enviarme a casa. ¿A casa! ¿Qué casa? Esperé, temerosa, su decisión.

El penetrante chillido de los silbatos comenzó a burlarse de mí en cuanto llegamos a Paterson, New Jersey. Desde las ventanillas del tranvía contemplé a los trabajadores de las fábricas de hilados y tejidos, saliendo de sus labores. Mamá se dio cuenta de la expresión de mi rostro, y exclamó:

—Pronto estarás allí, en tu sitio... Tú y tus pretensiones; ¡la educación no es para puerkas como tú!

Me quedé callada.

Escuché los malignos comentarios de mi madre como si nada. Ella quería que le respondiera, tal otras veces. Pero ya no me importaban sus frases. Cavilé que si ya no podía correr ni nadar ni aprender, ¿de qué me serviría la vida? Si me daba por vencida y volvía a trabajar en la hilandería, ello sería aceptar lo que mi madre me destinaba y pasar una vida agonizante. ¿No era preferible, entonces, la propia muerte?

Me acordé de Wilbur, por quien había comenzado a sentir cariño en mi lecho de enferma. ¿Por qué lo amaba, si tal era mi sentimiento? ¿Se debía a que me recordaba a David, el joven, y las atenciones que este me había deparado en Holanda? ¿Quizá porque Wilbur tenía una preparación superior? ¿O es que yo le agradecía que, según era evidente, me quisiera? Wilbur no era guapo. Su cabello rubio era más bien ralo. Las gafas aguzaban sus estrechos ojos. El rostro ancho, aunque su voz era agradable y suave. Pero, ¿cómo podía este muchacho amar a una joven que ni siquiera había ido a la High School? Lo mejor era olvidarse del asunto. No había tiempo ni esperanza.

Dando tumbos por la vida, de una u otra manera, pese a mi madre, había sido capaz de enfrentarme a los problemas y sobrevivir. Ahora, estaba aturdida, atarantada. Pronto iba a cumplir veintiún años. Recordaba el único cumpleaños feliz que tuve, a los dieciocho, en Holanda, en el hogar de mis tíos y del joven David, muerto ya, con quien yo había querido casarme, hombre al que había amado profundamente. ¿Qué podía hacer? Yo era la viva imagen de la salud, pero los médicos habían dicho que mi corazón no andaba bien. Mi madre me gritó:

—¡Vete a trabajar y gánate la comida que te comes!

Se enojaba cada vez más, puesto que yo ni siquiera le respondía. Me ocupaba en limpiar ejotes y chícharos, pelar papas.

Mamá vociferaba: “¡Es un pecado sentarse sin hacer nada! ¡Toma, sácale brillo a los trastes!” Yo no sabía qué hacer. No podía vivir otra vez en esta casa. ¿Tendría el suficiente valor para suicidarme?

Día tras día, sentada en el peldaño de la puerta, comencé a contemplar Prospect Park, el suburbio de Paterson, bajo una nueva luz. Estos eran los Estados Unidos, pero casi no se escuchaba la lengua inglesa. Aquí vivían cinco mil holandeses y una familia italiana. Todos eran protestantes, salvo nuestros vecinos, los italianos, católicos. En siete templos holandeses reformados se decía a la gente, tres veces cada domingo, que constituía el pueblo escogido. Cuando niña, había escuchado sermones por el tenor de “jamás ames a tu vecino, odia, odia”. Sólo los holandeses reformados iban al cielo. Cantar los domingos era pecado. El cine estaba prohibido. Jugar cartas era cosa del diablo. Los católicos eran idólatras y los judíos habían asesinado a Cristo.

Cuando tenía doce años me rebelé: fui a cantar en el coro de la Iglesia baptista. Volví a rebelarme. Scottie, mi compañera de cuarto, no era holandesa reformada; mis condiscípulos eran católicos. Muchas veces había ido con ellos a la primera misa, al alba. No todos los trabajadores de la fábrica con quienes había estado eran holandeses reformados. ¿Qué les había pasado a estos holandeses que vivían en Prospect Park? En Holanda, las religiones convivían, una al lado de la otra, en tanto que aquí sus fieles se odiaban entre sí. Estos creyentes eran carpinteros, albañiles, plomeros, tejedores, rompehuelgas. La colina donde vivíamos se llamaba Scab Hill. Los miembros del sindicato odiaban a la gente que vivía en la colina, ya que esta jamás se les unía en una huelga, sino que más bien trataban de romperla. Los periódicos de Hearst y el dólar eran, después de la Iglesia, sus dioses. ¡Y mi madre negaba a su gente, a su familia judía, para que estas personas la aceptaran! Mi padre, sólo putativo en realidad, no se les semejava aunque procedía de aquel provincial tronco holandés reformado. Él no sería un *scab*, un obrero desclasado, roñoso. Él per-

tenecía al sindicato. Decía que los diarios de Hearst eran papeluchos amarillistas, llenos de mentiras. Para ellos, los Estados Unidos eran como una casa de dos pisos, uno para habitar en él y otro para rentarlo. Para nosotros, lo mismo. No hay que comprar a crédito. Ayuda al dueño de la fábrica a romper la huelga. No entres al sindicato, porque algún día tú mismo puedes llegar a ser patrón. Yo no quería continuar entre aquellos holandeses que trataban de ser norteamericanos. Ni podía ser tampoco un estadounidense con su típica perspectiva. ¿Qué era yo? ¿A qué grupo pertenecía?

Mamá lanzó un chillido:

—¡Ve a buscar trabajo en la fábrica! No creo que tengas un soplo en el corazón. ¡Perezosa!

Sus alaridos me sacaron de casa. Me dirigí a la cantera de Jackson, lugar al que con frecuencia había ido con las muchachas exploradoras, mis compañeras. Una corriente se precipitaba desde un peñasco, sus aguas recogían joyas nunca vistas y con ellas coloreaba un arco iris. El follaje reflejaba un verde sombrío en el hondo estanque, debajo de la catarata. Los médicos me habían prohibido nadar. A medida que me desvestía, cavilando acerca de la vida y la muerte, coloqué mis ropas sobre una piedra, cuidadosamente. Me sumergí. Hormigueándome el cuerpo por la zambullida en el agua helada, volví a la superficie. Deseosa de vivir, la muerte me estremecía.

Con una postrera mirada al bello escenario, me sumergí lo más hondo que pude. Tragué agua. Quería ahogarme. La vida, más fuerte, me hizo salir en busca de aire. Lentamente me arrastré hasta la orilla y lloré por el olvido que no podía obtener. Frustrada, hube de escuchar nuevamente los gritos de mi madre. Desde entonces, volví a la cantera de Jackson todos los días y nadé en la poza con la idea de que mi corazón mejorara o empeorara. No quería términos medios: vida o muerte, uno u otro de los extremos, ¡mas no regresaría a los telares!

Cierta vez, mientras caminaba rumbo a casa, un automóvil se me acercó por un costado. Wilbur me llamó:

—¿Por qué no querías que supiera dónde estabas? Me costó mucho encontrarte. ¿Por qué no me dejaste tu dirección, o una nota, por lo menos?

Le contesté, entrando en el coche:

—Pero si los doctores dicen que tengo un soplo cardiaco y que me quedará inválida toda la vida. ¿Quién tiene ganas de salir con una muchacha así?

—Óyeme, Dutchy, yo también tengo un soplo y he estado mal del corazón durante muchos años. ¡Ni siquiera me acuerdo de él! —replicó.

Mi adiestramiento profesional me había preparado para una confesión de aquella naturaleza.

—¿Tú también sufriste una fiebre reumática? —le pregunté.

—¡Claro! Hace diez años, y no me importa —insistió.

Me le quedé viendo maravillada.

Cuando puso en marcha el automóvil, le dije:

—¡Para! Déjame decirte algo sobre mi madre; podrías espantarte si se le ocurre gritar en holandés.

—¿Qué le pasa? —me preguntó.

—En realidad no lo sé, Wilbur. Me ha odiado desde siempre, así es todo lo que de ella recuerdo —repliqué.

Le conté algunas cosas, nada más. Es que no me sentía lo suficientemente segura de él como para hacerle revelaciones acerca de mi padre verdadero y la conversión de mi mamá. Podría dejar de visitarme, si le contara esas cosas. A todo lo que le dije, Wilbur contestó:

—Es a ti a quien quiero, no a tu madre.

La autora de mis días se llevó tal sorpresa cuando entramos juntos a la casa, que se olvidó de gritarme. Yo venía con un norteamericano, con alguien que no hablaba holandés. Un chico con automóvil propio. Una persona que transparentaba bienestar, buena posición y todas esas cosas por las que mi madre sentía admiración. No chistó cuando, en holandés, le informé:

—Es mi amigo, Wilbur Fuhr, de Port Chester, Nueva York.

Wilbur y yo nos sentamos en el pórtico. Le conté que había deseado morirme pero que, en vez de lograrlo, me sentía mejor, más

firme. Él me estuvo animando a pensar en que yo podría continuar mi adiestramiento de enfermera. Cuanto más me lo decía, más probable me parecía el hecho. Cuando aseguró que vendría a verme una vez a la semana, le prometí que le escribiría a Miss Wilday, la directora de la Escuela de Enfermeras.

Con su visita me sentí en la gloria. Escribí de inmediato pidiendo una oportunidad para examinarme de nuevo y ver si mi corazón había mejorado lo bastante para que yo pudiera volver a la escuela.

Poco después recibí la contestación en la que se fijaba una fecha para mi examen médico en el Hospital de New Rochelle. Wilbur vino por mí y me condujo hasta la puerta de la institución. Durante el examen me quedé muda de alegría cuando el médico dijo:

—Es obvio que tenía un soplo torácico, pero apenas se le escucha ahora. Pienso que debe regresar a la escuela.

Miré suplicante a Miss Wilday, quien debía tomar la decisión. Accedió a que volviese a mis estudios.

¡Cuánta fortuna tuve de contar, en esos tiempos, en que necesitaba cariño y calor, auxilio y ayuda, con gente gustosa de concederlos! Mi tía Sara fue, en Holanda, una de esas personas. Miss Paul, de la Compañía Telefónica, fue otra, y ahora Miss Wilday. Yo la adoraba. Todas la queríamos. Era alta, canosa, de porte digno, rígida en su almidonado uniforme, pero plena de bondad y calor para con la gente, sentimientos que penetraban todo el almidón de su vestidura.

En septiembre de 1926, nueve meses después de que me enfermé, volví a la Escuela de Enfermeras. Podría alcanzar el grado junto con mi grupo, pero tenía que emparejarme. En una ceremonia individual se me impuso la cofia, el cubrecabeza albo como la nieve, tieso de puro almidonado. Ya no era, entonces, una novata, sino una enfermera estudiante. Volví a mi viejo cuarto, de nuevo con Scottie de compañera. Ella siempre había estado segura de que yo regresaría. Comenzó a ayudarme a ponerme al corriente.

Miss Wilday se preocupó tanto por mí que con frecuencia cavilé acerca de cómo había reanudado mi hoja de servicios. Cuando

debía haber estado en la sala de enfermas, me sentaba a preparar tapones de algodón y otros auxilios quirúrgicos. Por fin se me permitió laborar activamente. Me asignaron a la Sala de Emergencia. Después asistí a la Sala de Hombres, para atender a policías y ladrones, choferes de camión y carpinteros, huesos fracturados y cabezas descalabradas, tifoideas y cirugía, tal era la mezcla que ahí se encontraba. Antiguos pisos de madera astillada, vasijas y platos desportillados, té negro y maldiciones, groserías y buenas maneras, un revoltijo de todos los idiomas de Europa, acentuado por los juramentos de los camioneros de Brooklyn que habían estrellado sus máquinas en la carretera de Boston. Y yo... Bien, yo me sentía a mis anchas entre aquellos trabajadores de quienes mis discípulas se atemorizaban. Eran del mismo tipo de hombres que habían sido buenos conmigo y me habían protegido cuando trabajaba en la fábrica de hilados y tejidos.

Sus oficios y técnicas eran diferentes de los que yo había empleado en las hilanderías, pero nuestro modo de pensar y expresarnos era el mismo. Había dejado los telares y la lucha en pro de los sindicatos —ocho horas diarias era nuestra meta—, a favor de condiciones adecuadas, y ahora me encontraba en la médula del asunto. Cuando un nuevo trabajador llegaba en camilla, los hombres le decían:

—Puedes hablar en presencia de Lini, ¡ella es el sindicato!

Sufría o cantaba con ellos, según las circunstancias. Cada vez que frotaba una espalda o daba un baño en el lecho, pensaba en los obreros con quienes había laborado en Paterson. Si alguien estaba a punto de darse por vencido, le tomaba las manos y su espíritu adquiría la firmeza indispensable para no morir. Le contaba que yo misma había deseado la muerte, en ocasiones pasadas, pero que, en definitiva, no pude ni quise rendirme.

Mis compañeras me preguntaban cómo hacía para entenderme con aquellos hombres, que no paraban mientes en ellas. No les contesté, pues de hacerlo hubiera tenido que decirles: “Es que ustedes los tratan en su calidad de hijas de quienes han sido sus jefes”. No habrían comprendido la indirecta. Comencé a reconsi-

derar los años que laboré como muchacha de las bobinas. Ello me procuró una mayor perspicacia para comprender a los demás.

Durante mi tarde libre, cuando veía a Wilbur, le contaba las discusiones que teníamos en la Sala de Hombres. Esto lo aburría:

—¡Olvídate de eso! Estás estudiando, vas a ser una profesionalista... ¡No hagas amistades entre camioneros y trabajadores! Mira, yo estoy luchando contra el sindicato para que no se entrometa en nuestra lechería y tú creyendo en tales uniones...

—Pero Wilbur, yo no quiero desatender eso. Tú eres uno de los propietarios de un negocio. Trabajas lado a lado con los obreros. Ellos pueden decirte directamente que necesitan un aumento; pero en una enorme fábrica de hilados y tejidos, cuyos dueños siempre están de viaje por Europa, o jamás la visitan para darse cuenta de sus condiciones, los obreros necesitan unirse, organizarse. Es preciso comer mejor... que eduquen a sus hijos. La preocupación por el sindicato es su seguro de vida, no es ninguna habladoría como tú la llamas —le expliqué sin mayor énfasis.

—¿No sabes que los sindicatos están dirigidos por bolcheviques? —me preguntó mi novio.

—Nunca he oído hablar de ellos, ¿qué diablos es un bolchevique?

—¡Son comunistas! Mira, la idea viene de Rusia: Ellos quieren compartirlo todo, que no haya ricos ni pobres, y probablemente matarían a la gente como nosotros —contestó.

—¡Oh, estás loco! En ninguna de las fábricas donde he trabajado escuché jamás cosa parecida. Nosotros formábamos el sindicato, escogíamos a nuestros guías y presentábamos nuestras demandas a los dueños o a sus representantes. Queríamos cosas sencillas: que nos trataran como seres humanos, no como ganado, que nos dieran dónde lavarnos las manos, un sitio para asearnos, que nos proporcionaran un rincón donde tomar nuestros alimentos, que nos dieran cierta seguridad en nuestra vida y una jornada de ocho horas. ¡Dios mío! Pero eso no es nada del otro mundo ni comunista, ¡eso es una manera justa norteamericana, de trabajar y vivir! —concluí.

Wilbur, invariablemente, ponía fin a la discusión diciéndome:

—Lo que debes hacer es dejar eso a un lado, casarte conmigo, cuidar la casa y tener una familia.

—Tú sabes que primero quiero terminar mi adiestramiento —respondía yo, al tiempo que cavilaba en mi fuero interno: “¿Me caso con él? ¿Me atreveré a tener hijos? ¿Qué tal si llegaran a odiarme como yo a mi madre? ¿Es un problema de herencia o es una cuestión ambiental? ¿Cuál es el factor decisivo?” Yo lo ignoraba. Tenía miedo de probar... No obstante, quería a Wilbur y esperaba que algún día nos comprendiera a mí y al sector de que procedía.

Como él me amaba toleró mis ideas, pero su madre y su hermana menor abrigaban muchas sospechas. Traté de ganármelas, aunque fue prácticamente imposible lograrlo. Yo me daba plena cuenta de que constituía una amenaza para las normas establecidas tras la muerte de Mr. Fuhr, el padre. Wilbur llevaba a su madre a la iglesia, a visitar a sus parientes de Long Island. De tres hijos y dos hijas que tenía, Wilbur era su favorito. Pues bien, mi novio me introducía a mí en ese marco familiar, ¡a mí, una extraña cuyos padres ni siquiera hablaban inglés ni eran, lo peor de todo, metodistas! ¿Qué diría Mrs. Fuhr, qué pensaría si supiera que mi madre era una judía conversa a la fe holandesa reformada, y que también mi padre carnal era judío? Mientras la visitábamos, yo procuraba callar y esconder mi personalidad.

¡Y vaya que mi personalidad se desenvolvía! Estaba consciente de mi rigor, pero ahora aprendía mucho más. Escuchaba las opiniones en las salas, estudiaba los temas, inquiría acerca de la rica clientela, dueña de yates, que llenaba los cuartos privados. Cada vez conocía más a Norteamérica, cuidando enfermos y heridos. Mi limitado mundo se ampliaba. Asistía a misa con algunas de mis condiscípulas. Con Scottie iba a la Iglesia episcopal. Estaba dispuesta a ir a la metodista, de igual modo, si los Fuhr se empeñaban en ello. Cuanto más tiempo pasaba en la Escuela de Enfermeras, más me convencía de la poca importancia que tiene el nombre de una religión, puesto que lo medular es el bien que ofrece y no

cómo se llama. Los gemidos de los bebés en la sala cuna, los esfuerzos de la parturienta no tenían etiqueta alguna.

Entre todos los lugares del hospital, mi favorito era el piso de maternidad. Cuando por fin me asignaron a la sala de partos, me entusiasmé. En aquella época ese lugar albeaba. La plata de los instrumentos reflejábese en las brillantes lámparas. Todavía me acuerdo de la primera vez que auxilié a una paciente en el alumbramiento. Su negra piel en contraste con las blancas sábanas, ella estaba tendida en la mesa, asegurada firmemente por correas. Dobladas las piernas, suspendidas las rodillas. Sólo podía mover la cabeza, los hombros y las manos. Hasta sus brazos estaban apretados a la mesa. ¡Y esto era en 1927! La mujer pedía que la anestesiaran. El médico dijo, cuando llegó, que se le suministrara una vaharada de cloroformo cada vez que sufriera una fuerte contracción. ¡Cuán pequeña, débil, me sentí al observar con angustia la lucha que ante mis ojos se desarrollaba! Un nene quería ver la luz y el útero forzaba su camino. La madre yacía sudorosa y medio privada de sentido. Enjuagué el sudor de sus párpados y murmuré a su vera animosas palabras, sintiendo las simpáticas contracciones de mi propia matriz. No hubiera querido identificarme con la paciente en turno, pero jamás, en ningún caso, pude evitarlo.

Luego limpié la frente del médico, perlada de sudor, para que las gotas no cayeran en el campo esterilizado. Una criatura nace con el sudor de muchos: el de su madre, el del médico, el de la asistente. Sudamos cuando, para no lacerar las carnes de la parturienta, tiramos de la cabeza del vástago con sumo cuidado. Se facilita la salida de los hombros. Nos sentimos liberados, en parte, a medida que el cuerpo del infante se desliza entre las manos del médico. Sobrevienen los instantes en que la madre se ve casi olvidada, mientras esperamos con ansia que el bebé respire y gima por vez primera. ¡Llora la criatura! La vida, otra existencia, viene al mundo. En tanto que la madre reposa, su vástago recibe el primer trato rudo después de nueve meses de absoluta seguridad intrauterina.

Chilla el pequeño mientras lo obligo a abrir los párpados para ponerle unas gotas de solución de nitrato de plata. Las cuentas

azules que llevan su nombre me producen una sensación de frío mientras se las coloco al cuello. Reviso su ombligo para estar segura de que el cabo quede bien apretado y no sangre. Lo envuelvo para darle calor. A todo esto, el recién nacido chillaba a moco tendido e impone su personalidad en la sala de partos. Con tales gritos, la madre se recobra, vuelve en sí de la anestesia:

—¿Dónde está mi niño? —demanda, la voz débil. Suave, amorosamente, pasa sus dedos por el rostro de su vástago, mientras el médico le dice:

—¡Qué hermosa criatura tiene usted!

Esperamos la repetición de las contracciones y que se inicie la expulsión de la placenta, o secundinas. El vaso por el cual fluyó la vida ya no es necesario. Hay que tirarlo. Todo está bien. La negra y su vástago, menos oscuro, van en camilla de ruedas hacia el piso inferior. Ella se quedará en la sala. El infante se reunirá en la guardería con veinte o más criaturas. El hombre —marido y padre— espera a los seres queridos.

La participación en el nacimiento de un bebé constituyó mi experiencia más emocionante. Comencé a pensar en mi madre con lástima, con piedad. ¡Qué gran tragedia la nuestra, de no simpatizar una con otra! Ella, como cualquier madre, había sudado para darme a luz. A medida que yo auxiliaba a más parturientas, sentía menos disgusto con mi progenitora y más tristeza por nuestra perdida relación de madre e hija. El tiempo había pasado con rapidez y yo tenía ya la experiencia de treinta partos. El ala de maternidad era el sitio más frecuentado del hospital: tener que abandonarla no me hacía ninguna gracia y, sin embargo, debía prestar servicio en la sala de operaciones, que también me gustaba.

Era el mes de septiembre de 1927. Me atemorizaba la posibilidad de darle al doctor, en alguna ocasión, equivocadamente, un instrumento por otro. Ciertos médicos tenían fama de arrojar a las enfermeras estudiantes, maldiciéndolas, los instrumentos no solicitados. Nuestras primeras experiencias tenían lugar en las llamadas operaciones “sucias”, como las circuncisiones, amigdalotomías, etc. Recibían tal nombre puesto que para efectuarlas se

podía dejar de esterilizar en absoluto el campo de la operación. ¡Jamás olvidaré lo que me pasó la primera vez que asistí a una operación de las amígdalas!

Me había restregado las manos durante los veinte minutos reglamentarios. Llevaba nariz y boca cubiertas por una mascarilla; una gorra estéril me tapaba el cabello. Entrecruzando mis enguantadas manos, esperaba la venida del paciente, al que conducirían en camilla. Una vez que se le dio la anestesia, extendí, con sumo cuidado, la blanca sábana desde su abdomen hasta su barbilla. Le coloqué en el vientre las torundas, los clavos de hila. Formóse un bulto que, cuando los tapones de algodón comenzaron a rodar de la prominencia mayor, traté de reducir. De repente, oí que el médico me decía:

—¡No le esté manoseando el pene! Límitese a poner las hilas más arriba, aquí, en el pecho. ¿Qué es lo que hace, Dutchy? ¿Quiere que el hombre eyacule?

El doctor se echó a reír, lo mismo que el interno, mientras yo enrojecía hasta la raíz de mis cabellos. Es posible que la anécdota todavía se cuente en las salas de operaciones del Hospital de New Rochelle.

No obstante, a pesar de esto, me había acostumbrado pronto a la sala de operaciones y me preciaba de ser eficaz, veloz y precisa. Hubiera deseado quedarme allí hasta el día de mi graduación, pero necesitaba pasar tres meses en Filadelfia, en prácticas de pediatría.

Cuanto de latente espíritu de rebeldía me caracterizaba, surgió en el Hospital Infantil de Filadelfia, a causa de la directora de las enfermeras. La llamábamos *Nube Negra*, debido a que nos envolvía en miradas tan oscuras como su uniforme. ¿Quién conoció jamás una enfermera de uniforme negro? ¡Pues ella se ponía uno! Su primer contacto con nosotras, al informarnos acerca de las reglas de la Institución, consistió en un ataque a los negros que vivían en los alrededores del hospital. Nos dijo:

—No caminen solas. Anden siempre acompañadas. Nunca salgan a la calle por la noche. Estamos en un barrio de negros. ¡Las pueden atacar y violar!

Era tan intencionada la cosa que lo único que acerté a pensar, tras mi mascarilla, fue que, subconscientemente, ella quería que la violaran. Si tal no era el caso, podría asegurar que *Nube Negra* necesitaba varón. Me recordó a mi madre. No me era simpática y sólo esperaba disponer, en cada ocasión, del tiempo necesario para que mi rostro se tornase inexpresivo cuando *Nube Negra* se me acercara. Jamás pude ocultar bien mis pensamientos. Ella me buscó y el resultado fue que pronto me consideró rebelde, tanto en mis labores como en mis estudios. Y todo a causa de mis rubicundas mejillas, que, según ella, me pintaba, mientras yo sostenía que eran de color natural. Me froté ante sus ojos con un paño blanco, para probárselo. La única mala nota en mis estudios de enfermera se debió a *Nube Negra*, en Filadelfia.

¡Pobre Wilbur! Lo único que escuchó durante los siguientes tres meses fueron quejas y más quejas. Estaba casi lista para casarme con él, pero véalo con calma puesto que ya solamente debía transcurrir un pequeño lapso para que terminara mi curso de enfermería de dos años y medio, aparte de los nueve meses que tenía que recobrar debido al padecimiento sufrido.

¡Cuán feliz me sentí, al retornar a New Rochelle! En ese lugar eran decentes las relaciones entre los miembros de las distintas razas, no se hacía distinción entre ellos y, por otra parte, se me asignó nuevamente a la sala de cirugía. Entre una operación y otra, inicié mis estudios para el examen del Estado.

Wilbur estaba impaciente: quería que nos casáramos. Le prometí que lo haríamos en cuanto me graduara. Estaba dispuesta a que nos casara el juez de Greenwich, Connecticut, la aldea vecina, sin alboroto alguno, pero a Wilbur le pareció que a su familia le extrañaría que yo no me casara en mi propia ciudad. Nos dirigimos en automóvil a New Jersey. Me llevé la sorpresa de que mi madre no se enojara sino que, más bien, pareciera complacida por la idea. Me reconcilié con ella cuando prometió arreglar la cuestión

de la ceremonia civil con el ministro holandés reformado. Sin embargo, no dejaba de preocuparme su carácter, y le dije a Wilbur:

—Supón que se le meta entre ceja y ceja comenzar a dar gritos, ¿qué diría tu familia?

—No te preocupes tanto —respondió Wilbur—. A todo el mundo le gustan las bodas.

Cuando tomamos la carretera de regreso al hospital, hablamos e imaginamos muchas cosas: nuestro hogar, nuestros hijos. Jamás me había sentido tan segura, tan querida, durante muchos años.

El primer viernes de junio de 1928, avancé por un ala de la escuela, reuniéndome, orgullosa, con mis compañeras en la plataforma. Los blancos tocados crujían en nuestras cabezas; ni uno solo de nuestros cabellos estaba despeinado. Nuestros almidonados uniformes, tiesos y albos, hacían ruido al rozarse, a medida que avanzábamos para recibir los honores. Tras varios meses de enfermedad, por fin, ¡me graduaba! Apenas pude creerlo cuando, como culminación, me nombraron, pidiéndome que avanzara para recibir la medalla que, por mi aprovechamiento en los cursos teóricos, me habían concedido. En el momento en que me la prendían al pecho, pensé: “¡Por fin has dejado la hilandería! ¡Por fin has dejado a tu madre! Eres ya una profesionista y pronto serás desposada...” La vida se abría frente a mí.

Al día siguiente, con tristeza, empaqué mis pertenencias para abandonar la Escuela de Enfermeras. Saldría rumbo a Paterson. Iría a dar una mano en los preparativos de la cena nupcial, ya que, cuatro días después, contraería matrimonio. Gozosa, tomé el camino de mi pueblo natal y, tristemente, me despedí de mis compañeras de estudio.

El 5 de junio de 1928 estábamos ante el ministro protestante. Nos rodeaban los miembros de la familia Fuhr y unos cuantos de mis allegados. Wilbur no entendió una sola palabra de la ceremo-

nia, que se llevó a cabo en holandés. Le di ligeramente con el codo cuando tenía que decir “sí”. Éramos ya el señor Wilbur Fuhr y esposa. Nos tomamos las manos durante todo el tiempo que duró el acto y todavía estábamos así cuando la babel de voces que nos felicitaba en dos idiomas nos volvió a la realidad: no estábamos solos.

De regreso a la casa de mi madre, traduje del holandés al inglés, y en sentido contrario, a medida que ayudaba a atender a los invitados, sirviéndoles los platillos. En mi interior rogaba que mi “padre” no fuera a hacer las bromas de mal gusto que acostumbraba con sus amigos, y que mi madre no fuera a montar en cólera de repente. Ambos grupos culturales e idiomáticos estaban tan intrigados el uno con el otro que todo se desarrolló a la perfección.

Wilbur y yo nos escapamos, tan pronto como pudimos, a pasar la luna de miel que habíamos planeado por más de dos años. Durante dos semanas vagabundeamos por las Montañas Blancas y Verdes de la Nueva Inglaterra. A medida que fuimos descubriendo la admirable belleza de aquellas serranías, supimos también de lo maravilloso que era estar juntos. Una vez que visitamos las Cataratas del Niágara, meta tradicional de los recién casados, decidimos volver al hogar que habíamos arreglado antes de contraer matrimonio. Allá nos esperaban nuestros muebles, listos a prestar servicio.

Teníamos el departamento del altillo, encima de la cochera, donde se estacionaban los camiones de los establos Fuhr. Nuestro hogar se encontraba detrás de la casona que habitaban la madre y la hermana de Wilbur. Hubiera preferido vivir más lejos de ellas, pero no ofrecí resistencia cuando se aludió a la importancia de permanecer cerca de los establos y de la morada paterna.

¿En qué consistía ese impulso mío que no me dejaba descansar? Wilbur no podía entenderme cuando procuraba explicarle, desafortunadamente, lo que me pasaba. Yo misma no podía comprenderme. Puesto que durante años había resentido mi falta de High School, que otras jóvenes habían cursado, pensé que si yo estudiara en casa con el objeto de llenar ese vacío tal vez podría obtener reposo. Me inscribí en el curso, para estudiar en casa, de la Univer-

sidad de Columbia, con la intención de obtener el diploma, eventualmente.

Visité con frecuencia las bibliotecas. Tomé muy en serio mis estudios de extensión secundaria. Pero cuando trataba de discutir acerca de los temas expuestos en los libros, topaba con la indiferencia de Wilbur. Mi esposo había estudiado y sin embargo no mostraba interés alguno en mis preguntas, en mis dudas. Jamás, hasta entonces, había yo leído los diarios con dedicación. Ahora sí lo hacía. Comenzaba 1929. Me enteraba, cada vez más, de los problemas de otros países, pero no tenía a nadie a quien comunicarle mis pensamientos. Tiempo atrás había luchado contra mi madre por la supervivencia. No existía razón para batallar conmigo misma, pero eso es lo que estaba haciendo. No me simpatizaba la torre en la que vivía ni me gustaba jugar al *bridge*, ni la gente con quien tenía que jugarlo. ¿Qué me sucedía?

Cuando contemplaba en la playa a las alegres familias italianas, le decía a Wilbur:

—¡Cómo me encantaría ser su amiga! ¡Son tan vivaces, rebosan tanta vida!

La réplica de mi esposo era, invariablemente:

—No son de nuestra clase.

Los pocos acontecimientos literarios y musicales del lugar eran organizados siempre por la comunidad judía. Recordé la promesa que les había hecho en Holanda a mi tía Sara y mi tío David de procurar la amistad de algunos judíos. A veces me entraban deseos de decirle a Wilbur que mi madre era, ciertamente, una judía, y que también lo era mi padre biológico. No me atreví a hacerlo porque en el nivel social de los Fuhr no se mencionaba a los semitas. Me encontraba en círculos anglosajones puros y no simpatizaba con ellos. Ni siquiera sabía el motivo. ¿Qué me sucedía? ¿Quedaría satisfecha alguna vez?

El matrimonio era cuanto yo había soñado. El calor y la ternura del vínculo, las sosegadas pláticas en el lecho, el desayunar juntos

por la mañana y el despedirse del marido que sale rumbo al trabajo. El arreglo de la cocina, la limpieza del minúsculo departamento y los recorridos nocturnos en automóvil, costeano la bahía de Long Island. El matrimonio era agradable. Mientras Wilbur y yo estábamos solos, todo era un encanto, pero cuando entraba a la casa de mi suegra cesaban las conversaciones. Platicaban mucho, pero no conmigo. Yo era la intrusa que se había llevado a su hijo, a su hermano. ¿Cómo podrían aceptarme? Si yo me acogía a la Iglesia metodista, ellas quedarían complacidas... y yo me sentiría una verdadera hipócrita; sin embargo, en busca de su aprobación, ingresé a dicha Iglesia. Hablando con franqueza debo decir que no encontré marcada diferencia entre la fanática Iglesia holandesa reformada de mi madre y la Iglesia metodista de los Fuhr. Ambas eran intolerantes con el resto de la humanidad.

No obstante, me uní a la Sociedad Auxiliar Femenil de la Iglesia; ayudé en la elaboración de panecillos para las ventas de caridad, traté de aprender el *bridge*. Todos los amigos que Wilbur conservaba de los días escolares, las parejas recién casadas, jugaban *bridge*... Así, pues, traté de complacerlos. ¡Qué fastidio! Estaba hasta la coronilla de sus barajas, de ellos, de la Iglesia metodista y, principalmente, de mí misma. No podía expresarme. Debería haber estado contenta: tenía esposo, lo amaba, él me quería. En verdad, éramos felices cuando estábamos solos. A veces cavilaba acerca de lo que realmente significaba para mí el amor. ¿Estaba enamorada de veras? Si tal era el caso, ¿por qué me sentía tan aburrida? Nadie leía libros. Platicaban siempre, aquí y allá, pero jamás tenían otro tema que las mismas habladurías acerca de sus vecinos y sus amigos. Odiaban enormemente a los extranjeros. Aquí, en Port Chester, Nueva York, había italianos, judíos y negros. En ocasiones sentía que mis parientes políticos me metían en sus enredos, con la salvedad de que mi cutis era tan claro como el suyo y todavía más. Alrededor de mí se abría un vacío.

Me propuse, una vez más, intentar ajustarme al grupo social en el que me hallaba. Había aparecido un nuevo elemento en las conversaciones de los miembros del club de *bridge*: el bolchevismo, el

comunismo. Las fábricas comenzaban a cerrar sus puertas. El desempleo entraba en vigor. Protestaban los trabajadores, los italianos. A todos ellos se les acusaba de anarquistas, bolcheviques, comunistas. Entonces no me daba cuenta de la diferencia que en tales denominaciones existía. Recordaba que en Holanda mi tío era un activo socialista y abominaba de los comunistas. De igual modo que a los miembros del club de *bridge*, me preocupaba el desfile del Primero de Mayo. Me sentí aliviada, lo mismo que los demás, cuando el Día del Trabajo pasó sin que estallara la violencia. Compartía, por fin, una animosidad. Pero no me duró mucho. Cuando vi a las que antes eran alegres familias, ahora preocupadas, cuando las miré enflaquecidas, tristes, puse en tela de juicio que todos los italianos fueran comunistas, anarquistas, bolcheviques. Cualquiera que fuera el significado de tales palabras, ¿no serían, simplemente, seres hambrientos, sin trabajo? No dije nada, puesto que nadie me haría caso. Los años pasados en la fábrica de hilados y tejidos me permitían darme cuenta de que lo que los miembros de mi círculo actual decían podía no ser verdad y que yo debía esperar y tratar de saber las causas del odio que sentían contra los italianos, predominantes en Port Chester. ¡Basta ya del club de *bridge* y sus pláticas chapuceras! Decidí no volver a jugar con ellos.

Un aviso que publicó el diario solicitando voluntarias para ingresar a la Asociación de Enfermeras Visitadoras de Port Chester, me proporcionó una buena excusa. Ofrecí mis servicios. Wilbur no hizo reparos y ello me proporcionó alegría. Sin embargo, nuestros amigos me preguntaron:

—¿Por qué atestas tu automóvil de cochinos italianos?

Me encargué de llevar a las fecundas mujeres, que se hallaban en los últimos meses de su embarazo, a la clínica prenatal. Este tiempo, y el cariño que le profesaba a la Asociación de Enfermeras, así como los estudios que hacía en casa, me trajeron una mayor alegría. Empezaba a vislumbrar mi propio interior. Me sentía más satisfecha cuando proporcionaba algún servicio y formaba parte de una unidad más amplia: el género humano. ¿Cómo explicarlo? No traté de hacerlo. Nadie lo comprendería.

Era verdad que los chicos andaban sucios. Todo céntimo que sus padres conseguían se gastaba en alimentos y no en jabón. Los dueños de las casas amenazaban desahuciarlos por no pagar la renta. Carecían de dinero para cubrir el gasto de agua. La falta del líquido, la inexistencia del jabón, daban como resultado esos rostros mugrosos. La única industria importante del pueblo había cesado sus actividades. La mayoría de la población trabajadora estaba desocupada. La depresión abatía a los Estados Unidos. Los bancos cerraban sus puertas. Se formaban colas para obtener una pieza de pan. En cuanto a mí, bien alimentada y gorda, llevaba a la clínica, en automóvil, a las hambrientas mujeres con sus bebés.

Traté de que algunas organizaciones se interesaran, por lo menos, en proporcionar caritativamente ciertos alimentos. En nuestro medio social, los oídos sordos pasaron por alto mis peticiones. Los italianos no eran, para ellos, más que gentuza indigna; no se podía mencionar a los judíos, y los católicos no eran sino adoradores de imágenes. Ser a la vez italiano y católico era provocar esta exclamación: “¡Que pasen hambre!” Y yo tenía que malgastar mi vida entre gente que pensaba así. Con frecuencia me asediaban deseos de largarme, lo que habría hecho de no ser por mi esposo, a quien amaba. Mis sueños estaban poblados por famélicos rostros infantiles. Trabajé tesoneramente, en mi calidad de voluntaria, para aliviar mi complejo de culpa.

Y ahora esperaba una criatura por segunda vez. Había perdido el primer embarazo a causa de la mala colocación de mi matriz. No quería abortar de nuevo. Me pasé descansando los primeros tres meses, hasta que el útero estuvo en la parte superior de mi pelvis. Ya no manejaba ni auxiliaba a nadie en la Asociación de Enfermeras Visitadoras. A Wilbur y a mí nos alegraba sobremedida la perspectiva de ser padres. Lo habíamos esperado cuatro o cinco años. Se me proporcionaba cuanto alimento y cuidado quería y necesitaba. Y por ello, viendo a mis amigas italianas, con quienes había hecho amistad en la Asociación, me sentía avergonzada de cada kilo que los buenos alimentos procedentes

del establo de los Fuhr me habían hecho subir. No tenía mucho tiempo de estar embarazada cuando recibí un choque emocional.

A principios de 1930, me despertaron para enterarme de que mi marido regresaba herido a casa. Después de relevar a uno de los choferes del establo había tenido que estacionar el camión: los frenos no funcionaron y la máquina, con su peso, le lastimó un hombro. Apenas recibió un golpe, pero ello bastó para quebrarle la clavícula. Al médico, más que otra cosa, le preocupaba la víscera cardíaca de Wilbur. El doctor Kennedy me dijo que el corazón de mi esposo había sufrido daños tremendos a causa de una fiebre reumática descuidada. Yo no tenía, hasta entonces una idea de cuán seria era la lesión. Wilbur se repuso del golpe, pero a medida que yo engordaba, él adelgazaba. Se rehusó a ver nuevamente al médico diciendo que siempre había estado flaco. El término de mi embarazo estaba próximo y yo me impacientaba por dar a luz a nuestro bebé, aunque siempre me asaltaba una sombría duda acerca de mi esposo. Algo iba mal. En ocasiones, se le veía pálido, azulado, blancuzco, como si estuviera perdiendo sus corpúsculos rojos. Pero no quería ir al médico. En vez de ello, acudió en busca de un práctico en el que su familia tenía fe.

El 15 de mayo, cerca de la medianoche, me desperté; los dolores me mordían la región lumbar. Hice levantar a mi marido, quien me condujo al hospital donde había estudiado enfermería. Yo sabía que el alumbramiento de los primogénitos tarda, por lo general, doce o más horas, pero mis contracciones eran tan rápidas y fuertes que le dije a Wilbur:

—¡Aprisa, aprisa, esta criatura quiere nacer ya!

En breves instantes me vi en la sala de partos. Tomé de las manos de la enfermera la mascarilla del éter y me la coloqué en la nariz. Cuando recuperé el conocimiento, me mostraron una niña de casi cinco kilos, ojos azules, con un rizo dorado en la cabeza. El alumbramiento me había llevado poco menos de tres horas. La criatura nació con rapidez y yo quedé destrozada. Me aplicaron nuevamente la anestesia para darme unas puntadas.

Al volver en mí, me hallé otra vez en mi cuarto e insistí en ver a mi hija. Quería contarle los dedos de pies y manos, ver su cuerpecito, tomar todas las precauciones para que su ombligo no sangrara. Quería que Wilbur la tocara, pero él sólo podría verla, durante las dos semanas siguientes, a través de los vidrios de la ventana. Yo deseaba que la mirara ahora mismo.

En 1930, la madre tenía que guardar cama, después del alumbramiento, durante dos semanas. Yo propuse algo fuera de lo usual cuando insistí ante el médico en que aquello no era lógico: tener niños era normal, mientras que quedarse en el lecho quince días era anormal. Finalmente, se me dio de alta. Siguieron unos días de tranquilidad. Estábamos felices con nuestra nenita, a quien decidimos nombrar Mary Lee. Ya no me ocupé de las pláticas comunes, del *bridge*, del desempleo. El único tema que me interesaba era mi hija. Pero Wilbur iba de mal en peor. Se veía cada vez más pálido, si tal era posible. Finalmente visitó, a insistencia mía, al doctor Kennedy.

Cuando regresó, le pedí noticias. El médico le había dicho que necesitaba una dieta especial. Tomó muestra de su sangre y quería hablar conmigo, dentro de unos días, acerca de los análisis. Wilbur abrigaba ciertas sospechas:

—¿Por qué desea hablar contigo, y no conmigo? —me preguntó.

—Oh, supongo que el doctor sabe que yo entiendo de análisis más que tú.

Por lo que a mi toca, estaba asustada. Sabía que estas eran las frases que los doctores empleaban a menudo cuando no querían decirle la verdad al paciente, o cuando sospechaban algo fatal.

Esperé dos largos días. Wilbur se quedó en casa con la niña, mientras yo iba a ver al médico.

—Dígame usted, ¿de qué se trata?

—De algo malo: su esposo tiene estreptococos hemolíticos A en la sangre.

—¡Dios mío, doctor Kennedy! ¡Esa es una enfermedad mortal! —pude articular. Y agregué—: ¡No, no lo creo! No puede ser...

—Señora de Fuhr, usted sabe que cuando él estaba chico tuvo una fiebre reumática. Su corazón anduvo muy mal. Pues bien, el

accidente ha removido las cosas. Debe usted prepararse para atenderlo durante un lapso que puede ser más o menos corto, pero como los estreptococos devoran a los hematíes, ¡la muerte es inevitable!

—¡No lo creo! ¡No quiero creerlo!

El doctor Kennedy me mostró los cultivos: los estreptococos crecían, se multiplicaban. Habían invadido la sangre de Wilbur.

Conduje mi automóvil por la orilla del mar, tratando de ordenar mis confusos pensamientos. Tenía que encarar el problema. Resolví no decirle a Wilbur ni a nadie lo que el médico me había informado. Mi esposo era joven, feliz, padre de una niña, su trabajo le agradaba, tenía muchos amigos... Yo no podía decirle a mi marido, que apenas contaba veinticinco años, que su muerte era inminente. Tenía que poner al mal tiempo buena cara, e inventar alguna mentira. Me sentía hecha una piedra.

Al subir la prolongada escalera que llevaba a nuestro hogar escuché el llanto de mi hija. La había apartado de mi pensamiento, preocupada por Wilbur. Esto me conmovió. Pronto enviudaría, me vería sola, con la niña. Subí lentamente. Debía rehacer mi expresión. ¿Qué le contestaría a Wilbur? ¿Qué le contaría?

Mi marido estaba en el descanso de la escalera, con Mary Lee en sus brazos. Los apreté fuertemente, mientras él me preguntaba:

—¿Por qué tardaste? La niña quiere leche, no agua... Ya se le pasó la hora. ¿Qué dijo el médico?

Me desabotoné la blusa, inclinando mi cabeza sobre la nenita mientras colocaba el pezón en su boca. Procuré ganar tiempo. Respondí, finalmente:

—Dijo que tienes una baja cuenta de glóbulos rojos y que necesitas comer mucho hígado y carne para recuperar la cifra normal. Tuve que esperarlo en su consultorio y por eso me tardé.

—¡Oh, qué tontería! —respondió—: ¡Qué pérdida de tiempo! Iré a ver al práctico, para que me ponga en buena forma. Ya estoy cansado del hígado que me has estado dando.

Levanté los ojos, viéndolo con expresión dolorida.

—Lini, ¿no te sientes bien? ¿Qué te pasa? Te ves muy rara, ¿te duele algo?

—No, no; si no es nada: es que la niña me lastimó el seno —respondí. Esto me produjo un sobresalto: debía ser más cuidadosa con mi rostro. Esta situación se prolongaría.

Pasaron las semanas. Transcurrieron los meses. Wilbur guardaba cama. Yo había trasladado su lecho a la sala y dormía a su lado, en un catre de campaña. ¡Cuánto sufrimiento! Estaba sola. Le decía, siempre que insistía en hacer el testamento:

—No seas tonto, Wilbur; estás débil, estás enfermo, pero te pondrás bien.

Me daba cuenta de que él trataba de saber, por mis contestaciones, si iba a morir. Su familia quería que se lo dijera, para que se pusiera en paz con Dios. A mí sólo me interesaba su permanencia en este mundo y no consideraba el hecho de que él estaba muriéndose. Wilbur quería vivir, no deseaba la muerte.

Una vez que se formaron coágulos en su sangre, se quedó ciego de un ojo; luego se le paralizó por completo la mitad opuesta del cuerpo. Estuvo inconsciente durante largos periodos. ¡Dios mío! ¡Qué cansancio, qué infelicidad, mas debía seguir adelante!... Cuando recuperaba el conocimiento, yo le acercaba a la niña para que pudiera tocarla. Mary Lee había cumplido seis meses. Comenzaban a llegar las tarjetas de Navidad.

Los copos de nieve trazaban figuras en los cristales. Llené el cuarto de acebo y siempreviva. Coloqué las hermosas felicitaciones navideñas donde mi esposo pudiera contemplarlas. Wilbur me miraba con rostro moribundo. Yo estaba a punto de quebrantarme como el carámbano que acababa de desprenderse del ventanal. Profundamente fatigada, con el deseo de dormir siquiera una noche, telegrafíé a una de mis compañeras de estudio que viniera a auxiliarme. No podía confiar en ninguno de los miembros de la familia de mi marido puesto que bien podrían decirle la verdad, mientras yo reposaba. La pobre Mary Lee, aunque le daba sus alimentos, la vestía, la bañaba, no supo en esos días de una sonrisa o un juguete. Cuando ella y Wilbur se quejaban al mismo tiempo, yo acudía al lado de mi esposo. Esto no era justo; pero, ¿qué podía hacer yo? Esperaba que Christina, mi amiga, viniera a socorrerme.

Acudió el 22 de enero. Pude dormir una noche entera. A la mañana siguiente, habiendo reposado ininterrumpidamente esa única noche, bajé las gradas sólo para descubrir que mi marido había muerto durante el sueño. Era el 23 de enero de 1930. Chris no me despertó: sabía que yo había hecho cuanto fue posible. Parte de mi ser murió con él. Quedé ofuscada. Moví los dedos de las manos: ¡Estaba viva y, sin embargo, me sentía muerta!

De repente, los parientes de Wilbur llenaron el departamento. Quienes jamás habían venido a prestarme ayuda en el lavado de una sábana o el cuidado de mi hijita, ahora me aconsejaban:

—Debes guardar luto completo durante un año, por lo menos. Debes comprar un ataúd de primera calidad. Debes hacer esto. Debes hacer aquello.

Lo único que yo quería era que me dejaran a solas con mi destrozado corazón. Deseosa de morir, pensé en la morfina que tenía en casa, el resto de la que había empleado para que Wilbur no sufriera tan agudos dolores. Como autómata me dirigí al botiquín, saqué la jeringa y puse agua para hervirla. Tal es el hábito que, a punto de suicidarme, herví primero, mecánicamente, la hipodérmica. Si me inyectaba una alta dosis de morfina, no sentiría dolor ni cansancio, y moriría exactamente como Wilbur. ¿Para qué vivir? En el instante en que me aplicaba la aguja a la piel volvíronme a la realidad los chillidos de mi nena. El deseo de morir desapareció. Tiré la jeringa, tomé a mi hija entre los brazos, fuertemente.

A medida que la alimentaba, volví a la existencia. No me importaba la vida sino que *tenía* que vivir. Deseaba llorar. Durante meses no pude hacerlo: me sentía como una piedra. ¡Cuánto envidiaba a Mary Lee sus lágrimas!

Mi cuñada vino por mí. Tomé el féretro más sencillo que pude. Pagué quinientos dólares por él. Le di al médico otros quinientos y no me quedó nada de los mil dólares del seguro.

Contemplé el lívido, afeitado rostro de Wilbur a través de la ventanilla de la caja mortuoria. No volví a mirarlo. Hice cuanto fue posible por mantenerlo vivo. Lo que aquí reposaba, ese cadáver frío, no era él... Un cuerpo que debía, de acuerdo con una bárbara

costumbre, quedarse tres días allí. Wilbur estaba vivo: era parte de mí misma, era parte de nuestra hija.

Tres días más tarde, de pie, sin lágrimas, vi cómo lo bajaban a la fosa. Volví a casa de su madre y jamás regresé al cementerio. Luché esforzadamente por evitar su muerte. Le procuré, por lo menos, los más hábiles cuidados, la más amorosa devoción. Esto era lo que yo había podido hacer. Wilbur vivió varios meses más de lo que cualquier médico hubiera sido capaz de lograr. Ahora, había desaparecido. Si me faltó el valor de suicidarme, debía echar mano de toda mi fuerza para luchar por Mary Lee.

No había transcurrido una semana después del funeral cuando vino a verme Miss Duffy, la directora de la Asociación de Enfermeras Visitadoras de Port Chester. Me ofreció un empleo de medio tiempo a su lado. Yo había laborado con ella, en condición de voluntaria, antes del nacimiento de Mary Lee y de la enfermedad de Wilbur.

Quedé en contestarle en el plazo de una semana. Lo que no le dije es que me habían informado de la existencia de un puesto vacante de enfermera en la High School, cuya posibilidad me parecía tentadora. Con una colocación tal gozaría de un horario regular y podría cuidar de mi nena. Siempre me había gustado la enfermería pública.

Cuando fui a ver a Mr. Knapp, el director de la High School, su actitud evidenció que él habría deseado otorgarme la plaza pero que no podía hacerlo. La ley estatúa que la enfermera solicitante debería haber terminado su enseñanza media y pagado un mínimo de doce créditos universitarios en Salud Pública. Me sugirió que fuera a Albany, Nueva York, y viera, en el Capitolio del Estado, a Miss Swanson, superintendente de los Servicios Públicos de Enfermería Escolar. Primero me pareció una idea descabellada pero luego la consideré factible. A la mañana siguiente tomé el tren para Albany, con la esperanza de persuadirla de que hiciera una salvedad en mi caso.

Por fortuna, estaba en su oficina. A medida que le expliqué los motivos de mi solicitud, me atendió con simpatía. Me podría

haber despedido con rapidez, pero en lugar de esto me sugirió que comenzara a recobrar el tiempo con la mira de completar los cuatro años de High School, y que procurara alcanzar, poco a poco, la maestría en salud pública. Una vez que me hubo expuesto las razones por las que una enfermera escolar debe tener adiestramiento en las técnicas de enseñanza y en salud pública, con el objeto de integrar la educación sanitaria en los programas docentes, me di cuenta, así mismo, de la necesidad de una mayor preparación.

Sin embargo, la respuesta que le di de buenas a primeras fue la siguiente:

—¿De qué modo podría hacerlo? Tengo que trabajar. Debo pagar ocho dólares a la semana por el cuarto y la asistencia que a mi nena y a mí se nos da en casa de mi suegra. ¡Imagínese usted que todavía no he cubierto el costo de mis ropas de luto!

Miss Swanson me respondió:

—Empiece a pensar cómo podría usted desempeñar un empleo e ir a clases.

Era febrero de 1931. El tren dejó atrás la helada superficie del curso alto del río Hudson. Valle abajo, las ruedas traqueteaban, diciendo: “¡A la escuela, a la escuela, a la escuela...!” En cuanto más me aproximaba a Harmon, Nueva York, donde dejaría el vagón, más de acuerdo estaba con el traqueteo de sus ruedas.

Al otro día visité a Mr. Knapp, quien me aseguró que podría ir a la High School. Completaría los cuatro años, probablemente, en menos de tres; pero tendría que presentar los exámenes estatales y pasarlos con notas mejores que el promedio de los estudiantes. Como de todas maneras no podía dormir por estar pensando en Wilbur, empleé los insomnios en mis estudios.

Le dije a Miss Duffy que había ido a Albany ya que me interesaba más el empleo de enfermera escolar, pero que me encantaría aceptar la colocación matutina de medio tiempo que me ofrecía la Asociación, puesto que pensaba asistir por las tardes a la High School. Miss Duffy había sido profesora de salud pública y estuvo de acuerdo conmigo, animándome en mi empresa. Mis parientes políticos creyeron que me había vuelto loca. Lo cierto es que dos

semanas después de la muerte de Wilbur ya estaba trabajando por las mañanas de enfermera visitadora y yendo a clases por las tardes. Dedicaba la noche a preparar mis lecciones.

¡Todavía me parece imposible haberlo logrado! Muy temprano le daba de comer a mi pequeña, lavaba sus pañales, la vestía. Luego salía rumbo al trabajo. En una casa enseñaría cómo bañar en la cama a un inválido; en otra, instruiría acerca de la autoaplicación de la salvadora insulina; quizá me tocase lavar a un recién nacido mientras su madre vigilaba. Entre una tarea y otra, de esta casa a la siguiente, atenta a las señales de tránsito, repasaba mis materias. Junto a mí, en el asiento del automóvil, llevaba las lecciones de cada día: fórmulas químicas, verbos alemanes, datos históricos, etc. A mediodía, en casa, alimentaba a Mary Lee, engullía un emparedado y volvía a salir para la High School.

Mi existencia se dividía en compartimientos. Permanecía silenciosa en el hogar de los Fuhr. No podía aguantar la frialdad que me rodeaba, pero, por otra parte, la familia adoraba a mi hija. Y, además, ¿dónde podría conseguir cuarto y alimentos para las dos por ocho dólares a la semana? En la escuela experimentaba una ampliación de mis intereses mentales. Las preguntas me infundían vida. Mientras visitaba los distintos hogares, sufría al ver a aquella pobre gente, víctima de la depresión, hambrienta espiritual y materialmente. No podía cambiar impresiones con unos acerca de los otros. Me sentía dividida en tres partes.

Mil novecientos treinta y uno era el año de la depresión. Idas y venidas. Los vientres rugían de hambre. Las madres se acongojaban por sus hijos. Sus maridos buscaban trabajo desesperadamente. Mis parientes políticos decían que esos hombres eran unos haraganazos italianos, que no querían ocuparse en nada.

Yo estaba al tanto del asunto. Todos los días, en sus casas, veía sus semblantes: a las demandas de sus esposas respondían “¡no!” con un movimiento de cabeza. No había colocaciones. Pero, aun en la más amarga pobreza, en una tierra extraña, los italianos no le temían al amor, la risa, el odio, las lágrimas. Yo me sentía más estrechamente vinculada a ellos que a mi suegra, su hija y demás parentela.

Durante mis visitas profesionales había conocido a una mujer con la que platicaba a gusto. Tenía que cuidarla diariamente. Ella vivía sola. Al principio me desconcertó cuando me dijo que había sido celestina en una casa de citas. Me incitó a leer un texto de historia griega antigua sobre el papel de las prostitutas en la Hélade. Parecía conocer bien la literatura y la historia. Era uno de los seres humanos más tolerantes y comprensivos que yo había conocido.

Le participé mi desacuerdo con la división que en Port Chester existía entre los norteamericanos protestantes, de raza blanca, de la alta clase media, que odiaban a todos los extranjeros, y los demás. Aquellos acusaban a los restantes, tildándolos de asesinos, ladrones, anarquistas, comunistas, socialistas, bolcheviques, en fin, una sarta de invectivas. Según Annie, celestina cuya enfermedad era incurable y quien no viviría mucho, toda esta gente tenía problemas, incluso los miembros de la clase media elevada. En verdad, estoy segura de que ella los compadecía cuando los caracterizaba como “pobres ignorantes, encerrados en sí mismos”. Pensaba que era algo muy bueno que yo simpatizara con la clase baja aunque viviera con miembros de la superior. Frecuentemente me decía:

—En cuanto puedas, debes romper con ellos; debes vivir sola, con tu niña; debes conocerte a ti misma. ¡Deja que surja lo que llevas contigo!

Annie Waters, la *madame*, me instigó a leer historia griega debido a sus comentarios sobre la hetaira, amante helena que ejerció su influencia en los políticos.

Ahora estaba a punto de conocer a otra mujer que llegaría a significar mucho para mí. Tratábase de una gentil señora, trabajadora social, que laboraba en la Clínica para el Control de la Natalidad, de Port Chester. Había acudido a nuestra oficina en demanda de ayuda. Quería que le enviáramos a las madres, después del parto, para darles instrucciones acerca de la creación planificada de la familia. Este concepto resultaba completamente novedoso para mí. Miss Duffy no estuvo de acuerdo en modo alguno; pensaba que la única manera de moderar los nacimientos era eximirse de las relaciones sexuales. Yo abundé en lo que había escuchado. Le di la razón

a Mrs. Post respecto a que las familias tienen derecho a decidir el número de vástagos que han de procrear y cuándo es oportuno hacerlo. Me adherí a su opinión, expresada en estos términos:

—Es mejor el control de la natalidad que la muerte a resultas de un aborto ilegal. En muchos hogares me ha tocado conocer a mujeres enfermas, desesperadas por haberse practicado un aborto fuera de la ley, con la intervención de sedicentes comadronas, sucias e inexpertas. Varias han muerto.

¡El problema de la ética! Yo había estudiado Ética en la Escuela de Enfermeras. Me habían preparado para escuchar a la enfermera más experimentada y al médico. Decidí que la forma más alta de ética era entrar al servicio de la humanidad. En este caso, tratábase de las pobres mujeres italianas y negras, cuyos maridos, cesantes, no tenían esperanza de colocación. Con un leve sentimiento de culpabilidad, a pesar de todo, me escurrí dentro de la Clínica de Control de la Natalidad, a la mañana siguiente, y le prometí a Mrs. Post que le daría la lista de los hogares donde había recién nacidos, parte de mis visitas rutinarias.

A medida que fui conociendo, poco a poco, a Mrs. Post, aumentó la estimación que por ella sentía. Viéndola, recordaba a mi querida tía Sara, la de Ámsterdam, que había significado para mí más que cualquiera otra persona. Mi tía Sara se había portado conmigo como una madre y Mrs. Post, en esos momentos, devenía un símbolo materno para mí.

Cuando le hacía preguntas me proporcionaba lecturas. Sus dos hijas, de la misma edad que yo, acababan de volver de Austria, donde habían auxiliado a los antinazis a salir de Alemania. En 1932 comencé a oír hablar de los nazis. Devoraba los libros que Mrs. Post me prestaba, entre ellos la obra *Socialismo*, de Harold Laski. Mi mente estaba cerrada por completo a cualquier palabra que terminara en ismo, salvo “norteamericanismo”. El vocablo “socialismo” no me atemorizaba puesto que tío David y la mayor parte de mis parientes pertenecían al Partido Socialista Holandés. Tío David era miembro activo. La lectura de Laski y el recuerdo de las explicaciones de mi tío me interesaron en esa doctrina política.

Bien alimentada, al visitar aquellos hogares hambrientos de la gente que carecía de empleo, no pude evitar el preocuparme y plantear ciertos problemas: “¿Cuáles son las causas de la depresión? ¿Qué es lo que hace Hoover? ¿Cuál es la razón de las guerras? ¿Por qué hay desempleo?” Parecía que el socialismo estaba en posibilidad de responderme.

Me hallaba en pleno proceso educativo y no siempre me daba cuenta de ello. Mrs. Post, toda una señora, trabajadora social, y Annie Waters, una dama aunque hubiera ejercido el celestinaje, fueron mis tutoras. Mis demás maestros fueron irlandeses desgarbados, negros del sur y negros de las Antillas, así como, en gran número, italianos meridionales. Para sobrepujar este muestrario de grupos étnicos era que yo estudiaba todas las tardes en la High School. Yo me transformaba, no así mi ambiente doméstico. La casa donde vivía no podía cambiar. De alguna manera, en venidera ocasión, tendría que romper mis murallas, trocar mi morada. Mi hija y yo llegaríamos a tener un hogar en cuyas paredes hubiese cuadros y librerías cargados de volúmenes. En ocasiones me sentía culpable con respecto a mi difunto esposo, puesto que me daba cuenta de que él no estaría de acuerdo con varias de las ideas que yo tenía. En junio, un año después de que emprendí el camino, terminé la High School, yendo únicamente por las tardes y estudiando en casa por las noches. Orgullosa, recibí mi diploma y los honores correspondientes. Ahora, graduada, podría ir a la universidad.

Lo que logré me hizo bien. El estudio y el trabajo habían desplazado mi pesar por la muerte de Wilbur. Comencé a trabajar la jornada entera. Miss Duffy iba a tomarse unas bien ganadas vacaciones y yo quedaría a cargo de la Asociación de Enfermeras Visitadoras. Esto quería decir también que tendría a mis órdenes su automóvil. Mi sueldo era de ciento cincuenta dólares mensuales. Por las noches acostumbraba tomar el coche para ir a la bahía y enseñarle a nadar a Mary Lee, quien había cumplido dos años. Yo tenía veintisiete. Era el momento de separarme de los Fuhr; pero, ¿tendría el valor de hacerlo? La madre de mi esposo adoraba a Mary Lee. Ella y su hija la colmaban de atenciones. Era a mí a

quien no querían en casa, lo que no se preocupaban por ocultar. Yo anhelaba que nosotras dos tuviéramos la oportunidad de desenvolvernos, de exponer nuestras dudas, de llegar a... En fin, no sabía bien qué es lo que podríamos alcanzar, Mary Lee y yo, pero me hacía falta ser libre en mi formación. No recuerdo cuál fue la gota que derramó el vaso; lo cierto es que, finalmente, salí malhumorada con la determinación de buscar un sitio donde vivir con mi hija. Conseguí una habitación en el desván del Club Femenil de Port Chester, antigua casona desmalazada donde rentaban cuartos a mujeres jóvenes, respetables. Obstinadamente tomé mi decisión: regresé a comunicársela a mi suegra y a mudar mis pocas pertenencias calle abajo en un esfuerzo por conseguir un ambiente libre, en el que pudiera ser yo misma.

Mrs. Fuhr se había dado cuenta, de tiempo atrás, que no me era posible vivir bajo el mismo techo que ella y su hija solterona. Le prometí que llevaría a Mary Lee de visita todos los días:

—Usted es su abuela, la quiere y así debe ser siempre.

Le agradecí sus bondades para con la nietecita mientras empacaba los objetos que nos pertenecían. Es cierto, la gente murmuraría pero era mi vida lo que estaba en juego. ¡Que hablaran lo que quisieran!

Cuando puse en su lugar el grabado en cobre que tía Sara y tío David me habían dado en Ámsterdam, el día que cumplí dieciocho años, me sentí en mi hogar. Con sus enormes ojos violados, plenos de confianza, Mary Lee me veía llenar de flores el tazón de Delft. En el cuarto se hallaba un travesaño, aún vacío, para libros.

Ahorrraba cierta cantidad de dinero todos los meses con el objeto de ingresar al Colegio de Maestros, de la Universidad de Columbia. Tenía la esperanza de estudiar la maestría en salud pública. Los meses pasaron. Debía haber estado satisfecha, pero era tan imperioso mi deseo de ir a Holanda, de ver a mi familia, antes de comenzar la prolongada lucha, cuesta arriba, por obtener el grado, que no tenía sosiego. Razoné que sería muy instructivo para mí asistir a la Conferencia Internacional de Enfermería de 1933, con sede en París y Bruselas. Comenzaba a estar, nuevamente, gorda y

rolliza. Me puse a dieta para adelgazar y compré telas de alegres colores en vez de la ropa negra que hasta entonces llevaba. Mrs. Fuhr y su hija célibe quedaron encantadas, por supuesto, con la oportunidad de tener consigo a Mary Lee durante seis semanas.

En junio de 1933, apenas pasado el día festivo de los bancos, navegaba en el *Statendam*, en dirección a Holanda. Hacía casi dos años y medio que Wilbur había muerto. Dejé mis vestidos de luto y comencé a despojarme de mi mentalidad de viuda. Contemplé a la gente. Miré a los hombres. El único que me brindó un poco de atención fue un periodista, Ladd Haystead. Me tomó a su cuidado, como un hermano mayor. Yo me sentaba en el bar sin tomar nada. Los bebedores me fascinaban aunque sus copiosas libaciones me caían mal. Todo el mundo se estaba concentrando en París. A Ladd debo haberle impresionado por mi seriedad, pues me dijo:

—Veámonos en París y te llevaré a la ópera.

Dejó el barco en un puerto francés mientras yo seguía rumbo a mi amada Holanda, a ver a la familia que me quería, en cuyo seno me había sentido a gusto.

Navegando aguas arriba por el río Maas, el barco ganaba tierra. Veleros de brillantes colores bullían por los canales como bailarines de ballet. La trémula luz amarilla que alumbraba suavemente este pedazo de tierra reflejaba mi hogar, mi gente. Con lenta firmeza se desplazaba el *Statendam*. Cuando hubimos atracado pensé en Ámsterdam, adonde marcharía en el primer tren que pudiera tomar.

He aquí las reclinadas casas de Ámsterdam, apoyadas en los huesos de los arenques que dieron prosperidad a Holanda durante los siglos XVI y XVII; Ámsterdam, la ciudad cuyos canales se entretejen con sus calles. Ámsterdam y mis tíos. Ámsterdam y mis primos Dina y Geritt. Los tulipanes y los jacintos me saludaban, ondulando en la campiña, mientras el tren marchaba velozmente hacia Ámsterdam.

Asomada a la ventanilla, traté de ver a mis tíos, en la estación, cuando el convoy disminuyó su marcha. Ahí estaba mi tío David, alegre, dinámico, pelirrojo, reteniendo a mi tía Sara, cuya menuda humanidad se movía excitada. Entreví, cerca de ellos, a la hermosa

Dina y al pequeño Geritt de Vries, de bermeja, encendida cabellera. ¡Ya estaba en casa! ¡Había llegado!

Corrí a los brazos de mi tía. Ella me acogió en ellos, se me quedó viendo y dijo:

—*Kind*, ¡qué flaca estás!

—Pero *tante*, he guardado dieta seis meses, precisamente para adelgazar.

—¿Por qué?

—Así se acostumbra en los Estados Unidos.

—¡Qué bárbaro debe ser ese país! No te preocupes. Te daremos de comer muy bien y recobrarás tu figura femenina, no te verás como una estaca... —dijo entre dientes.

Era evidente que mi tía Sara, en Holanda, y mi amiga Annie Waters, la *madame*, no tenían la misma idea acerca de una apropiada silueta de mujer: a lo largo de los últimos meses yo había hecho los ejercicios aconsejados por Annie, mas, ahora, seguí con gusto las normas de *tante* Sara. Estaba contenta de hallarme entre ellos y de que me quisieran tanto.

Habían transcurrido diez años desde la visita anterior.

Las lágrimas que no había podido verter corrieron por mi rostro a medida que le hice a mi tía el relato de mi paso por la escuela, mi matrimonio, mi larga soledad después de la muerte de mi esposo; le hablé de mi hijita. Ella enjugó mis lágrimas, estrechándome entre sus brazos. Las cuitas y el aislamiento se fundieron en sollozos mientras descansaba en el hogar de mi familia.

Mis tíos no podían comprender por qué no había traído a Mary Lee conmigo. Puesto que yo había enviudado teniendo una criatura, no parecía haber razón alguna para que no me quedara a vivir con ellos, en Holanda. Se me dificultaba hacerles entender que jamás me había sentido a gusto en los Estados Unidos, donde parecía un pegote pero que, en realidad, yo era norteamericana por nacimiento, norteamericana de primera generación; mi hija, en consecuencia, era ya de la segunda generación y yo tenía, de cualquier modo, que abrirme paso en aquel país, antes que trasladarme a otro.

Tío Jack regresó de Java en esos días y añadió sus argumentos a los ya señalados: no veía por qué razón, con todos esos hombres solteros que buscaban esposa, allá en la isla, debía quedarme yo en los Estados Unidos. El propio tío Jack se había casado con una chica isleña, mitad holandesa, mitad nativa. Su piel era tan morena como la de un durazno. Quedé en espera de cualquier distinguido, por parte de la familia, con respecto a ella, pero lo único que escuché de labios de mi tía fue lo siguiente:

—Etty no es como nosotras, las mujeres holandesas; está demasiado acostumbrada a los sirvientes, no suele trabajar como nosotras.

En ocasiones me sentí indecisa entre irme a Java, quedarme en Ámsterdam o vivir en los Estados Unidos.

Lo que más me asombraba en esos días de 1933 era la frecuencia con que en Holanda se escuchaba hablar alemán. Cierta vez le dije a mi tío que me gustaría navegar por el Rin hasta Alemania y ver lo que había alrededor del recodo del río donde Simón y yo, cuando niños, mirábamos pasar las embarcaciones; me contestó con vehemencia:

—Si se te ocurre ir a Alemania, no regreses aquí...

¡Palabras muy duras en boca de mi afable tío!

—¿Por qué dices eso? —le pregunté.

—¿Acaso ignoras lo que ocurre en Alemania? —replicó.

—Sé muy poco.

Trató de darme una explicación acerca de Hitler y la gran mentira; me habló de los ataques contra los comunistas, los socialistas y contra cualquiera que no estuviera de acuerdo y, lo que interesaba más, el hecho de que echaba a los judíos la culpa de los desastres económicos. Los miembros de mi familia no eran judíos religiosos, pero jamás habían olvidado, ni por un minuto, que eran sefarditas, a los que Holanda había acogido cuando España los expulsó en el siglo XVI.

David Schaap, a quien yo llamaba tío aunque no era mi pariente consanguíneo, escribía entonces en la prensa severos artículos acerca del peligro fascista, representado por Hitler y los nazis. Casi

todos mis familiares habían aposentado en sus domicilios a uno o dos refugiados escapados de Alemania.

Comencé a asociar lo que mi tío contaba con lo que había leído en los Estados Unidos, en libros como *Coming Struggle for Power*, de Strachey, o en las obras de Harold Laski. Me di cuenta de que los problemas del mundo eran mayores que los que yo tenía en Norteamérica. La preocupación que comenzaba a compartir con mi familia en lo que se refiere a los nazis me franqueaba un mundo de pensamiento y acción. No hice el viaje a Alemania, por supuesto. Estuve de acuerdo con tío David.

En vez de eso, tomé el avión que iba a París, para asistir a la Conferencia Internacional de Enfermería. Llegamos en un momento. Desembarqué mi escaso equipaje para caminar por las calles de la Ciudad Luz. Los dos idiomas que hablaba –holandés e inglés– me fueron absolutamente inútiles. Pero vi muchas cosas. Al cansarme de andar, me sentaba a ver pasar a los parisienses. Para mí, la ciudad más bonita del planeta era Ámsterdam; París compartía, ahora, mi admiración. Me di maña para localizar la calle y el número que Ladd Haystead me había indicado. Lo encontré y esa noche escuché mi primera ópera, *Fausto*, en el Teatro de la Ópera. Empecé a olvidar el pasado, los penosos estudios, las enfermedades, el aburrimiento y viví el presente. Tan ocupada estaba en empaparme de París que ya no pensé en el futuro.

No me seducía la idea de ir a la Conferencia Internacional de Enfermería, a encerrarme en una sala, cuando podía caminar a lo largo del Sena. Sin embargo, a la mañana siguiente asistí a la inauguración. Unas mujeres, frente al edificio, se acercaban a los delegados y les pedían que firmaran algo. Se me aproximó una de ellas. Tratábase de una enfermera holandesa, de Ámsterdam. Me pidió que firmara la petición contra la guerra y el fascismo. Yo todavía no comprendía bien el problema del fascismo, a pesar de las explicaciones de mi tío. Se lo dije a la enfermera, pero firmé de buen grado puesto que el escrito era contra la guerra. Era natural que si yo laboraba activamente en el campo de la salud pública preventiva pensara que la guerra era una estupidez que debía evitarse. No

le concedía gran valor a mi firma, pero la puse con mucho gusto. ¡Cuán lejos estaba de imaginar que con esa rúbrica empezaba a cambiar todo el curso de mi vida!

Después de la Conferencia, de regreso en Ámsterdam, le conté a mi tío David que había firmado una especie de petición contra la guerra y el fascismo. Su encendida cabellera roja chispeó cuando me dijo:

—La muchacha que te pidió la firma era, probablemente, comunista.

—¿Y qué importa, tío, que haya sido comunista o socialista, si todo es a favor de la paz?

Se puso en movimiento y, al instante, tía Annie le advirtió:

—Calma, baja la voz y domínate...

Sin saberlo, había lastimado a mi tío David. El era socialista, miembro activo del Partido Socialista Holandés. A medida que hablaba me di cuenta de que creía que los comunistas le ayudaban a Hitler a fortalecerse, puesto que no auxiliaban a los socialistas. Si socialistas y comunistas luchaban por las mismas cosas, según se decía, ¿por qué no se apoyaban entre sí? Tío David remachó una y otra vez, tratando de hacerme comprender la diferencia que entre ellos existía, pero, en verdad, no pude advertirla. En cambio, los nazis me atemorizaban cada vez más a medida que los refugiados que llegaban a Holanda en 1933 nos relataban las torturas, las presiones y la crueldad que sufrían los judíos. Los nazis parecían bestias. Alemania estaba tan cerca de Holanda que comencé a rogarles a mis tíos que se trasladaran a Norteamérica. Se rieron de mí. El suelo holandés no había sido violado desde que los Países Bajos se vieron limpios de españoles. Pero con la barbarie nazi y Hitler en el poder yo sentía miedo por mi familia, por los judíos en general. En los Estados Unidos jamás me consideré judía pero aquí, en Holanda, mi educación protestante se había borrado a medida que me identificaba con un orgulloso hogar sefardita holandés.

Incluso le prometí a mi *tante* Sara que trataría de entablar relaciones con algunos israelitas de los Estados Unidos. A ella le parecía raro que yo no conociera a ninguno. Ya me imaginaba la contrariedad de mis parientas políticas cuando yo comenzara a hacer amigos entre los judíos. ¿Y qué decir de mi madre, quien negaba su origen y había tratado de infundirme el antisemitismo? ¿Cómo podría explicarles a mis tíos esta actitud que se observaba en los Estados Unidos, si en Holanda no existía tal cosa? Consideré imposible explicarles mi complejo de norteamericana en sólo un cincuenta por ciento. Cuanto dije sirvió, únicamente, para que reafirmaran su punto de vista de que Holanda era preferible a los Estados Unidos, con todo y Hitler en la frontera, y aunque el país estuviera lleno de sirvientes, criadas y turistas alemanes.

Hube de volver sola al país en que había nacido.

El sol llegaba a su ocaso entre las doradas nubes purpúreas cuando nuestra embarcación bajó lentamente por el río Maas. Lloré por lo que dejaba: Holanda, mi familia. No obstante, estaba contenta de regresar a los Estados Unidos, a ver a mi hija. Había prometido firmemente a mis tíos que volvería en menos de cinco años, trayendo conmigo a Mary Lee, quizá para quedarme. Mi mente se sentía tan despierta como jamás lo había estado antes.

Cuando llegué a Port Chester fue evidente que Mary Lee se alegraba de verme, si bien no llegó a derramar lágrimas de gozo. Nos mudamos a nuestro desván del Club Femenino, bajo los árboles. Ello constituyó un cambio notable con respecto a la Unidad Doméstica Socialista, en una de cuyas moradas había vivido con mi familia, en Betuindorp, Ámsterdam. Pero, antes de trasladarme a otro país, debía convencerme de cuáles eran mis sentimientos con respecto a los Estados Unidos.

Comencé a planear seriamente mi ingreso al Colegio de Maestros de la Universidad de Columbia, como estudiante de medio tiempo, en 1933. Los martes por la tarde tomaba el automóvil de la Asociación de Enfermeras Visitadoras mientras que los sábados,

para asistir a mis cuatro horas de clase, bajaba en el tren. Me sentía llena de orgullo: Yo, la muchacha de las bobinas, la devanadora, estudiaba en la Universidad de Columbia. Iba a educarme y a dar un salto al otro lado de los carriles, más allá del camino. Jamás hubiera creído antes, cuando trabajaba en la fábrica de hilados, que iría a la universidad. Quería gritárselo al mundo entero, mas, como a menudo sucedía, guardé silencio.

Algunas de las materias que estaba tomando durante ese primer año eran muy aburridas, no así la gente con la que me vinculé. Sólo podía escuchar, aquí y allá, en el ámbito universitario trozos de las pláticas que se sostenían con frecuencia acerca de los nazis, la guerra, la depresión, la ayuda a los trabajadores, Roosevelt y otros temas. Como yo sólo iba parte del tiempo a las clases, no conocía a las personas de cuyas conversaciones me enteraba en el café. En cuanto más los escuchaba, veía la tabla para boletines, un mayor número de avisos referentes a piezas teatrales y conciertos (yo jamás había visto un drama), más ansiosa estaba de mudarme a la ciudad de Nueva York e ir a la escuela durante un semestre por lo menos. Hacia fines de 1933 tomé la decisión de dedicarme de lleno al estudio en septiembre de 1934. Como de costumbre, carecía de la menor idea acerca de cómo lograr tal cosa, aunque me consideraba capaz de hacerlo. Solamente Mary Lee guardaba en aquellos días una dieta equilibrada, puesto que yo ahorraba cuanto centavo podía para trasladarnos a la ciudad de Nueva York. Ello significaba que tendría que renunciar a mi seguro empleo de Port Chester, si bien el enfrentarme a una situación inestable me permitiría obtener un equilibrio interno y encontrar mi sitio en el mundo activo y pensante. Cerca ya del otoño de 1934, mis ahorros llegaban a quinientos dólares. Renuncié a mi trabajo. Mis parientas políticas se hicieron cargo de Mary Lee, con suma alegría, hasta que yo encontrara departamento en Nueva York.

Me pregunto si ha existido otra persona más ansiosa que yo de aprender, de vivir, de desenvolverse, sin saber con exactitud qué es lo que quería en ese aspecto, y tan hondamente avergonzada de ser una ignorante. Por lo pronto, hallé un cuarto en Riverside Drive,

en la calle 115, en el que ni siquiera entraba un rayo de luz. Era un cuarto oscuro, destartalado. Coloqué una lozana planta bajo la lámpara y puse en la pared el grabado en cobre, recuerdo de mis dieciocho años. Este era mi hogar. Estaba pronta a inscribirme como estudiante regular y a tomar algunos cursos de filosofía, antropología y sociología, y cuantas materias pudiera.

Sin embargo, parecía que mis consejeros del Departamento de Salud Pública y yo no estábamos de acuerdo en lo que debía estudiar. Yo no tenía el menor interés en un curso donde me enseñarían a escribir misivas de agradecimiento u otros tipos de cartas. En mi calidad de principiante recibía sus consejos, pero los combatía. Había trabajado con todo afán, ahorrando para venir a la escuela. Yo quería algo que me agradara. Y lo obtuve. ¡Dios mío, si apenas había salido de una zona deprimente en la que millares de personas perdían sus trabajos y tenían que formar colas para conseguir un pan, qué iba a desear esas cartas! Quería saber las causas de la pobreza, la depresión, las guerras y cómo evitarlas. ¡Esto era lo que para mí significaba la Salud Pública!

En mis caminatas rumbo a casa, siguiendo la orilla del Hudson, me emocionaba la belleza del río. Los roncospitazos de los remolcadores me decían: “¡Eres una estudiante universitaria!” Los atareados *ferry-boats* se abrían paso, cruzando el río, cual mujeres desaliñadas que trataran de parecer muy dignas. Los vibrantes colores de la catarata, dorado y rojo entremezclados con distintos verdes, me levantaban el ánimo. Apenas podía creerlo: estaba inscrita y, más tarde, obtendría el título. No me atreví a pensar en los años que esa tarea me tomaría. Si comenzaba a preocuparme por cuántos créditos y qué suma de dinero habría de conseguir, tendría miedo de seguir adelante. Un dique se construye poco a poco para rechazar las aguas del mar. Poco a poco, aunque me tomara la vida entera, lograría ese grado en Salud Pública.

Me dediqué a estudiar bacteriología, esa búsqueda del enemigo bajo la lente del microscopio; estudié la nutrición, con el auxilio de los conejillos de Indias. Tomé dichas materias, junto con la filosofía, la sociología y la psicología. Mastiqué, rumié, pensé, estudié a

Marx, a Darwin, a Hegel, a Freud, a Dewey, a los utópicos. Las conversaciones en el comedor me sirvieron de mucho.

Un haz luminoso penetró en mi empolvado pensamiento, extendiéndose a medida que yo oía y estudiaba. Tenía cerca de treinta años de edad. Pasé los primeros diez temerosa de mi madre, quien me encerraba en un sótano en compañía del carbón y las ratas. Ese tiempo fue de lucha continua por la supervivencia. La siguiente década me la pasé protestando contra las condiciones de trabajo en las fábricas, y en busca de una oportunidad para desenvolverme. Durante los últimos diez años sufrí la enfermedad y la muerte de mi esposo, y obtuve el diploma de la High School. Ahora, en la Universidad de Columbia, comenzaba a contemplar el mundo: no a los Estados Unidos en 1934 sino al mundo entero en esta fecha y antes de ella.

El ambiente universitario cobraba vida con las diferencias de criterio: los maestros sustentaban uno, los estudiantes otro. Algunos se inclinaban a la derecha, estos eran izquierdistas. Sólo unos cuantos pertenecían al centro. Roosevelt tomaba medidas lógicas para dar empleo a los que carecían de él. Surgió la Administración de Proyectos de Trabajo. La gente hambrienta empezó a experimentar un alivio. Se creaban nuevas leyes que reforzaban la democracia en el país. Yo, que jamás había visto un acto teatral, asistía ahora a las representaciones que se escenificaban en el Teatro WPA,<sup>1</sup> obras en las que se reflejaban los problemas sociales de la época y que me ayudaban a orientar mi pensamiento hacia la izquierda.

Pero aún no podía comprender las diferencias entre comunismo y socialismo. Mi tío me había puesto en guardia contra el comunismo, pero aún en 1934, cerca ya de 1935, no podía establecer la razón de sus riñas, visto que sus metas parecían iguales: un mundo decente, la proscripción de la guerra y una buena vida

---

<sup>1</sup> Works Progress Administration (Administración de Proyectos de Trabajo), programa del gobierno federal para contrarrestar los efectos de la Gran Depresión. El teatro, y los miles de actores desempleados a causa de la crisis, fue uno de los grandes beneficiados con esta nueva medida. [N. de la E.]

con dignidad. Ambas doctrinas oponíanse a la distinción entre las razas y tomaban al hombre en cuanto a su condición de tal, no como judío o negro, o separándolo por su religión. Yo estaba de acuerdo con todas esas cosas, enteramente, lista para actuar si llegaba el momento.

En cierta ocasión, al caer la noche, venía por el corredor de la escuela y me llamó la atención un gran cartel pegado al muro. El dramático aviso era una invitación a los estudiantes para que acudieran a la reunión de la Liga Contra la Guerra y el Fascismo. Acordándome de la petición antibélica que había firmado en 1933, decidí asistir al encuentro y enterarme más de las finalidades de la Liga.

Me deslicé tímidamente en una de las butacas de la última fila. Entre el público no vi a ningún conocido. A medida que el orador hablaba sobre el peligro que Hitler, la guerra y el fascismo entrañaban, se aclaraba la razón de la excitativa que a los circunstantes hacía de afiliarse a la Liga y laborar en pro de la paz y contra la guerra, ayudando a combatir al fascismo. Yo no entendía a fondo lo que esta doctrina implicaba, lo cierto es que cuando pidieron que levantáramos las manos quienes quisiéramos trabajar como voluntarios en la Liga, alcé la mía. En el momento de firmar la credencial que me acreditaría como miembro, expresé:

—Pero, sabe usted, en realidad no sé lo que es el fascismo...

El presidente de la Liga me contestó:

—No se preocupe, ya se lo explicaremos.

La inhumanidad del hombre en contra de sus semejantes me había preocupado siempre; igualmente, la guerra me parecía temible. Jamás había estado en una contienda bélica, pero mi campo de trabajo, la salud pública, la salvación de vidas humanas y la prevención de la enfermedad constituían el extremo opuesto de las metas destructivas que la guerra implica. Me emocionaba la oportunidad de unirme a otros para combatir la guerra. ¡Y qué gente! Jamás había conocido un grupo tan vigoroso. Algunos de sus miembros eran judíos, unos cuantos eran negros, otros procedían de Main Line, Filadelfia, aquellos venían de Back Bay, Boston.

Eran diferentes en muchas de sus características, pero similares en lo que se refiere a su actitud opuesta al establecimiento de distinciones entre los hombres debido a la raza y al credo, obrando en consecuencia con sus ideas. Me encontraba a gusto entre aquella gente, cuya forma de ser me parecía modelo; a veces, puesto que apenas estaba comenzando mi educación formal, me sentí como una ignorante en su compañía. Sin embargo, pude auxiliar a estas personas cuando ayudaron a los empleados del café escolar a ganar una huelga, y mi conocimiento de los sindicatos y sus metas les dejaron una impresión favorable. Además de cumplir con el programa de estudio que me había trazado, escribía hojas sueltas, haciéndolas circular, hablaba en las reuniones y representaba a la Liga en el Consejo Estudiantil de la Universidad.

Durante los trabajos que realicé con este grupo, comencé a perder la timidez y el sentimiento de que yo era apenas una hilandera y jamás podría considerarme una intelectual. Ahora había emprendido el camino.

Uno de los miembros del grupo, profesor de la Escuela Lincoln del Colegio de Maestros de la Universidad de Columbia, me ofreció ayudarme a conseguir una pensión para mi hijita en su Escuela de Párvulos. Yo había encontrado departamento. Estaba en un edificio condenado, en el quinto piso, donde recibía la luz del sol. El mobiliario quedó constituido por canastos y por cajas de madera que el grupo me ayudó a pintar. Obtuve un préstamo de la Universidad que me permitiría continuar estudiando durante un semestre, con plena dedicación, hasta junio de 1935. Tenía que arreglármelas con cuatrocientos dólares para vivir cuatro meses, pagar la instrucción y la renta, pero ya antes lo había logrado. Uno de los empleados del café, miembro así mismo de la Liga, quedó en traerme la comida que sobrara; otro me proporcionó ora una sábana, ora una toalla. No había dispuesto de una cocina donde preparar mis alimentos desde la muerte de mi esposo, en 1931. Ahora tenía nuevamente un hogar, aunque hube de librar mil batallas contra las cucarachas y los ratones, restregar las paredes hasta dejarlas brillantes y sentarme en canastos en vez de sillas. ¡Mi casa me pareció hermosa!

Cuando le hicieron su examen, Mary Lee obtuvo alta calificación y la beca. Nuestras ventanas daban al campo deportivo de la Escuela Lincoln. Entre una y otra tarea echaba un vistazo contemplando las rubias trenzas de mi hija, a merced de la brisa, cuando la niña corría con sus compañeras de la Escuela de Párvulos. De vez en cuando venía a mi mente la imagen de Annie Waters, la *madame*, y recordaba sus palabras, “deja la casa de los Fuhr, múdate a Nueva York, encuéntrate a ti misma”. Eso era justamente lo que estaba haciendo... ¡Y cuán feliz me sentía! No obstante, mi hija me tenía preocupada: le hacían falta sus primitos, su tía y su abuela. En ocasiones me parecía que me miraba con reproche, pero yo tenía que seguir adelante y obtener mi grado en Salud Pública. Sin él, podía perder el empleo. Con el título, podía conservarlo cuanto quisiera. Si proseguía mi esfuerzo, Mary Lee, a su vez, tendría su oportunidad. ¿Cómo haría para explicárselo a mi amada chiquilla de cuatro años? Continué mis estudios y auxiliando a la Liga.

Los dos únicos semestres que podía aprovechar en mis clases sin tener que desempeñar un empleo llegaron a su término en junio de 1935. Por fortuna, encontré una colocación veraniega que duraría tres meses. Con los efectos de la depresión aún palpables, tenía la esperanza de conseguir un puesto permanente al final de ese lapso. Al término del periodo escolar envié a Mary Lee a pasar la estación calurosa con su abuela, fuera del caldeado ambiente del departamento neoyorquino.

Había conseguido empleo en una Sala Cuna. El cometido principal de esta agencia era colocar en hogares de crianza a los niños cuyos padres no deseaban conservarlos, hasta tenerlos listos para su adopción por parte de otras personas, hasta encontrarles hogares adoptivos. Iba a sustituir a tres empleadas mientras duraran sus vacaciones. La oficina estaba en East 86th Street, en el corazón de la comunidad nazi de Nueva York. Yo habitaba en la West 124th Street, al otro lado de la ciudad, donde predominaba la atmósfera universitaria. Era un espectáculo molesto y temible el que contemplaba al descender por la East 86th Street: svásticas en las paredes,

retratos de Hitler, enormes en su mayoría, y hombres que se saludaban gritando: “¡Heil, Hitler!”

Yo entendía el alemán y escuchaba a sus oradores en las reuniones de las esquinas. Ese año de 1935 abundaban, en los Estados Unidos, las exclamaciones que urgían: “¡Abajo los judíos! ¡Abajo Roosevelt! ¡Arriba la raza superior! ¡Vivan los arios!” Ros-tros y voces de quienes las proferían eran bestiales, su filosofía era inhumana, carente de base científica. Ellos intentaban desvirtuar los mínimos logros que los pueblos han obtenido en su prolongada marcha, cuesta arriba, hacia una existencia más humana. Holanda estaba demasiado cerca de Hitler y yo le pedí a mi familia que saliera de aquel país cuando todavía era factible. Pero mis tíos sostenían que Holanda, por haber sido siempre neutral, no sería atacada. Si esta filosofía de los superhombres arios se hubiera circunscrito a la East 86th Street y Yorkville, no me habría preocupado tanto, pero una la encontraba hasta en el sitio donde trabajaba. La agencia se ufanaba de no tener en su directiva judíos ni negros. Mis ancestros sefarditas no dejaron su huella en mi rostro, lo que me permitió conservar el empleo.

En la oficina me torné poco comunicativa con mis compañeros de labores y sólo me animaba en los hogares que tenía que visitar. El pan y la mantequilla de Mary Lee me parecían más importantes que darme el gusto de decirles lo que pensaba de su filosofía nazi. Se daba por supuesto que aquella era una agencia social, con bases científicas, pero sus jefes actuaban como nazis: un huérfano negro, de piel oscura, debía enviarse a un hogar cuyos integrantes tuvieran igual matiz; un negrito menos oscuro iría a una familia parecida, y un bebé rubio de ojos azules debía siempre colocarse en una casa aria, cristiana. Jamás clasificaban los hogares de acuerdo con su amabilidad, su cultura, su amor a los niños, sino por el color de la piel de sus integrantes, y esto ocurría en 1935, en los Estados Unidos, la tierra de la democracia. Este país, para mí, no era el mismo de Jefferson y Payne, de Lincoln y F. D. Roosevelt. En cuanto más ganas tenía de escupirles los rostros a los nazis, más esforzadamente colaboraba con la

Liga Contra la Guerra y el Fascismo, al término de un día de trabajo en Yorkville o Yorktown.

Es obvio que la máscara que me ponía para el desempeño de mis labores era efectiva. Aún me río entre dientes cuando releo la valoración que de mis esfuerzos hicieron al término de mi empleo. Dice así: “Gran vitalidad y entusiasmo, buena técnica de enseñanza”, etc. Puede considerarse de “tipo campesino” con “cultura limitada”. Otra agencia, donde había enseñado a los estudiantes, afirmaba: “Tiene personalidad ratonil”. Había estado aprendiendo a guardarme mis ideas, pues lo contrario acarrearía la pérdida de mi colocación. Tal secreto era enteramente opuesto a mi personalidad. Pero había estado escondiendo mis ideas en clase, salvo de algún maestro poco común; las había ocultado a los Fuhr. Únicamente en la Liga me sentí entre otros seres que se interesaban en el hombre, en su sociedad, en sus esencias. Los miembros de la Liga eran judíos, negros, podían ser de cualquier raza o tener el credo que fuere, pero lo importante era que tanto hombres como mujeres creían en el ser humano. Algunos se consideraban socialistas, otros eran comunistas, estos se decían republicanos, aquéllos demócratas... Si todos éramos humanitarios, ¿qué importaba cada una de esas denominaciones? En cuanto a mí, lo medular era tener un ideal.

Una amiga me había informado que había una vacante en la Clínica para el Control de Natalidad, a la que más tarde se llamó Clínica para la Planeación de la Familia. Me citaron con Margaret Sanger, la gran humanitarista. Yo esperaba conseguir el empleo. ¡Cuán emocionante sería ayudar a madres y bebés llenos de vida, recibiendo mi paga al hacerla! Allí podría derramar idealismo, energías y enorgullecerme de mi trabajo y mis colaboradoras. Para mí la planeación de la familia, el espaciamiento de los vástagos, había sido siempre una importante medida preventiva de salud pública. ¡Cuántos fallecimientos había visto, muertes causadas por abortos provocados, en el seno de hogares a los que la depresión había hundido en la pobreza! ¡Y a estos abortos seguía el deceso de la madre!



1. En *Ámsterdam*. *Lini*, a la edad de cinco años, con un compañero de juegos.
2. Padre de *Lini*. “*Mi padre, sólo putativo en realidad, no se les semejaba aunque procedía de aquel provincial tronco holandés reformado. Él no sería un scab, un obrero desclasado, roñoso. Él pertenecía al sindicato*”.





3. Lini, Betty (su hermana menor) y su madre. “Comencé a pensar en mi madre con lástima, con piedad. ¡Qué gran tragedia la nuestra, de no simpatizar una con otra!”.
4. Tía Sara y tío David, los parientes holandeses que fueron determinantes en la vida afectiva e intelectual de la autora.



5. *Lini en la graduación de sus estudios elementales.*

6. *La estudiante de enfermería en la década de los veinte.*





7. *Katherine Calderwood, Scottie, su compañera escocesa en la Escuela de Enfermeras.*
8. *Retrato de Wilbur Fuhr, padre de Marie Lee, hija de Lini.*



9. La primera brigada de la American Medical Bureau (AMB): Ray Harris, Lini M. de Vries, Edward Barsky, Rose F., Helen Freeman, Harry Wilkes, Philip Pakier Goland. Barcelona, 1937. Archivo Fredericka Martin.

10. Personal médico: Helen Freeman, Ray Harris, Lini M. de Vries, entre otras personas no identificadas. Barcelona, 2 de marzo de 1937. Archivo Fredericka Martin.



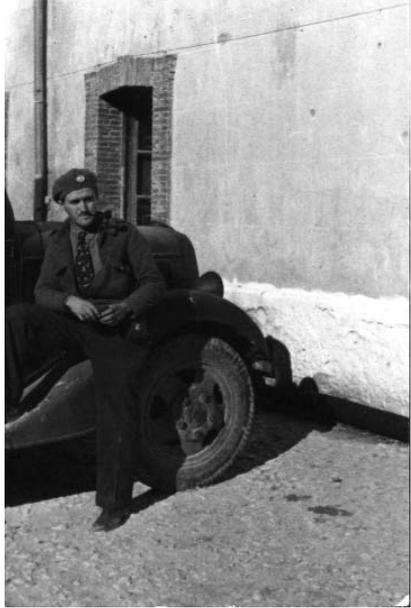
11. *Lini M. de Vries con el bebé Holding y una pareja no identificada. Barcelona, febrero de 1937. Archivo Fredericka Martin.*

12. *Edward Barsky, España, ca. 1937-1938. Archivo Fredericka Martin.*



13. Barsky en espera de alimentos, España, sf. Archivo Edward K. Barsky.

14. Edward Barsky, España, sf. Archivo Edward K. Barsky.



*15. Barsky en espera del próximo auto, España, ca. 1937-1938. Archivo Fredericka Martin.*

*16. El doctor Edward Barsky, España, s/f. Archivo Edward K. Barsky.*





17. Lini M. de Vries en una entrevista a su retorno a los Estados Unidos. Con Helen Weissman y seis mujeres no identificadas, sf. Archivo Fredericka Martin.

El día que Margaret Sanger iba a entrevistarme, sentí seca la boca; estaba helada, temerosa de no conseguir el empleo que tanto necesitaba. Margaret Sanger había obtenido una gran cultura y una amplia educación a lo largo de sus luchas en pro de que la mujer norteamericana tuviera el derecho a recibir una instrucción científica que le permitiera planificar la integración de su familia. ¿Quién era yo entonces? No era más que una joven que trataba de encontrar su personalidad.

Pero en cuanto la vi bajar las escaleras para atenderme perdí el miedo. Esta no era una mujer pomposa, pagada de admiración por sí misma; era una mujer que alentaba las flamas de la justicia y la decencia, en la difusión del conocimiento del control de la natalidad. A medida que me fue haciendo preguntas pude sentirme más a gusto y le hablé de mi trabajo en las fábricas de hilados y tejidos, en la solución de los problemas de salud pública, y de mis deseos de obtener el título y, más que nada, de colaborar en la planificación de la familia, que para mí constituía, en la salud pública, un campo positivo lleno de posibilidades. ¡Y conseguí el empleo!

De Port Chester me traje a la rolliza y requemada Mary Lee al nuevo departamento que encontré al otro lado de la calle donde habíamos vivido. Con un salario de ciento cincuenta dólares mensuales pensé que podría tener mi domicilio en el primer piso y no en el quinto, cuya empinada subida era tan ardua. Una buena amiga, durante sus horas libres, cuidaba de Mary Lee mientras yo trabajaba. Cuando yo tenía clases por las tardes, le pagaba a una niñera ocasional con una cena hogareña.

Después de cumplir un rígido programa de adiestramiento en el servicio interno y de trabajar en cada uno de los departamentos de la Clínica del Control de la Natalidad, quedé lista para hacer visitas hogareñas y tomar datos para un estudio que se estaba llevando a cabo. Sus objetivos eran precisar si existían mayores felicidad y seguridad maritales cuando los bebés podían procrearse de acuerdo con un plan, que cuando se tenían cada año, por mero accidente, sin que se les deseara. A medida que fui recabando datos para que

los estudiara el consejero matrimonial, resultó obvio que había una relación directa y que las familias se sentían más a gusto libres del problema de un vástago que vendría sin que dispusieran de bastante alimento en la despensa para los que ya formaban el hogar. Otro hecho palpable fue el de que aunque la Iglesia católica combatía ferozmente a Margaret Sanger, una tercera parte de las mujeres que acudían a pedir información estaba constituida por católicas.

Mi trabajo a favor de la Liga Contra la Guerra y el Fascismo comenzó a entorpecerse: carecía de tiempo para desempeñarlo. Aquellos de mis amigos que decían ser comunistas argumentaban que la solución al problema de los hijos estaba en el marxismo y que yo corría el peligro de volverme malthusiana. Yo disentía cordialmente de su punto de vista: el problema actual, inmediato, era evitar los abortos, así como los decesos de madres e infantes. Las estadísticas de los seguros de vida metropolitanos mostraban con claridad que los bebés nacidos con un lapso de tres años de separación tenían tres veces más probabilidades de sobrevivir que aquellos dados a luz con un solo año de diferencia. Estos últimos presentaban el índice más alto de mortalidad. Yo no estaba especialmente interesada en la filosofía de Malthus acerca del dominio de los problemas mundiales mediante el control de la población. Me preocupaban el individuo y sus derechos. No estaba de acuerdo con mis amigos cuando me aconsejaban esperar a que se efectuara un cambio social más amplio. Me parecía que muchos labriegos, cavando aquí y allá en el campo del progreso social, podían también obtener la cosecha de un mundo decente y evitar la revolución. A mí, en 1935, me interesaba salvar vidas, no una discusión acerca de las ventajas que Marx pudiera tener sobre Malthus, o viceversa.

Por ese tiempo iba a formar parte del despacho de relaciones públicas de la clínica. La primera vez que me dirigí a la gente en una reunión se me atoró la garganta, tan asustada me sentía al principio, pero, después de un rato, me encontré completamente a mis anchas en la plataforma y pude responderle bien tanto al opositor como al entusiasta partidario. Inicié mis pláticas acerca del control de la

natalidad, dirigiéndome a jóvenes y viejos, dos o tres veces por semana, en una gran diversidad de lugares y ambientes. Esto no quiere decir que hubiera perdido mi interés en Japón y en China, en Alemania y en el nazismo. De ninguna manera: tales problemas me preocupaban todavía, aunque no hice nada al respecto.

Margaret Sanger regresó del Oriente. Había estado en la India, en conferencia acerca del control de la población. Tuvo que salir de China porque los aeroplanos japoneses estaban lanzando demasiadas bombas. Sin embargo, había traído de este país una nueva técnica para el control de los nacimientos, misma que podía emplearse en las regiones depauperadas donde no hubiera médicos que pudieran colocarle un diafragma anticonceptivo a la mujer. Era preferible someterse a examen médico con el objeto de descubrir cualquier manifestación temprana de cáncer u otra enfermedad, mas el hecho real apuntaba que donde había un índice muy alto de mortalidad maternal e infantil, los pobres carecían prácticamente de atención médica. Margaret Sanger quería que yo tratara de esparcir y difundir informaciones acerca de la nueva técnica en una zona muy empobrecida. Me tocó hacerla en Vineland, New Jersey. Pronto habrían de intentar arrestarme.

Vineland, considerada por sí misma, era una aldea encantadora, siempre que el pasajero no prestara atención a los cientos de chozas miserables y de ruinosos automóviles en que moraban las numerosas familias migratorias, que seguían el curso de las cosechas de Florida hacia el norte. Steinbeck había escrito acerca de ellos sus *Viñas de ira*, pero nadie parecía interesado en los pobres trabajadores estacionales en el Este de los Estados Unidos. Sus vástagos jamás contemplaron una escuela. Estas criaturas, apenas podían valerse de sus miembros, se internaban en los campos, de igual manera que sus padres, a cortar fresas, chícharos o lo que fuera. Los niños morían uno tras otro. Sus madres fallecían también con frecuencia. En 1935 persistía aún el desempleo en grandes zonas del país. Los salarios eran bajos y el sistema era de tal manera feudal

que cuando llegaba el día de pago los trabajadores no recibían dinero contante y sonante, puesto que la tienda de la compañía se quedaba con él. Así eran los Estados Unidos en esa fecha, semejantes a lo que yo había leído sobre el México colonial durante los siglos XVII, XVIII y XIX. Cuando llegué a visitarlos, los trabajadores migratorios agrícolas estaban en huelga. La empacadora Seabrook de alimentos congelados rehusaba elevar sus jornales y el terror reinaba en las llanuras que rodeaban a Vineland. Tanto Margaret Sanger como yo nos dimos cuenta de que en ese lugar no sería bienvenido un fuereño. Acababan de volar el domicilio de los organizadores del sindicato.

Créame el lector que hube de esperar las tinieblas nocturnas para poder acercarme a los sindicalistas, a pedirles su ayuda para el desarrollo de mis planes. El dirigente y su familia aguardaban en la oscuridad. Lo único que poseían eran unos garrotes para rechazar cualquier ataque.

Tuve deseos de exclamar “¡dispénsenme por haberme quedado viéndolos!”, pues jamás había topado con dos personas como el organizador del sindicato y su esposa. Durante el tiempo que trabajé en la fábrica de hilados y tejidos carecimos de dirigentes, en un principio por lo menos; posteriormente, si es que alguna persona pudo considerarse tal, salió de nuestras filas, de los telares: el dirigente fue uno de los nuestros. Este varón y su mujer, a quienes me quedé contemplando, eran graduados de la Escuela Superior, norteamericanos del noroeste, altos, rubios, de antepasados suecos. Su labor consistía en organizar sindicatos. La CIO<sup>2</sup> acogía a hombres de tal temple. Su mujer realizaba labores de recolección, inclinada, como cualquier otra esposa de trabajador migratorio, y se ocupaba de sus hijos, su salud, su educación o falta de la misma. Me impresionó su sinceridad.

---

<sup>2</sup> Congress of Industrial Organizations (Congreso de Organizaciones Industriales). Fundado por John L. Lewis en 1935. Fue el primer sindicato estadounidense que organizó a los obreros semicalificados de la producción en masa. [N. de la E.]

La sección femenil auxiliar del sindicato de trabajadores agrícolas se reunió al día siguiente. Mientras yo permanecía de pie en el estrado, sus hambrientos, atormentados rostros se elevaron hacia mí, pero sus ojos traslucían desconfianza. A medida que les fui hablando de las manifestaciones callejeras y de las condiciones que privaban en aquellas sederías infestadas de ratas, que los obreros, entre quienes me contaba, habíamos limpiado, se fue formando a mi alrededor un ambiente de camaradería y confraternidad. No fue sino hasta entonces que les expliqué a qué había venido y comencé a instruirles en las técnicas de planificación familiar. Naturalmente, el mejor método era el científico, que requería un examen médico. Ellas sonreían irónicamente, lo mismo que yo. Los médicos de la población apoyaban a los dueños de los terrenos cultivados: “¡Rompan la huelga! ¡Que los trabajadores pasen hambre! ¡Traigan más esquiroles!” En consecuencia, les expliqué el sencillo método que Margaret Sanger trajo del Oriente, y que había mejorado.

Demostraron mucho interés. Esta no era una época como para quedar embarazada sin desearlo. El comité de voluntarias prometió distribuir los elementos necesarios y llevar un registro de los resultados. Unos cuantos días después volví a la ciudad de Nueva York a procurarme más instructivos, ya que era ilegal enviarlos por correo. Hacerlo se consideraba violación federal. Lista ya para retornar en automóvil a Vineland, recibí una carta del organizador del sindicato, en la que me decía que mejor no regresara. Incluía unos recortes de periódico que lo explicaban todo. La prensa local publicaba poco más o menos lo siguiente: “Una extranjera comunista, de ideas subversivas, ha estado ilegalmente en la población, difundiendo informes acerca del control de la natalidad. Cuando vuelva será arrestada y expulsada del pueblo”. Me invadió un gran temor: recordé a la policía y los garrotes con que golpeaban a las empleadas de las hilanderías, recordé las coces que repartían sus caballos. Pero yo no había hecho nada ilegal, tampoco era extranjera ni comunista, no era agente subversivo y, gracias a mi propio temor, regresé. ¡Por Dios que tomaría la ofensiva y vería al jefe policiaco de Vineland, tan pronto como me bajara del coche!

Le hablé al jefe de la policía, dignamente, en mi calidad de extranjera, nacida en el mismo estado que él. Antes de que pudiera abrir su boca, comencé a instruirlo acerca del control de la natalidad. Comencé por la primera historia, escrita en la Biblia, y terminé en Vineland, New Jersey, en la actualidad. A medida que su rostro fue manifestando interés, comprendí que el triunfo era seguro. En cuanto me preguntó cómo podrían él y su esposa evitar tener bebé tras bebé, me consideré vencedora. Mientras escribía una carta de presentación para que su esposa fuera a nuestra clínica de la ciudad de Nueva York, di por sentado que en aquella comunidad jamás me vería tras las rejas. Esto no quiere decir que yo lo hubiera hecho cambiar en cuanto al desprecio que sentía por los huelguistas; de ninguna manera: el jefe de policía era hombre al servicio de los cultivadores, pero yo tendría libertad de ir de un lado a otro, difundiendo informes acerca de cómo normar la creación de una familia. (¡Qué tiempos aquellos! Es interesante el hecho de que hoy, en 1960, acabo de leer en la *Saturday Review* del 4 de febrero, una discusión de la eficacia del método que Margaret Sanger trajo del Oriente, y que nosotros sujetamos a prueba por primera vez durante la gran huelga de Seabrook, Vineland, en 1935.)

La huelga siguió adelante. Cuando yo era una muchachuela, en las fábricas de seda, y entré a la huelga con mis compañeras, no lo había pensado profundamente. Tenía sólo trece años cuando hice mis primeras armas en este sentido. Todo lo que queríamos era una jornada de ocho horas y que a nuestro sindicato se le reconociera como tal. Ahora, educada en Salud Pública, aprecié las cosas desde un punto de vista diferente, con un grado mayor de análisis. Conmovida por la tragedia que prevalecía, no me era posible entender a los cultivadores. Los trabajadores pedían muy poco: una letrina para no tener que acuclillarse en el campo; agua que beber y con la cual bañarse; un poco más de dinero para que sus hijos pudieran alimentarse con las mismas legumbres que sus padres cosechaban, y el derecho de comprar con su propio dinero lo que quisieran donde prefirieran hacerlo, y no en la tienda de la compañía. ¿No podían entender los cultivadores que ganarían más si en

vez de esta gente anémica y débil dispusieran de un grupo de recolectores fuertes y bien alimentados? Me imaginé que no les importaba, ¡tan abundante era en aquellos días la oferta de brazos! Sin embargo, ¡cómo se desperdiciaba la vida!

El germen de la tifoidea no respeta límites. La poliomielitis acecha en los sitios donde, por falta de letrina, desalojan los trabajadores, dejando sus heces a la intemperie. Las moscas no establecían diferencias entre el hijo del acomodado cultivador y el vástago del pobre trabajador migratorio hambriento. Cuando una mosca vuela y se posa en un pedazo de pan, la mano que lo sostiene puede ser la del pobre o la del rico. Al microbio asesino no le interesa si su víctima es rica, pobre, negra, blanca, religiosa, atea. ¡Dios mío! ¿Acaso el germen tenía que enseñarles lo que era la democracia? ¿Una mosca, quizá, debía instruirlos? Yo sabía muy bien que la única razón por la que el jefe de la policía me dejó darles informes sobre el control de la natalidad, fue que él pensaba que “esos emigrantes” no debían tener tantos hijos. Desde luego, esto no iba de acuerdo con la filosofía que teníamos en la clínica dirigida por Margaret Sanger: toda mujer tenía el derecho a determinar, de acuerdo con sus deseos, en qué año tendría un bebé.

Me apenaba dejar mi trabajo, pero el estudio realizado entre los trabajadores llegó a su término: ya había recogido los datos necesarios. Deseaba que alguno de los de la directiva renunciara para obtener su lugar. Me prometieron que a la primera vacante, cuando alguno partiera, me llamarían, en virtud de que ofrecí mis servicios voluntarios en la oficina de relaciones públicas, como portavoz. A fines de agosto de 1936 partí a desempeñar otra tarea.

¿Pero es que nosotros, Norteamérica, los norteamericanos, llegaremos alguna vez a la mayoría de edad? Con el objeto de conseguir un empleo de trabajadora social y pediatra tuve que consignar que mi religión era la hebrea. Tan difícil era para una obrera judía conseguir una vacante en una agencia no judía que cualquier organización que operara con dinero otorgado principalmente por israelitas daba preferencia a los judíos en cuanto a la colocación se refería. Esto era natural. Yo no había sido educada dentro de la religión

judaica, aunque mis ancestros habían sido sefarditas tanto en España como en Holanda, su refugio. Si mi sociedad estaba tan inmadura que juzgaba al individuo por su credo religioso y no por su educación o su habilidad en el desempeño de una tarea, me era entonces indiferente suscribirme protestante o judía. Lo que me importaba era conseguir un puesto, desempeñarlo bien y tener un salario para que mi hija y yo pudiéramos vivir.

El caminar desde donde yo habitaba, en el cruce de la calle 124 y la avenida Ámsterdam, por toda la calle 125 hasta el Hospital de Enfermedades de las Articulaciones, sito en la 123 y Madison, era muy deprimente. La policía se alineaba por las calles, en ocasiones, cuando durante la noche anterior se había alborotado la gente. Yo era, casi siempre, la única persona de piel blanca que andaba por las calles tan de mañana. ¿Qué pensarían esos negros que caminaban a mi lado, a mi alrededor, charlando cordialmente y pasándose por alto como si no existiera? ¿Por qué me molestaba tanto que hicieran caso omiso de mi presencia? A menudo los trataban como si no formaran parte de la raza humana. Esto me incomodaba. Mediante mis esfuerzos de trabajadora social procuraba aproximarme a ellos, pero entre nosotros se alzaba un muro: el color de mi piel.

Calles sucias, *subways* repletos de gente, empobrecidos italianos que se amontonaban desplazando a los negros a lo largo del East River. Desgarbados irlandeses que mudábanse aquí, venidos de otras partes. Emigrantes portorriqueños que se apiñaban, estorbándose; judíos pobres, católicos desposeídos, gente despojada, luchando por la supervivencia. Los empleos eran insuficientes y el auxilio hogareño inadecuado. Las ratas, roedores hambrientos, mordisqueaban los dedos de las criaturas que dormían, traídas al hospital. Las cucarachas acudían en tropel, en pos del calor del enfriado cutis de los durmientes. Este era el Harlem donde yo trabajé, el barrio de Harlem, nombrado así en honor de la florida ciudad de los canales, Haarlem, en las Tierras Bajas. ¡Qué contraste el que había entre Harlem, Nueva York, Estados Unidos, y Haarlem, Holanda!

Harlem era deprimente, lo mismo que mi trabajo. Me parecía que todo lo que se podía hacer por algún pobre paciente era mandarlo de una agencia social a otra. En verdad prefería el campo de la salud pública en el que, por lo menos, se obtenían resultados más positivos y en el que se podía batallar más. Durante ese invierno de 1936 me preocupaban tanto los pobres de Harlem como mi hija, con sus constantes catarros. Me pregunté cuánto podría resistir, llevar el paso, trabajar, realizar labores domésticas y asistir a las clases nocturnas de la Universidad; la proximidad de Hitler a Holanda, donde vivía mi querida familia, me angustiaba. Y luego, ¡España! Comencé a pensar en este país.

¡España, España! ¿No tenía bastante ya con mis otras inquietudes, y debía desvelarme por España también? Leía todo cuanto caía en mis manos acerca de la vieja patria de mis ancestros. Asistí a conferencias sobre el tema. Los Estados Unidos de Norteamérica habían triunfado en la revolución de 1776. Inglaterra había echado al feudalismo por la borda mucho antes. Italia también lo había logrado. Alemania lo intentó alguna vez y Francia había alcanzado el éxito. Ahora, España trataba de acabar con el feudalismo y engrandecer la democracia. El gobierno legalmente electo había cometido el error de darle a sus generales el retiro, con paga completa, lo que aprovechaban para intrigar a favor de Hitler y Mussolini. Más tarde pensé que los deberían haber matado. Pero el gobierno republicano español era demasiado tolerante. El general Franco dirigió la rebelión contra el gobierno legal de España apoyándose en sus moros, en los alemanes nazistas y en los camisas negras de Mussolini. ¿Cómo pudo llamársele Guerra Civil a esta contingencia? El valiente pueblo español emprendió una lucha casi solitaria. Pero los voluntarios comenzaron a acudir a España a pelear, a velar y curar a los heridos. La Iglesia católica organizada llamaba comunistas, rojos y asesinos a sus hijos españoles. Los grandes capitanes de negocios de los Estados Unidos estaban de acuerdo con ella. Lawrence Fernsworth, un firme católico, escribía lo contrario. Tuve oportu-

nidad de escucharlo y de oír, asimismo, la palabra de Herbert Matthews. Sus relatos, publicados en el *New York Times*, eran convincentes. En esos momentos se reclutaba una unidad de enfermeras y médicos voluntarios. Me enteré de ello entre mis amigos de la Liga Contra la Guerra y el Fascismo. Leí la noticia en los periódicos y traté de ayudar en el reclutamiento de enfermeras.

Yo siempre había sostenido que en los Estados Unidos teníamos mucho qué hacer para ayudar a que los norteamericanos desarrollaran sus potencialidades en relación a la herencia que hombres como Jefferson, Payne, Lincoln y Walt Whitman les habían dejado. Nunca pude entender el porqué de enfrascarse en discusiones acerca de otros países que pudieran tener sistemas diferentes a los norteamericanos. La única cosa contra la que siempre luché fue el fascismo, el nazismo, ya que consideraba que estas doctrinas constituían una amenaza para el ser humano y su pleno logro, y, aún más, eran una amenaza contra mi familia holandesa. ¡Y ahora me preocupaba lo que ocurría en España! Me daba plena cuenta de que este país tenía que derrotar a Hitler y a Mussolini, y de que en España se combatía para evitar la difusión del nazismo, de las ideas de Hitler y de la guerra. Comencé a pensar que si no podía lograr que alguna enfermera fuera en auxilio de los defensores, tendría que ir yo misma.

Pero no deseaba ir. Tenía una hija, un trabajo que desempeñar, los exámenes universitarios encima. Sin embargo, me desvelaba pensando en cómo ir a España. España era un país desposeído. Siempre me había inclinado a ayudar a los despojados. ¡Por algo lo había sido yo también!

Si se podía detener a Hitler en España, mis tíos Sara y David, y el resto de la familia De Vries, estarían a salvo. ¿Era acaso por ello que yo pensaba en ir a España? Tío David me había contado muchas cosas acerca de las torturas que los nazis aplicaban. Había visto a sus víctimas en Ámsterdam. ¿Era este el móvil que me impulsaba a marchar a España? ¿Se trataba del odio que cada holandés sentía a causa de la amarga y prolongada guerra que contra los españoles acometimos en el siglo XVI, para liberarnos? Todos los niños holan-

deses leen la *Historia de la república holandesa*, de Motley, y saben lo que la tortura y la Inquisición significaban. ¿No se parecía el general Franco al duque de Alba de aquel entonces? ¿Es que las cenizas de Thyl Uilenspiegel pesaban en mi corazón? Cuando Thyl Uilenspiegel, libertador del siglo XVI, fue llevado a la hoguera por los españoles, su esposa recogió de entre las llamas el viril corazón. Tomó los residuos y los puso en bolsitas, cosiéndolas después y colocándoselas a sus hijos sobre el corazón. Dijo así: “Pongo estas cenizas en el pecho de todos los niños de las Tierras Bajas. Por tanto tiempo como la injusticia dure sobre la faz de la tierra, deberéis tratar de enderezarla, de defender a quienes busquen la libertad”. ¡Sí! Los cordiales restos pesaban en mi corazón.

A principios de enero de 1937, me tomé un día libre y fui a la oficina del Departamento Médico para el Auxilio a la Democracia Española. Tenía la intención de averiguar en qué forma podía ayudar a España en los propios Estados Unidos, pero el caso es que me escuché preguntar:

—¿Puedo inscribirme como voluntaria, si bien ya es tarde, para marchar junto con la unidad médica que sale para España la próxima semana?

Antes de que tuviera tiempo de arrepentirme de mis palabras, la joven que me atendía me preguntó si tenía pasaporte.

—Sí, tengo uno que expirará a fines de abril —le contesté, esperando que me respondiera “entonces no puede ir usted”.

Estaba con la enfermera que tenía a su cargo a las colegas que iban a España con la primera unidad médica norteamericana. En vez de darme aquella contestación, se apresuró a procurarme las vacunas contra el tifo, la tifoidea, etc. La unidad partiría el 16 de enero. No se sorprendió en lo mínimo de que yo tuviera que hacer antes que nada algunos arreglos con respecto a mi hija. ¡Fui yo quien me quedé asombrada, atarantada, por lo que había hecho!

¿Qué derecho tenía de abandonar a mi hijita? El semestre estaba llegando a su fin y no podría realizar mis exámenes de psicología social, filosofía e historia moderna. ¿Qué derecho me asistía para dejar a medias mis labores escolares? En lugar de examinarme en

historia moderna iba a participar en ella. Los sentimientos de culpa me acongojaron cuando comencé a procurarle un acomodo y la debida asistencia a mi hija, para cuando yo estuviera fuera. Sabía que no tenía derecho a marcharme, pero este era el impulso más fuerte que había experimentado desde que mi madre me encerraba con las ratas en el sótano. En aquella época acostumbraba murmurar: “¡No puede destruirme, ella no puede conmigo!” En estos momentos, la cosa era diferente por entero: yo salía para España no sólo a causa de mi hija, de mi familia holandesa, sino por el bien de toda la gente. No llevaba armas conmigo, no entraría en combate, me ocuparía de los heridos y, de tener oportunidad, establecería clínicas para el cuidado materno e infantil, en el frente. ¡Cuán poco sabía lo que era la guerra!

Llevé a Mary Lee a Maryland, New Hampshire. Allí estaría a salvo, con una pareja sin hijos que amaba tiernamente a los niños, amigos a quienes yo había conocido por muchos años, y tierra donde la propia Mary Lee había sido concebida. En esta comunidad iría a la escolita roja y los domingos a la empinada iglesia blanca, al catecismo, en el prado de la aldea. Estaría en un rincón de Norteamérica con el que yo simpatizaba.

Procuré librarme de mi complejo de culpa pensando en que el Departamento Médico para el Auxilio a la Democracia Española era muy eficaz, puesto que contaba entre los miembros de su directiva con uno de mis propios maestros, el doctor Haven Emerson, famoso patriarca de la salud pública; con John Sigerist, de la Universidad de Johns Hopkins; con Walter Cannon, de Yale, y con C. A. Winslow, cuyos textos acerca de la salud pública me guiaban en mis labores. La médula del asunto era poco más o menos la siguiente: “Comience por desarrollar el interés del individuo en su propia salud, siga con su familia, luego con la comunidad por medio de la enseñanza impartida a grupos de gente, hasta que la misma comunidad se ocupe activamente de su propia salud pública”.

Recuerdo que la noche anterior a nuestra partida hubo en el Madison Square Garden una enorme reunión de masas. La plaza estaba a reventar y yo conseguí sentarme en el estrado junto con

personas que me eran desconocidas, salvo el conductor de una ambulancia a quien había tratado en su adolescencia, en Port Chester. Éramos seis médicos, seis enfermeras, dos choferes ambulantes, un farmacéutico y un laboratorista. Se habló acerca de la necesidad de prestarle auxilio a España. No lamenté haber renunciado a mi puesto, haber dejado a mi hija en el hogar de unos amigos y haber abandonado mis estudios para tomar parte en la lucha de España.

Al día siguiente, 16 de enero de 1937, nos encontrábamos en la cubierta del *Île de France*, asediados por los periodistas. Algo histórico sucedía en Norteamérica: por vez primera dejaba sus playas una unidad médica, integrada por voluntarios, con el propósito de ayudar a un país oprimido. Vi muchos hombres y me dijeron que ochenta jóvenes norteamericanos iban a reunirse con las Brigadas Internacionales, en España. Varios españoles nos llenaban las manos de flores y dulces. No entendíamos una palabra de lo que nos decían. Sólo nuestro intérprete podía comunicarnos con ellos. Lloraban y nos estrechaban entre sus brazos, agradeciéndonos que fuéramos a su país. Nuestra hermandad saltó las barreras del lenguaje. En el instante preciso en que la sirena advertía “¡A tierra todos los visitantes!”, un médico joven, pelirrojo, ascendió corriendo por el portalón. Era el galeno de la brigada e iba al frente bélico.

Tiritando, helada de frío, permanecí en cubierta hasta que ya no pude ver la costa norteamericana. Rechacé los pensamientos que asaltaban mi mente: “Ya te arrepentirás de lo que estás haciendo. Si Hitler y el fascismo vencen, te meterán en la cárcel, no hallarás trabajo en los Estados Unidos”. No pensé en la muerte, pues jamás había visto caer una bomba ni escuchado el estallido de las granadas de mano, ni el traqueteo de la ametralladora, ni el silbido de la bala de un tirador experto. Esto era lo que me esperaba.

Cuando bajé a mi cabina, encontré a tres muchachas, una de ellas mareada ya, mientras las otras dos trataban de evitar la misma situación. Helen, la pobre, no dejó su litera sino hasta que desembarcamos en Francia. Las demás siguieron mi indicación de permanecer, lo más que el tiempo se lo permitiera, al aire libre. Caminábamos por la cubierta, en nuestros horribles abrigo de cuero,

obsequio del Sindicato de Obreros de la Piel, pero lo que en verdad nos mantenía templados eran las canciones que cantábamos las enfermeras, los jóvenes que iban a España y algunos de los miembros de la tripulación.

Yo había cantado con el Ejército de Salvación en las esquinas de las calles y con el coro de la Iglesia baptista; había cantado en las fábricas; había entonado canciones en el hospital, dedicadas a los pacientes. Ahora cantaba otra vez, pero qué canciones, canciones de la tierra, de muchos países y de muchos pueblos. Los ochenta jóvenes que marchaban a España para tomar parte en el conflicto no debían hacer público este hecho, puesto que carecían de permiso por parte de los Estados Unidos. Nosotros, los de la Unidad Médica sí lo teníamos. Nuestra situación era legal, la de aquellos no. Pero entonaban canciones por España, por la democracia, por nosotros todos. Yo los escuchaba hablar y discutir. Nadie parecía estar de acuerdo con el prójimo en cuanto al mejor método o a la más adecuada filosofía para construir un mundo más digno. Representaban distintos matices de las opiniones políticas. A bordo teníamos representantes de todas las razas y las religiones de los Estados Unidos. A medida que los escuchaba me pareció que aquellos hombres coincidían en una cosa: ¡España! ¡Hay que salvar a España! ¡Hay que ayudar a la democracia! ¡Hay que luchar contra Hitler! ¡Hay que detener a Hitler! ¡Hay que impedir que el fascismo se extienda por España!

Este era el tema de nuestras pláticas y de nuestras canciones. Estadounidenses del norte, del este, del sur, del oeste, negros, blancos con rumbo a España.

El 23 de enero de 1937 desembarcamos en El Havre, Francia. Tal parecía que cuantos nos esperaban en el muelle llevaran uniforme. Los policías y la gente uniformada me asustaban. No hablábamos francés. Ellos desconocían el inglés; pero uno de nuestros médicos, que había hecho su carrera en Francia, les explicó quiénes éramos. Nos aplaudieron estruendosamente. Nuestras maletas, nuestros baúles llenos de medicinas pasaron rápidamente por la aduana. Era evidente que la noticia se había extendido con rapi-

dez. La muchedumbre acudió en oleadas cuando abandonamos el barco, vitoreándonos, estrechando nuestras manos, lanzando gritos de “¡Viva el Frente Popular!” Nos llevaron al hotel que se nos destinaba y nos invitaron a una cena en honor de la Unidad Médica Norteamericana.

El frío del Océano Atlántico, que nos calaba hasta los huesos, cedió al cálido espíritu del pueblo y del champaña que bebíamos. La mayoría de nosotros jamás había tomado una copa de champaña. ¡Qué bien nos recibió el lecho después de la velada!

A la mañana siguiente, la gente se amontonó a lo largo de la vía del tren para vitorearnos a nuestra salida rumbo a París. En esta ciudad nos recibieron los representantes del Frente Popular y del Comité de Auxilio a España. Se nos ofreció vino, comimos y esa misma noche tuvo lugar una enorme asamblea. Cansados de escuchar discursos en lengua que no comprendíamos, una de las enfermeras y yo nos escapamos discretamente de la reunión y, en compañía del médico educado en Francia, recorrimos las calles de París. ¡Cuán poco había imaginado, cuatro años atrás, al firmar la petición contra la guerra y el fascismo, que pronto estaría de regreso en esta ciudad, de paso, rumbo a la batalla que contra el fascismo se sostenía! ¡Estaba tan cerca de Ámsterdam, la ciudad de mis tíos, y, sin embargo, tan lejos! ¡Ojalá hubieran podido venir a despedirme en París!

En vez de eso, nos sentamos frente a la catedral de Notre Dame, en espera de que un azaroso rayo de luna atravesara la susurrante neblina, iluminando los rosados ventanales. Caminamos rumbo a la iglesia del Sagrado Corazón y observamos las luces de París. Mantuvimos una plática, procurando discernir cómo sería la guerra.

En pocos días estuvimos camino de España. Todos nosotros nos apiñábamos en dos compartimientos. El tren iba repleto de gente que se dirigía a la República Española. Nos asomamos a las ventanas para observar el nacimiento del sol en el Mediterráneo. Las rojas tejas de los techos se adherían a los acantilados. Los cristales de las ventanas reflejaban el azul del mar. Teníamos a la vista el punto para cruzar la frontera con España: Cerbere, Francia.

Nosotros estábamos listos para entrar a España, pero España no lo estaba para recibirnos. La representación de Port Bou, España, formada por pescadores y sus esposas, nos dijo:

—Por favor, aguarden aquí; los camiones vendrán por ustedes cuando estemos prontos.

Me pregunté qué querían hacer. Mildred, nuestra intérprete, nos lo explicó: tenían que atrapar los peces, matar gallinas y prepararlas, sacar el vino de las bodegas, hacer una comida digna de nosotros; querían, en suma, agasajar a la Primera Unidad Médica de voluntarios estadounidenses. Tenían que pintar cartelones con la salutación adecuada para darnos la bienvenida. Debían preparar unos discursos. Pensé: “¡Dios mío, la guerra sigue y nosotros aquí, esperando!” Esta fue mi primera experiencia, mas no la última, con la que “un momentito, por favor” significaba.

La gente de Cerbere aliñaba el original pescado semicrudo. Las mujeres de la Unidad Médica vestían el tradicional uniforme azul marino de Salud Pública y los hombres lo llevaban de un triste color caqui. ¿Quiénes éramos? ¿De dónde veníamos? Las preguntas surgían rápida y sucesivamente. Por fortuna, el médico de la Unidad sabía francés y también un poco de catalán. Esta gente se expresaba en catalán y, a duras penas, en francés o en español. Aquí, en la frontera, interesaba muy poco si uno había nacido en Francia o en España: ¡Lo que importaba era ser catalán!

Como el “momento” se prolongaba, lo mismo que el número de tazas de café que consumíamos, cavilamos acerca de si querían o no recibirnos en España. Esto sucedió después de dos horas, por lo menos, cuando los camiones vinieron por la montaña en nuestra búsqueda. En los costados de los vehículos unos cartelones, pegados con tachuelas, nos acogían con hospitalidad.

A causa de los bandazos que dábamos por las empinadas curvas de la montaña, hubiera querido saber las palabras que indicaban “vaya despacio, por favor”. Los choferes nos dedicaban insinuadoras sonrisas embozadas, combinando el deslizamiento por las curvas con el coqueteo. Jugaban con aquellas sinuosidades como un torero con el toro. Cuando nos detuvimos en el límite internacional, le

pregunté a Mildred cómo se decía “maneje despacio, por favor”. Una vez que los guardias franceses y españoles nos permitieron pasar la frontera y hubimos entrado en España, no me quedó más remedio que cerrar los ojos en tanto que las curvas se sucedían más rápidamente. La salvaje belleza de los Pirineos era demasiado grandiosa para no apreciarla. Me preocupaban los pobres camaradas que subían por la montaña con el objeto de llegar a España y agregarse a la Brigada Internacional. Iniciamos el descenso hasta alcanzar el nivel del mar. Llegamos a Port Bou, Cataluña. Casi salimos despedidos de nuestros asientos cuando nuestros choferes, un capitán y un coronel, frenaron bruscamente y prorrumpieron en carcajadas.

La banda de música retumbaba en nuestros oídos. Los recién pintados cartelones, colocados en todas partes, nos daban la bienvenida. Las redes brillaban trémulamente, secándose al sol. Jóvenes y ancianos, pescadores en su mayor parte, se apiñaron a nuestro alrededor. Les agradecimos su acogedora bienvenida con sonrisas y gestos.

¡Por fin nos encontrábamos en tierra española! Aquí cuidaríamos a quienes, procedentes de muchos países, hubieran sido heridos en su lucha contra el fascismo. Experimenté el impulso de recoger un puñado de tierra española y conservarlo en mi seno. ¡Qué extraño deseo! Sentía como si, después de un prolongado peregrinaje, hubiese vuelto al hogar. Alejándome del grupo, caminé por la orilla del mar. Buscaba la soledad para que mis recónditos pensamientos emergieran a la superficie, mientras contemplaba las olas. Me incliné a recoger un puñado de arena. La apreté con firmeza. Tres siglos antes, Isabel había expulsado de España a mis antepasados, judíos sefarditas, quienes, residentes en Holanda, ayudaron a liberar el país de la dominación española en el siglo XVI. Ahora estábamos en pleno siglo XX, en 1937. Yo era norteamericana de primera generación, aunque me sentía holandesa. No obstante, al pisar tierra española me parecía haber regresado, por fin, a la prístina morada: ¡la tierra entera me dolía!

¿Con quién compartiría mis inquietudes? Con nadie. Honda es la soledad del ser humano. Hasta esos instantes los rostros españoles

habían sido borrosos para mí. Caminando hacia el grupo, traté de penetrarme de sus miradas. Estos hombres que nos rodeaban, estos catalanes, ¿quiénes eran? ¿Corría por sus venas la sangre de los moros, los griegos, los romanos, los judíos, los celtas? ¿Fluía esa mezcla también por mis arterias? Es verdad que mi madre se había convertido a la religión holandesa reformada, en el lugar preponderantemente gentil donde vivíamos: pero yo sabía que mis progenitores eran judíos sefarditas, cuyos ancestros tuvieron a España por patria. Aunque mi aspecto era el de una típica muchacha del norte de Holanda, una *Gretchen*, yo me sentía identificada con España. ¿Esto era lo que Carl Jung tenía en mente al hablar de la “corriente de la conciencia”? Me sacudí, volviendo a la realidad. ¿Hasta dónde se llegaría por esta senda, carente de bases científicas?

Nos llamaron a comer. En el restaurante de aquella estación ferroviaria, dañada por las bombas alemanas e italianas, tomé una comida como nunca lo había hecho en mi existencia. Entre platillo y platillo se pronunciaron discursos y más discursos. Carnes y pescados raramente aderezados, gente extraña y singulares piezas oratorias de las que yo no podía comprender siquiera una palabra. La murga aldeana ejecutaba su música mientras el altoparlante transmitía melodías y noticias de Barcelona. Tras cuatro horas pasadas de tal suerte, después de una noche en vela, suplicamos a nuestros anfitriones que nos permitieran, por favor, dormir un poco.

La banda lugareña, los pescadores pueblerinos, los niños, los soldados y casi todos los habitantes de Port Bou, nos encaminaron al hotel, donde pudimos descansar unas cuantas horas. Fuimos los primeros huéspedes del lujoso albergue, después que su clientela de pintores, escritores y turistas habían desaparecido a causa de los bombardeos. Mildred, nuestra intérprete, nos aclaró:

—Este pueblo es de anarquistas en casi un ciento por ciento. Tomen nota de su organización.

Ello me dio qué pensar, ya que tenía la idea de que los anarquistas eran destructores, desordenados y opuestos a cualquier forma de organización. Sin embargo, este importante lugar de abastecimiento en la frontera con Francia era anarquista y estaba, eviden-

temente, bien establecido, funcionando con eficacia contra un enemigo común: la fuerza de Hitler, el ejército de Mussolini y los moros de Franco.

Los soldados se afanaban por encontrar sábanas en todas partes; preparaban nuestros lechos, hasta que les dijimos:

—¡Basta ya! Dormiremos de dos en dos para darnos calor.

Era rarísimo que las enfermeras tuviéramos a nuestra disposición unos militares para que nos tendieran las camas, pero lo más extraño de todo era que contáramos con una Guardia de Honor, destacada a la entrada de nuestro dormitorio, mientras tomábamos la siesta de tres horas que se nos concedió.

Me pareció que apenas había pasado “un momentito” cuando la Guardia de Honor nos despertó. Se nos ofreció otra comida y hubimos de quejarnos a causa de la enorme cantidad de alimentos que se nos servía. Los soldados nos aconsejaron:

—Coman ahora que pueden, quizá en el frente no puedan hacerlo.

Vigorizadas después del sueño, satisfecho el estómago, subimos los pétreos escalones hasta la cumbre del acantilado, por encima del Mediterráneo, y arrancamos las estrellas que brillaban sobre los Pirineos, en el azul, oscuro cielo. Por fin, a eso de las dos de la madrugada, pudimos despedirnos de los aldeanos, los militares y la banda, deseándoles buenas noches y agradeciéndoles sus atenciones. Dudo mucho que jamás hayamos experimentado en otra ocasión algo parecido a lo que nos pasó aquel día. Temprano partiríamos rumbo a Barcelona.

A las seis de la mañana estábamos ya levantadas, esperando los automóviles, que no aparecían. Los habitantes del pueblo nos acompañaron por las calles. Llenos de orgullo nos mostraron la nueva escuela que habían construido. En las paredes, aquí y allá, veíanse impresionantes carteles dedicados a la salud pública. Asimismo, los muros ostentaban otros letreros sobre la lucha contra el fascismo y acerca de la libertad de España. A mí me impresionaban los de salud pública y hubiera querido que los vieran algunos de mis maestros de la Universidad de Columbia. Cuando el altoparlante

comenzó a difundir música flamenca guardé silencio, impresionada. Esta era la música morisca, judaica, de los españoles y mía.

Al filo del mediodía llegaron, finalmente, los vehículos que nos transportarían a Barcelona. Ascendimos dejando el mar atrás; nos deslizamos con rapidez curvas arriba, bajando la mirada hacia el océano azulenco, en veloz ruta a Barcelona. En Figueras nos detuvimos para tomar nuestra retrasada comida. Desde el comedor, situado en el segundo piso, escuchamos el estruendo de la banda. Atisbando por las ventanas contemplamos a los jóvenes que se tambaleaban a causa de sus heridas, o que se mantenían en pie, apoyados en bastones, vistiendo uniformes de los más diversos tipos y trazas. Las mujeres corrían frenéticamente entre las filas de combatientes. Ora lloraban de alegría, ora de congoja. Estos heridos constituían el resto de los mil hombres que habían ido a pelear al frente: ¡sólo doscientos habían vuelto vivos! Apesadumbrados, comimos calladamente, sin nuestra acostumbrada algarabía. ¡Combates y heridas, guerra y muerte! ¿Era esto lo que nos esperaba?

El darse cuenta del hecho, el haberlo visto, era tan duro como las imponentes, escabrosas montañas que atravesábamos en nuestros vehículos. El escenario comenzó a cambiar, poco a poco, lo mismo que nuestro estado de ánimo. En los prados surgieron los naranjos, las viñas en las terrazas, predominando las verdes hojas del olivo. Sólo uno o dos de nosotros habíamos contemplado antes un naranjo. El sol poniente de enero suministraba calor todavía.

Al anoecer llegamos a Barcelona y tomamos Ramblas abajo. En cada cuarto del hotel alojaron a dos o tres de nosotras. La ciudad estaba llena de españoles y extranjeros procedentes de todos los países. Cuando salimos a la calle, nos detuvieron para preguntarnos qué significaban las iniciales AMB que llevábamos al brazo. Explicamos que éramos miembros de la unidad médica voluntaria estadounidense que había venido para auxiliar a los republicanos, donde estos lo necesitaran. En poco tiempo nos vimos rodeadas por los jóvenes combatientes de la Brigada Internacional, oriundos de la rosa de los vientos.

Estábamos en Barcelona, en Cataluña, en España. Ante todo, sus habitantes se consideraban catalanes. Habían determinado ser

parte de la República Española. Pelearon en las calles, bravamente, contra las fuerzas de Franco. El día en que llegamos, la calle de Las Ramblas rebosaba de guirnaldas, los interminables puestos de flores se sucedían en ambas aceras. La gente leía hojas sueltas y libros, sentada a la evanescente luz de la tarde. Era en esta vía donde los catalanes habían formado con sus cuerpos una barricada viviente, cuando se opusieron a los rebeldes el 19 de julio de 1936, apenas seis meses antes de nuestra llegada. En los edificios veíanse los impactos de las balas. Los vivos arrebatában las armas de los rebeldes caídos, fascistas de Franco, empleándolas para defender al gobierno legalmente electo. Ese día logró la ciudad de Barcelona derrotar al gallego traidor, haciéndolo retroceder. Ahora, a fines de enero de 1937, los vendedores de flores nos cubrían de ramilletes en cuanto se enteraban de quiénes éramos nosotros, a medida que nos desplazábamos por la calle, echándonos encima violetas, rosas y lirios, hasta que era imposible distinguir a una enfermera de un médico.

A la mañana siguiente, bajo la límpida luz del sol, Barcelona lucía más hermosa. ¡Qué interesantes ejemplares arquitectónicos contemplábamos! Obras de los romanos, de los moros, de Gaudí. Sorprendida, admiré detenidamente una iglesia proyectada por Gaudí, a la que protegían con costales llenos de arena. Por fortuna, los catalanes que con nosotros estaban no podían leer el pensamiento: “Parece un sorbete de chocolate al revés, que, al derretirse, forma curiosas figuras”, decía para mi coletito. Después pasamos por otro de los edificios de Gaudí, La Ola, que me gustó un poco más, aunque me fue duro aceptar que las paredes de piedra tuvieran forma de olas.

Esa noche nos llevaron a una reunión, a escuchar a La Pasionaria.<sup>3</sup> En el salón, lleno a reventar, se produjo un hondo silencio en

---

<sup>3</sup> Dolores Ibárruri Gómez (1895-1989). Dirigente del Partido Comunista español y activista por la liberación de la clase obrera. Destacó durante la Segunda República y a lo largo de la Guerra Civil por su convincente y apasionada oratoria. [N. de la E.]

cuanto la heroica mujer comenzó a hablarnos. Parecía que le estuviera hablando a cada miembro de la Unidad Médica, personalmente, si bien sólo uno de nosotros entendía el español. Cuando dijo: “Es mejor morir de pie que vivir de rodillas”, su voz tuvo tal fuerza que pude entenderla a conciencia. La Pasionaria es una española a la que no podría considerarse catalana, asturiana, madrileña o vasca, sino eso: una española. Para ella no existía otro enemigo que Franco. Había una tarea que desempeñar: combatir al fascismo en el frente, liberar a España, auxiliarla en su desarrollo. Hasta los pocos opositores que había entre el público se habían calmado; la concurrencia entera habíase fundido en una sola alma. Port Bou y el gobierno anarquista organizado, Figueras y sus heridos, Las Ramblas de Barcelona, Gaudí, todos los elementos, comenzaron a fundirse en La Pasionaria: España, la España combatiente. Cada uno de nosotros se sintió ansioso de continuar la marcha hacia el frente.

Cuando las ambulancias pasaron por nosotros, cargadas de medicamentos, seguimos rumbo a Valencia. Horas después estirábamos nuestras piernas en aquella ciudad atestada de refugiados. Las camas escaseaban tanto en Valencia que empleé una tina de baño a guisa de lecho. Al día siguiente, cuando entré al comedor, apenas había descansado un poco si acaso. En el refectorio había más extranjeros que españoles, incluyéndonos a nosotros. Vacilante, no muy despejada en hora tan temprana, presté atención al escuchar una voz que decía:

—Challie, tráeme de París otro par de pestañas postizas, pues a las que tengo se le están cayendo los pelos.

Volví la mirada y observé a una corista norteamericana, rubia, de senos prodigiosos, bien formada. Sin embargo, su acento era británico, sobrepuesto a su tonillo neoyorquino. ¿Acaso estas cosas también representaban a España? Aquel comedor, en cierto modo, me recordaba las imaginarias andanzas de Alicia en el País de las Maravillas.

En contraste con tal situación, las calles de la ciudad estaban pletóricas de cosas reales. El número de heridos y refugiados que venían de Madrid crecía a cada momento. Muchos de ellos se

detenían a preguntarnos quiénes éramos. Se lo explicábamos por medio de un diccionario:

“Enfermeras, médicos, queremos auxiliar a los heridos”. Nos aplaudían, lloraban, nos abrazaban. Seres de cultura anglosajona, fría, nos apresurábamos a ganar nuestro hotel para escapar de sus emotivas e irrestrictas expresiones. Nos embarazaba tanta gratitud, que aún no merecíamos.

El doctor Barsky, jefe de nuestro grupo, las dirigentes de las enfermeras y el intérprete habían ido al frente a localizar un edificio en el que pudiéramos establecer un hospital de cincuenta camas. Yo estaba acostada en mi tina, entregada a mis pensamientos, cavilando en todo lo ocurrido y en lo que vendría, cuando oí el penetrante quejido de las sirenas. Se me había dicho que al escucharlo bajara al refugio contra bombas. Me llevé tal susto que no pude moverme. Me acurruqué como un feto en el útero materno, sintiendo las espantosas explosiones y el estruendo de la artillería. Cuando se hubo restablecido la calma, me arreglé y descendí al vestíbulo. Aviones extranjeros habían bombardeado Valencia al mismo tiempo que un barco extraño descargaba sus baterías contra el puerto, desde la rada. ¡El frente bélico se aproximaba más y más!

Nos mataba la ansiedad de ponernos en contacto con los combatientes y entregarnos a nuestro trabajo. Los mercaderes de la guerra, las coristas de otrora, los clientes de los saqueadores, los vendedores de alimentos y de armas que no podían entregarse legalmente debido al Pacto de Neutralidad, así como los compradores ingleses y holandeses de las cosechas de naranja en perspectiva, todos esos personajes, me parecían irreales en el comedor del hotel donde nos encontrábamos. Un gran número de periodistas sentábase en la cantina a beber café espeso, con su piquete de buen aguardiente, mientras redactaban los informes que enviarían a sus periódicos, diciéndose en el frente de batalla. A hombres verdaderos como Hemingway, Matthews y Fernsworth, no era posible hallarlos en un bar valenciano.

El doctor Norman Bethune regresó de las líneas de combate con su ilusión a punto de realizarse. Sopló entonces una brisa cal-

mada, fresca. Su aparición me impresionó por lo dramática. No estaba acostumbrada a ver a un cirujano tan extraordinario vestido de aquel modo. El médico arrojó su rifle, suavemente, al lecho más próximo. Todos lo conocíamos por ser un especialista del tórax, famoso en los Estados Unidos y en el Canadá. Varios canadienses lo auxiliaban en la labor que constituía su sueño, ya casi tangible: sangre, el líquido vital de cada uno para todos los que lo necesitaran. Tal idea nos parecía revolucionaria puesto que sólo empleábamos la transfusión directa. El donante debía concederle su sangre al receptor mientras ambos descansaban en las mesas del cuarto de operaciones. Su plan consistía en embotellarla, conservarla, congelarla, enviarla a donde se necesitara, distribuirla en el frente de batalla, donde la sangre significaba la vida o la muerte del hombre. Quería disponer de sangre para las mujeres y los niños heridos en Madrid y otras ciudades bombardeadas. El líquido vital de todos nosotros para satisfacer las necesidades de España entera.

Nos invitó a que fuéramos a ver su unidad móvil para la distribución de sangre. Se trataba de un sólido camión, perfectamente apropiado para la entrega de “sangre completa” en las líneas de combate. En la unidad de refrigeración se guardaba el precioso líquido a una temperatura templada. La etiqueta que tenía cada botella de sangre no sólo especificaba su tipo sino que también indicaba el nombre y la dirección del donante. Muchas cartas de agradecimiento habían salido del frente rumbo al domicilio del donador, ahora hermano de sangre. El doctor Bethune quería disponer de muchas unidades como esta para atender la línea de fuego en su integridad. En un momento dado le pregunté al famoso médico, cándidamente:

—Si esta unidad se destina a la distribución de sangre, ¿por qué no le pinta una cruz roja al camión, en la capota, para protegerse de los bombardeos?

Me respondió:

—Lo hicimos antes y nos tiraron bombas más a menudo.

Borramos la cruz y ya casi no nos disparan. Los aviones alemanes e italianos no respetan a la Cruz Roja.

—¿Opera aquí esa institución? —le pregunté.

—No, los cuáqueros son los únicos que han auxiliado en ese aspecto a los heridos de ambas partes. Puede que la Cruz Roja esté con Franco, pero no hay trazas de que hayan ayudado a los heridos republicanos —replicó.

Su respuesta me dejó atónita.

Tal parecía que los dirigentes de la Cruz Roja Internacional hubieran creído la Gran Mentira empleada con tanta eficacia por Hitler. Tildar de comunistas a quienes no están de acuerdo con el fascismo, decirlo una y otra vez, repetirlo, echarles la culpa de cuanta brutalidad se pueda imaginar, achacarles el incendio del Reichstag, obstinarse en ello hasta que la gente acaba por creerlo: ¡Esa es la Gran Mentira! Ahora calumniaban a España. Los diarios decían que la República era comunista, que quienes acudían en su auxilio eran comunistas, lo mismo que los españoles que vivían en la España Republicana. La Iglesia ponía el grito en el cielo por la muerte de diversos sacerdotes y monjas, pero nada decía acerca de que sus dominios comprendían una tercera parte de las tierras y de las riquezas del país, que los curas eran patronos duros, aborrecibles, acérrimos enemigos de los sindicatos y adversarios del progreso social. Nada de esto decía: le resultaba más fácil difundir un enorme engaño. Los partidarios de la monarquía estaban con Franco, en espera de colarse por su intermedio en el gobierno y de recuperar el dominio absoluto. Otra tercera parte de España sufría el dominio del capital extranjero. ¿Querrían que se implantara la democracia? ¡No! Estas fuerzas contribuían a esparcir la calumnia.

¿Dónde radicaba la verdad? Era evidente que el pueblo español, con las elecciones ganadas por una abrumadora mayoría, deseaba la República y combatía contra los rebeldes, los moros, los alemanes y los italianos para conservar su libertad, obtenida con tanto esfuerzo, e incrementarla. La verdad surgía a mi alrededor. Vivía en su seno. Hombres como Leland Stowe, Matthews y Hemingway lo decían en la prensa.

Sí, el pueblo español apoyaba a su propio gobierno y nosotros, unos cuantos extranjeros, le prestábamos auxilio médico. Por una

vez en mi vida se me presentaba la oportunidad de laborar, en mi condición de voluntaria, en pro de la democracia, a favor de la humanidad, de un modo positivo. Me sentía cansada de la palabra “contra”: prefería la expresión “a favor de”, y actuar en consecuencia. Embargábame el orgullo de estar aquí, con el pueblo español, añadiendo mi grano de arena en auxilio de los heridos.

El doctor Barsky nos mandó a decir que había localizado cerca del frente un edificio que podía servirnos para establecer el hospital. Respondimos a su llamado haciendo maletas lo más pronto posible y poniéndonos en marcha. Cuatro ambulancias y seis camiones que conducían los efectivos de nuestro hospital, empacados en canastos, viéronse pronto camino arriba, rumbo a la meseta madrileña. Nuestra primera parada sería Albacete. Atravesamos pueblos fortificados y caminos obstruidos. Esquivamos burros. Nos apresuramos a ganar la planicie de Castilla bajo el purpúreo, rosáceo atardecer. A medida que nos acercábamos a Albacete menudeaban más y más los cráteres dejados por las bombas. En llegando al pueblo contemplamos las casas semiderruidas, las paredes en precario equilibrio, los trozos de muebles que pendían de los muros. La gente rellenó con piedras y lodo los hoyos de las bombas para que pudiéramos llegar hasta una cochera. ¡Dios mío! ¡Cuán tremendo y temible parecía todo! Los soldados, los militares, nos rodeaban. Cuando llegamos en nuestros vehículos al estacionamiento de la Brigada Internacional, nos asediaron inmediatamente hombres de diversos orígenes que alimentaban la esperanza de que fuéramos sus paisanos. Albacete, punto de suministro de la Brigada Internacional, recibía con frecuencia la visita de las bombas. Confiábamos en no permanecer demasiado tiempo en tal lugar.

Mientras esperábamos en el cuartel general que nos indicaran dónde dormiríamos, entró el doctor Bethune. Venía pálido, tembloroso, el rostro velado por una enorme tristeza. Lo abracé:

—¿Se siente usted mal?

—Estoy enfermo... desmoralizado por la brutalidad del hombre con el hombre; me desgarran lo que acabo de ver. Siento vergüenza por el ser humano —me manifestó.

—¿De qué se trata? ¿Qué ha sucedido? —le preguntamos.

—Estábamos en Málaga, suministrando sangre, cuando la ciudad fue bombardeada. Los fascistas atacaron, consiguiendo la victoria. Escapamos. La gente huyó. Metimos cuantos chicos fue posible en nuestro camión. Cientos, miles de mujeres y niños seguían a lo largo del camino, llevando en cochecitos para bebés, en carretillas de mano, sus más importantes enseres domésticos, alejándose de Franco y sus moros. Los aviones alemanes e italianos volaron bajo, a tan poca altura que contemplábamos las horribles muecas sonrientes de los aviadores que nos atacaron con sus ametralladoras, a todos nosotros, a las mujeres y a los niños que escapaban de Málaga. No pudimos detenernos a cuidar de los heridos, a aplicarles transfusiones. ¡Suerte tenemos de poder contarlo!

La guerra, pues, se acercaba a la Unidad Médica estadounidense. Un sentimiento de culpa me invadió puesto que aún me preocupaba saber dónde dormiría esa noche. Tomé por lecho, con humildad, un rincón de la sala de rayos X del hospital, en el piso. Me acurruqué con el resto de mis compañeras. No podía dormir en el cemento, duro y helado. Mis pensamientos volvieron a Málaga, llenándome la cabeza. Abrí las persianas y contemplé la suave claridad lunar que jugueteaba con las dormidas enfermeras, entregadas al sueño en las mesas de rayos X, bajo máquinas que parecían fantasmales a la luz nocturna. Hacía frío. Los cristales de las ventanas habían desaparecido tiempo atrás, a causa de los bombardeos. Horas más tarde, logré conciliar el sueño.

Despertamos envaradas y friolentas, sucias, con los dientes sarrosos y mal aliento. Nuestro mayor deseo era disponer de un poco de agua para lavarnos. Se nos concedió menos de un cuarto de galón a cada una. Fue la primera vez que escuché la expresión “baño de putas”: tantito líquido para enjuagarse la boca y los dientes, mojar-se después la cara, los brazos, las piernas y, luego, echando el resto en el lebrillo, darse un baño de asiento. No sé cómo es que se le puso aquel nombre, pero sentí piedad por cuanta prostituta tenga que asearse con una cantidad tan limitada de agua, fría por si fuera poco, en un helado cuarto. (Años más tarde, en la Mixteca Alta,

México, tuve oportunidad de recordar a Albacete, España, cuando disfruté de la posesión de una taza llena de agua para lavarme durante una semana entera.)

Salimos a la calle. Nos envolvió la brillante luz solar y nuestros ateridos huesos comenzaron a entrar en calor. Al encaminarnos hacia el Cuartel General, con la esperanza de conseguir unas piezas de pan y unos sorbos de café caliente, vimos una asombrosa cantidad de hombres, jóvenes y viejos, con los más variados restos de uniformes, expresándose en una babel de idiomas. Además de los españoles, que predominaban en número, había franceses, alemanes, italianos, húngaros, rumanos, ingleses, holandeses y así sucesivamente. Mientras tomábamos café escuchamos conversaciones en una infinidad de lenguas extranjeras, incluso la nuestra. ¿Acaso en ocasión anterior, en la historia de la humanidad, se habían reunido tantos liberales conscientes, que odiaban la guerra, dispuestos a morir para evitar posteriores contingencias bélicas?

Aunque desigualmente uniformados, los extranjeros vestían mejor que los españoles. Comenzaba el mes de febrero de 1937. Muchachos y ancianos habían dejado los campos de cultivo, los telares, todo género de labores para trasladarse al frente, dondequiera que las fuerzas de Franco pudieran atacar. Aunque falto de ajuste todavía, este era el ejército del pueblo. Las fuerzas internacionales mostraban cierta organización. Los rapaces que otrora hacían suertes con sus trastos, preparándose para toreros, practicaban ahora con los palos, a guisa de fusiles. El Acta de Neutralidad de los Estados Unidos, Francia e Inglaterra evitaba que las armas llegaran a las manos del gobierno legalmente electo. ¡Palos en vez de rifles! ¿Podría el pueblo, con estos medios, sobrepasar la potencia de Hitler, la ruindad de Mussolini, la acción de los traidores franquistas? ¿Qué sucedería cuando una de nuestras líneas cediera? ¿Cuál sería la suerte de los heridos que cuidábamos?

Los hombres se nos acercaron:

—¿Qué lengua habláis?

Sonreímos al responder:

—Inglés. Pertenece a la Unidad Médica norteamericana.

Uno de ellos me dijo:

—Pero usted parece del norte de Holanda...

Le contesté:

—*Dat heb je goed gezien, mijn vader, mijne moeder zijn van Holland gekomen.*<sup>4</sup>

De ahí en adelante, mientras estuve en Albacete, me escoltaron los holandeses. No me sorprendió que, proporcionalmente al tamaño y población de su país, tuvieran la mayor representación en la Brigada Internacional. Nuestros ancestros habían luchado en el siglo XVI contra la Inquisición y contra el duque de Alba. Recordaban Haarlem, el sitio de Leiden. Habían vencido tras setenta y cinco años de esfuerzos: rompieron los diques y arrasaron a los españoles. Ahora los auxiliaban, pero a los republicanos, hombres que habían formado un ejército del pueblo como lo fuera en otra época el holandés.

La historia holandesa, que yo había estudiado en mi hogar de Ámsterdam, fue una de las influencias que me hicieron venir a España. Tratábamos de combatir a la misma Iglesia, a igual Inquisición, a familias semejantes a la del duque de Alba; queríamos derrotarlas y no nos atemorizaba dejar la vida en el intento. Estas fuerzas oscuras quisieron evitar, siglos atrás, que Holanda diera el paso del feudalismo a la democracia, pero sufrieron la derrota. También debían ceder en la España actual para que el país surgiera al siglo XX.

Recorrimos las calles, nosotros los holandeses, entonando canciones del siglo XVI, los versos de Thyl Uilenspiegel, de Piet Hein, quienes se opusieron a las fuerzas regresivas de España. Coreamos las nuevas canciones populares, recién aprendidas, himnos bélicos, cantos democráticos. ¡Cuán hermoso era el estar con España, con Holanda, hombro junto a hombro, los ciudadanos del mundo!

---

<sup>4</sup> “Ha acertado usted, mi padre y mi madre son originarios de Holanda.”  
[N. del T.]

Es verdad que cuando nacemos no somos nacionalistas sino que se nos forma el sentimiento. ¿Qué me ocurría? Cuando estaba con los holandeses me sentía completamente holandesa. Cuando estaba con los norteamericanos sólo me sentía estadounidense en un cincuenta por ciento, jamás por completo. Ahora tomaba el partido de los soldados de las Tierras Bajas en contra de los norteamericanos de nuestro grupo.

Cuando llegamos a España se nos agregó un alemán, en calidad de miembro de nuestra Unidad Médica. En Barcelona conocimos a muchos tudescos que habían escapado de su país en 1933; habíamos atendido a varios alemanes heridos en la Universidad, durante la heroica defensa de Madrid, hombres del batallón Thaelman. Uno de ellos, Rudolf, proclamaba ardientemente su antinazismo, pero... ¿por qué nos hacía tantas preguntas? ¿por qué era tan perfecto su informe? ¿por qué gastaba tanto tiempo en hablar contra Hitler, inquirendo múltiples cosas después de ello? ¿Quién le pagó su bien cortado uniforme? ¿Cómo es que disponía de tanto dinero si era un voluntario como nosotros?

Hacía gala de mucha cortesía, de afectada urbanidad, cuando departía con gente importante. Pero se tornaba prusiano, cargante, típico miembro de la “raza superior”, “aria”, con aquellos a los que no concedía mayor significación. Dejó de hablarnos a los holandeses y a mí. Se dio cuenta de nuestras sospechas cuando le preguntamos cuál era la razón de sus continuos interrogatorios. Años atrás, en la fábrica de hilados y tejidos, identificábamos a los soplones, a los espías, entre otras cosas, por la cantidad de preguntas que nos hacían. Lo mismo pasaba con los desclasados en potencia. Algo me había quedado de mis largas experiencias anteriores en las sederías: ¡me molestaba el tufo de los traidores! Durante todo el trayecto hacia Valencia se habían visto demoradas nuestras ambulancias por raros percances, por ejemplo, llantas acuchilladas, desperfectos del motor, etc. Comunicué estas sospechas a los compañeros norteamericanos, pero nadie me creyó. Refunfuñé, dirigiéndome a los holandeses:

—Bien se advierte que jamás han vivido en la vecindad de Alemania.

Mi nacionalismo holandés sobrepasaba a mi propio norteamericanismo.

El lapso que transcurrió en Albacete, una vida entera según nos parecía entonces, fue apenas de unos cuantos días. Una noche nos despertaron, diciéndonos que acudiéramos a la cochera. Partíamos rumbo al frente de batalla. Mientras nos desplazábamos por el pueblo, que sufría un apagón, evitando los hoyos de las bombas con el auxilio de la luna, nos preguntábamos cuál sería nuestro destino. En el estacionamiento escuchamos silenciosamente las instrucciones que se nos comunicaron:

—Manejad sin encender los faros. Pronto amanecerá. Esperamos que no haya traslucido informe alguno. Confiamos en que no sufriréis ataques. Quienes están en el frente necesitan vuestro hospital. Si oís el ruido de los aviones, saltad, corred a los campos, escondeos en el polvo. No dejéis que los ametralladoristas de los aeroplanos tomen vuestros rostros como blanco de su fuego.

¡Dios mío, así estaban las cosas! Por unos instantes deseé verme de vuelta en West 124th Street, en la ciudad de Nueva York, en mi propio lecho, junto a mi chiquilla.

El hombre agregó:

—Si encontráis una zanja, arrojaos al fondo cuando veáis los aviones. Seguid adelante. Manteneos a distancia. España carece de artículos médicos. El Acta de Neutralidad permite por lo menos, que se cuelen. ¡Llegad al frente! ¡Instalad vuestro hospital! ¡Tenedlo listo en cuarenta y ocho horas para comenzar a prestar servicio!

Cuando me di cuenta de que iba en la ambulancia que llevaba nuestras reservas de éter me puse a explorar el cielo con tanta intensidad que no tardé en confundir las cintilantes estrellas con las luces de los aviones. “Pero un aeroplano enemigo no volaría con luces”, pensé. Estiré mis orejas tratando de sentir el ruido de los motores aéreos. Una vez se dio la alarma y corrimos a las zanjas. No nos descubrieron y continuamos la ruta.

Llegamos al pueblecito de Lilón, cansados, sucios, hambrientos. Se suponía que allí encontraríamos un edificio suficientemente amplio para nuestro hospital. La única construcción voluminosa

del lugar era una antigua iglesia gótica que olía a humedad. Los aldeanos nos dijeron que sólo en el pueblo siguiente, Romeral, había una escuela nueva, apropiada para la finalidad perseguida. Pero insistieron en que nos quedáramos a desayunar. Trajeron agua para que nos laváramos. Dimos un paseo por el pueblecillo mientras hervían a fuego lento unas cabras recién sacrificadas. Los cacahuates y el moscatel me recordarán siempre a Lilón. Había abundancia de ambos alimentos y todo el mundo nos ofrecía vino y puñados de maní. No sabíamos español ni ellos hablaban inglés. ¿Acaso se necesitaba tal cosa? La aldea entera nos rodeaba: ancianos, mujeres y niños. No preguntamos por los jóvenes: sabíamos dónde se encontraban.

Una vez tomado el desayuno, agradecemos a los habitantes sus atenciones y continuamos nuestra marcha hacia Romeral. El ambiente era ahora más cálido. Las blancas, aborregadas nubes se amontonaban en el increíble cielo azul de Castilla. Los olivos estaban cubiertos de hojas color verde grisáceo. Las aspas de los molinos de viento, que sucedíanse uno a otro, giraban con pereza dándonos la bienvenida a Romeral. Sólo faltaban Don Quijote y Sancho. Una encalada aldea entretejía sus calles frente a nosotros. A la derecha del camino levantábase un enorme edificio. Frente a la construcción, si no Don Quijote, nos esperaba el doctor Barsky, nuestro jefe, haciéndonos el alto.

Nuestro propio hidalgo manchego, el doctor Barsky, se hizo a un lado, con calma, mientras los alumnos y los maestros sacaban escritorios, libros y pizarrones fuera de la escuela. Penetramos al nuevo edificio, abriéndonos paso entre los muebles que mudarían de lugar. Las aulas eran amplias, con grandes vidrieras en las ventanas. Tratábase de una construcción cuadrangular de dos pisos, cuyo encalado exhalaba todavía un fresco aroma. Pero carecía de calor, de tuberías, de agua, de cocina y de electricidad; sin embargo, era un hermoso edificio y su destino era ser el primero de los hospitales de la Oficina Médica Norteamericana para el Auxilio de la Democracia Española. Había sido la primera escuela de Romeral. Los habitantes del pueblo la construyeron, la utilizaron durante

un corto tiempo y ahora nos la ofrecían, con orgullo, en calidad de hospital. Anocheceía y nos limitamos a sacar los colchones fuera de los vehículos.

Recorrimos la azul oscuridad nocturna, observando las estrellas fugaces que caían allende los silenciosos molinos de viento; enderezamos nuestros pasos hacia la casa donde nos servirían de comer. ¡Cuán lejos estábamos de imaginar que esta sería nuestra última cena aceptable en muchos meses! Se nos dio la bienvenida al frente de Madrid con una serie de discursos, a lo que ya nos habíamos acostumbrado. Cada una de estas alocuciones fue traducida por nuestra intérprete oficial, Mildred, venida con nosotros de los Estados Unidos, o por Rudolf, el alemán sospechoso, llegado de quién sabe qué rumbos. Adormilados por los alimentos y las piezas oratorias, nos hizo volver del letargo una violenta discusión que se suscitó fuera.

Ignorábamos entonces, pero lo sabríamos más tarde, que, en realidad, una de estas discusiones jamás era tan terrible como ruidosa. Elevábanse las voces, haciéndose más sonoras. Una profunda voz femenina dominaba a todas las demás. Le preguntamos a Mildred, quien estaba escuchando, qué cosa ocurría. Nos explicó que las aldeanas se disputaban el derecho de trabajar con nosotros en el hospital. Aquella honda voz, a cuya dueña quise después y conocí perfectamente, repetía con obstinación:

—Tengo más derechos, en Madrid perdí a mi padre y a mis dos hermanos. Soy la única de la familia que queda para tomar su puesto.

El alcalde estaba fuera, con las mujeres, a quienes en última instancia pidióseles que se reunieran en el hospital, a la mañana siguiente. De esa manera escogeríamos a nuestras ayudantes y operarias, a quienes adiestraríamos para aplicar los primeros auxilios al servicio de España. ¡Qué pueblo aquel! En cuanto más cerca estábamos del frente más firmes eran sus actos y más fuerte su democracia.

Las mujeres acudieron: acarreaban agua para lavar, como en una estampa bíblica. Otras nos llevaron café y pan para alimentar-

nos. De las aldeas vecinas vinieron estas, acompañadas por sus vástagos, a pedirnos que les permitiéramos dar su ayuda. Arremolináronse, mientras sus voces subían y una de ellas sobresalía. Tratábase de Modesta, una joven fuerte, de ojos negros, rebosante de vida, que no era, por cierto, nada modesta en sus peticiones. Pedimos a las autoridades del lugar que arreglaran la discusión en algún otro sitio. No había forma de que pudiéramos utilizar los servicios de todas. Necesitábamos un número fijo en la cocina; unas cuantas serían adiestradas como auxiliares de enfermería, otras como asistentes de la ambulancia, y así sucesivamente. La paz y la quietud volvieron cuando se retiraron a la Alcaldía. ¡Me compadecí del pobre alcalde, anciano de gran dignidad, que había de enfrentarse a este crecido número de mujeres, entre quienes se contaba su esposa! Todas exponían los mismos argumentos, insistiendo en sus derechos de servir a España laborando con nosotros. Yo presenciaba los resultados de la secular insistencia de las aldeas y las ciudades españolas en la preservación de sus derechos.

Teníamos que poner a funcionar el hospital en cuarenta y ocho horas. Nos facilitó la tarea el empaque que en los Estados Unidos se había procurado a nuestros enseres. De los camiones salieron cajas y cuévanos: las bandas anchas de color brillante indicaban si su contenido se destinaba a la cocina, a la sala de operaciones o a las guarderías.

Las enfermeras del grupo acostumbrábamos ayudarnos con un alto sentido de la cooperación para que las tareas se realizaran sin que nadie tomara para sí una carga demasiado pesada. El adiestramiento de una enfermera duraba tres años. Iniciábase por el trabajo servil, doméstico, y concluía con la adquisición de los conocimientos prácticos más complicados. Había que ser diestra en la movilización de un paciente de buen peso sin causarle trastornos. Como la necesidad la pintan calva, nosotras aprendimos a coordinarnos en nuestras tareas y a colaborar en su desempeño. En cambio, los médicos carecían de tal experiencia. Hasta ese momento, nosotras les habíamos preparado todo a los doctores, abriéndoles cuanta puerta era necesaria. Era tiempo de recordárselo. Con cuánta paciencia

habíamos permanecido de pie, con nuestras extremidades adoloridas mientras ellos tomaban asiento. Con toda franqueza, en esos precisos instantes gozábamos al contemplar a los médicos que rezongaban mientras tiraban de los bultos, los separaban con gran esfuerzo y los desempacaban junto con nosotras. Nos habíamos convertido, de súbito, en mujeres inermes, que no podían levantar cajas pesadas. Ellos se quejaron: habían venido en calidad de médicos, no de estibadores. Cuando el doctor Barsky hizo su aparición, guardaron silencio. Nuestro jefe era delgado y padecía una úlcera gástrica. Si nosotras, las enfermeras, se lo hubiésemos permitido, él hubiera trabajado con mayor ardor que la unidad médica entera.

Les preguntamos a los galenos si ya habían olvidado los carteles callejeros que decían en castellano: “Ahora todos somos iguales”. Durante esas cuarenta y ocho horas que siempre recordaré, se tendieron los alambres eléctricos, se cavaron basureros y letrinas, se acondicionó la cocina, se acarreó agua en grandes vasijas, a lomo de burro y en las cabezas femeninas. De la aldea más próxima se trajo comida. Se aplanó el camino, frente al edificio, para que las ambulancias no trepidaran tanto. Estuvimos listos en cuarenta y ocho horas gracias a la organización estadounidense, a nuestras adoloridas espaldas y a los habitantes de Romeral.

Lilón, el pueblo donde en principio pensábamos establecer el hospital, había sido bombardeado. No se pintó la cruz roja en nuestro techo. Hacerla hubiera significado su destrucción, como les sucediera a los hospitales madrileños. Llena de sospechas me le quedé viendo a Rudolf, quien nos miraba trabajar. Él se enteró de que teníamos la idea de establecer el hospital en Lilón. ¿Qué sucedería si nos bombardearan? Nosotras podríamos ganar las sementeras y esconder nuestros rostros en la tierra, no así los heridos. Sin embargo, yo sabía que ninguno de los diecisiete miembros de nuestra unidad correría: ¡nos quedaríamos a compartir la suerte de nuestros pacientes!

Estábamos en el frente del Jarama, en el frente de Madrid. Transcurría el mes de febrero de 1937. ¿Has escuchado, lector amigo, el canto de la Brigada Lincoln?:

There is a Valley in Spain called Jarama.  
It is a place that we all know too well,  
It was there that we gave of our manhood.  
It was there that our first comrades fell.  
We are proud of the Lincoln Battalion and  
The fight for Madrid that we made for.  
We fought like true sons of the soil  
As a part of the Lincoln Brigade.<sup>5</sup>

Para nosotros, que perdimos parte de nuestro corazón en España, que dejamos una tarea inconclusa, esa canción resulta inolvidable: “Allí fue que cayeron nuestros mejores camaradas”, ¡y seguían cayendo! La Brigada Lincoln soportaba los peores encuentros. Cuatro horas después del comienzo de la batalla teníamos noventa y cinco heridos, y poco más tarde, el mismo día, su número ascendía a doscientos, mientras que nuestro hospital sólo contaba con medios para auxiliar a cincuenta. Yo recibía a los pacientes en el primer piso; cuando consideraba que estaban muertos, los dejábamos en el frío patio de piedra, expuestos al picante aire helado. Los demás pasaban a la sala de operaciones lo más rápido posible. En ocasiones oíase una queja procedente del patio; alguien tomado por muerto vivía aún, e íbamos a rescatarlo. ¿No era esto comparable al infierno dantesco?

---

<sup>5</sup> Hay en España un valle que se nombra Jarama.  
Es un sitio que todos conocemos muy bien,  
allí fue que prodigamos nuestra hombría.  
Allí fue que cayeron nuestros primeros camaradas.  
Estamos orgullosos del Batallón de Lincoln,  
de la pelea que sostuvimos por Madrid.  
Como miembros de la Brigada lincolniana  
luchamos cual hijos verdaderos de este suelo.

Este canto de guerra se entonaba con la música de la canción *Red River Valley*.  
[N. del T.]

Los pacientes yacían en el piso. Una sola cama albergaba a dos, por lo menos. Los auxiliábamos de emergencia para conservarles la vida hasta que la sala de operaciones se desocupaba, en espera del siguiente herido. En cuanto yo tenía tiempo salía al patio, a ver si alguien respiraba aún y a registrar las ropas en busca de cartas, fotografías o cualquier otro dato para establecer la identidad de los cadáveres. Algunos de los muchachos que fallecían en la ambulancia, camino al hospital, eran jóvenes con los que había bailado a bordo, rumbo a España. Las lágrimas contenidas se agolpaban en mis ojos, pesados por la vigilia. Ya después lloraría: ¡este no era el tiempo oportuno!

Los hombres, al volver en sí de la anestesia, estremecíanse de miedo al recuerdo de los infantes y los jinetes moros. Todos nosotros temblábamos cuando los aviones volaban sobre nuestras cabezas. España, país cuyo gobierno había sido electo legalmente, que tenía representantes en la Liga de las Naciones, veíase brutalmente atacada por los aeroplanos alemanes, por los camisas negras de Italia y por los moros de Franco. También la prensa, en el extranjero, se le echaba encima. Nos sobrepasaron en todo, salvo en honor y en valentía. El frente se mantuvo con firmeza. Los moros y los relatos que acerca de ellos había escuchado me aterrorizaban. Miles de combatientes morían para que la línea de fuego no retrocediera, en defensa de España, por cada uno de nosotros. Una fracción de esos hombres pertenecía a la Brigada Internacional.

La sangre, líquido precioso, fluía de las heridas. El doctor Bethune reponía la sangre perdida con la que procedía de todos los rincones de la España libre, donada a esos luchadores oriundos del mundo entero. ¡Qué horribles lesiones provocaban las granadas de mano, los obuses, las balas dum-dum, las ametralladoras, los morteros!: heridas abiertas, espantosas, que desgarraban la viva carne de mujeres y hombres maravillosos. Aquello me enloquecía y odiaba profundamente a las fuerzas fascistas, responsables de tanto sufrimiento, tanta angustia y tanta muerte. Estábamos con los vivos y con los cadáveres, con los heridos y los acongojados. Una parte de mí misma dejaba de existir con cada

uno de quienes caían. Las víctimas tornábanse carne de mi carne. Gasté todas mis reservas en el intento de mantener vivos a mis pacientes.

No nos habíamos entregado al sueño en cuatro días. Dormitábamos apoyados en la pared. Nos era imposible calzar nuestros hinchados pies. Llevábamos alpargatas. Trabajamos con una sola voluntad, como un cuerpo único para no dejar morir a aquellos hombres. Día y noche, a medida que transcurrían las horas, realizábamos operación tras operación, ora a la luz del día, ora a la luz de las velas. El doctor Barsky era nuestro más experimentado cirujano y todavía no comprendo cómo pudo hacer tanto a pesar de la ardiente úlcera que le roía las entrañas, a pesar de su cansancio; jamás perdió la paciencia, la afabilidad de que nos daba pruebas constantes a nosotros, gente de diversos orígenes. El frente del Jarama manteníase firme. El número de heridos fue disminuyendo. Muchos de ellos se quedaban en Colmenar, primer hospital de la línea de fuego. Evacuábamos por tren a los pacientes menos graves. En nuestro hospital pudimos ver otra vez los pisos desnudos.

Ya no hacíamos rodeos para no pisar a los enfermos que descansaban en el suelo. En la mayor parte de las camas se instalaba un herido en vez de dos o tres. Suspiramos con alivio. Jamás volví a preguntarme en qué consistiría la guerra: ahora lo sabía plenamente.

Comenzamos a turnarnos para dormir en cama unas cuantas horas y no recostarnos en las paredes. Me llegó la ocasión. Cuando pasé por la sala de operaciones oí que el doctor Barsky preguntaba por mí. Entré. Un pálido joven de cabellos rubios yacía en la mesa. Nuestro jefe me dijo:

—Lini, por favor, dígale en holandés que vamos a ponerlo en la posición adecuada para darle anestesia espinal.

Brillaron sus ojos cuando oyó que le hablaba en su lengua materna, la única que él sabía. Se llamaba Pieter.

—Quédese conmigo, no se vaya; me estoy muriendo, lo sé. No me deje morir solo tan lejos de mi tierra —suplicó.

El otro médico, que aplicaba la raquia, exclamó:

—Muy bien, puede usted irse, Lini; vaya a dormir, se ve usted agotada.

Pieter se aferró de mi mano con toda su fuerza, como si hubiera entendido:

—¡No se vaya! ¡No me deje morir solo!

—Es cierto que necesito dormir, pero ya dormiré en otra ocasión. Tengo que permanecer con este herido... —le respondí al galeno.

Le fui comunicando a Pieter, en voz baja, mis recuerdos de las calles de Ámsterdam, de las barcas pletóricas de tulipanes y jacintos que navegaban por los canales, entre Haarlem y Ámsterdam. Mis palabras tornábanse más y más suaves a medida que mi cuerpo entero se encogía ante lo que pasaba en esos instantes: el cirujano abría su vientre y dejaba al descubierto un bazo reventado. ¡Ahora me enteraba de cuán desesperado era su caso!

—Prométame que seguirá luchando por España y por cuanto sea justo; que tomará usted mi lugar —insistió el herido, débilmente. Se lo prometí—. Cántame, cántame las canciones de Uilenspiegel, las de Piet Hein —susurró.

Con un nudo en la garganta, las lágrimas agolpándose en mis párpados, canté suavemente aquellas enardecedoras canciones holandesas. Me imaginé a la esposa de Thyl Uilenspiegel en el momento de poner las cenizas del héroe sobre los corazones de sus hijos y de todos los niños de las Tierras Bajas. Las cordiales cenizas calientes del héroe que los españoles quemaron en la hoguera, cuando Holanda combatía por su libertad, su independencia y su derecho a surgir. Pieter yacía ahora moribundo, ofrendando su vida de la misma suerte: por el derecho de España a ser libre, demócrata. Unos aviones de bombardeo que trataban de localizar nuestro hospital volaron encima de nosotros. El zumbido de los motores crecía: sentí que el pulso de Pieter acelerábase, corría, comenzaba a ceder, se perdía en la eternidad. Apagáronse las luces. El médico terminó de coser la herida a la flama de una vela. ¡Pieter no morirá mientras yo lo recuerde!

Me fui a la cama y desperté con la garganta inflamada. Días y días estuve tendida, presa de los delirios febriles y del extremo

agotamiento. Las pesadillas se apoderaron de mi mente: bombas que caían destrozando nuestro precioso hospital, moros que nos tomaban prisioneros. Pero el cuerpo lucha, resiste, mientras una bala o una bomba no lo hacen trizas. Antes de que me diera cuenta volví a la sala de heridos, ya que el flujo de lesionados no cesaba.

La batalla del Jarama quedó escrita en la historia. No quedaban muertos en el patio. La mayor parte de heridos habíase evacuado. Ahora podíamos dedicarle más tiempo a los restantes pacientes, bañarlos en el lecho, frotarles la espalda con alcohol.

Una mañana, mientras atendía a los enfermos, oí una voz que comentaba con acento británico:

—Bien, yo diría que las enfermeras inglesas saben tender mejor las camas pero, ejem, agregaría que nuestros hospitales carecen del calor humano y de las canciones que los hospitales norteamericanos tienen...

Volví la cabeza para darme cuenta de quién hablaba: era Lady Hastings, a quien yo había atendido mientras estuvo enferma en Barcelona. Se dirigía al frente, al Hospital Británico situado en Colmenar. La Revolución de 1774 había sido olvidada puesto que ingleses y estadounidenses luchaban codo con codo para ayudar a España contra los rebeldes. ¡Cuántas gentes de América había aquí: canadienses, yanquis, mexicanos, cubanos, hombres de la América todos ellos, varones que laboraban, luchaban y morían por España!

Ahora disponíamos de un horario regular, de tiempo para dormir, de tiempo para tomar nuestros alimentos. Comenzamos a quejarnos, como cualquier otra persona, de la comida que nos preparaban: Basta ya de garbanzos y más garbanzos, a los que daba sabor, en ocasiones, un correoso pedazo de carne de burro, a veces una alcachofa con salsa. El aceite de oliva rancio daba la tónica. ¡Estábamos hasta el copete de los garbanzos! Suplicamos que nos arreglaran una ducha para bañarnos. Comenzábamos a echar de menos la higiene y los alimentos acostumbrados en los Estados Unidos. ¡Era evidente que no había novedades en la línea de fuego!

Queríamos que nos concedieran permiso para deambular por la aldea. Ninguna de nosotras había abandonado el interior del hospital durante un mes entero. Una a una pudimos recorrer el pueblecillo, caminar bajo el cielo azul, envueltas por el tenue aire de Romeral. Tuve la suerte de que me llevaran a Lilón, adonde nuestro chofer fue a conseguir alimentos más variados que el garbanzo. La aldea lucía igual que antes, salvo el edificio bombardeado en el que otrora pensábamos establecernos. No pudimos encontrar más que cacahuates y vino moscatel. No me gustaba el vino, ni el moscatel ni cualquier otro de los que bebíamos en vez de agua, pero me dio mucho gusto pelar y comer maní durante todo el regreso a Romeral.

Al atardecer, los molinos de viento nos indicaron, cabeceando, la ruta de nuestro hogar, el hospital. Los días se tornaban más calurosos, pero las noches hacíanse cada vez más frías. El reumatismo me atacó los huesos. Guiamos el vehículo hacia el patio. Me apresuré a ganar la cocina para calentarme el esqueleto al amor de la lumbre, mas encontré que en unas cuantas horas, las de mi ausencia, todo había cambiado. Mis compañeros corrían de aquí para allá, se daban prisa, empacaban; metían cosas en las cestas.

—¿Qué pasa aquí? —pregunté.

—El frente de Madrid no ofrece peligro, nos estamos mudando a Tarancón, en la carretera —me respondió el conductor de una ambulancia.

—¿Pero no es ese el pueblo que bombardean todos los días? —interrogué.

—¡Claro que sí! Es el último lugar donde se consigue gasolina antes de llegar a Madrid, y por eso le echan las bombas encima —contestó.

—¿Por qué nos vamos entonces?

Rudolf, el alemán sospechoso de felonía, me informó:

—Vamos a compartir equipo y Estado Mayor con las Unidades Médicas Internacionales de distintos orígenes. En Tarancón hay tres hospitales.

—¡Dios nos libre!

Pensé que en Romeral habíamos integrado tal unidad de trabajo y que aún vivían muchos que de otro modo hubieran muerto. No me agradó en absoluto esta mudanza; pero, ¿qué podía hacer? A menudo he cavilado después acerca de cuáles fueron las razones de esta decisión. ¿Influyó Rudolf en ella?

La jefa de enfermeras me dio instrucciones de quedarme en Romeral a cuidar de los heridos que el hospital albergaba y ponerlos después en el tren que los evacuaría, cuando llegara el momento. Mi único deseo era que los vagones no vinieran demasiado pronto: acariciaba el propósito de bañarme muchas veces en la ducha que nos acababan de instalar. Conmigo permanecieron un médico, un conductor de ambulancia y mi Modesta. Digo *mi* Modesta puesto que ella había reclamado, con la mayor energía, sus derechos a trabajar con nosotros. La chica era todo lo independiente que podía, hábil, inteligente. A pesar del obstáculo del idioma nos llevamos muy bien. En cuanto a mí, que no deseaba trasladarme a la aldea que los aviones tomaban como blanco de sus bombas, hubiera querido que los demás me olvidaran por completo.

Modesta y yo nos propusimos ver quién de las dos podía dar a los pacientes, en su lecho, el más adecuado baño; quién podía frotar mejor sus espaldas. Los heridos italianos, norteamericanos, alemanes, franceses, españoles, etc., recibieron entonces la más cuidadosa atención desde que abandonaron sus hogares. Modesta les hablaba en castellano y yo en holandés e inglés. Apenas en posesión de tres lenguas, nos arreglábamos de tal modo que con amor al prójimo y cálido afecto por el ser humano, sobrepasábamos la barrera de los múltiples idiomas allí representados.

Recordaba que en algún sitio, entre nuestras provisiones, había barras de chocolate. Las busqué hasta encontrarlas. Hallé un precioso paquete de cigarrillos. Cuando puse a los pacientes en el tren de evacuación, que vino demasiado pronto, les di los dulces y el tabaco. Llevamos a los hombres en la ambulancia, de cuatro en cuatro. Acomodados ya en sus literas les entregué sus regalos. Me incliné sobre cada uno de ellos para besarles la frente y exclamé:

—¡Hasta luego!

Con el beso trataba de decirles: “Vosotros sois mis hermanos, mi familia, mis camaradas, mis amigos”.

De pie, recibiendo el viento frío y picante, agité mis manos, saludándolos, deseándoles buen viaje, mientras el tren se alejaba. Era marzo de 1937. Me causaba alegría que salieran de la zona peligrosa. Pero, ¿caso se tenía seguridad en alguna parte? España entera era una línea de fuego, ¡nadie estaba a salvo de los bombardeos alemanes e italianos!

El tren arrancó con lentitud, saliendo de la estación. Me quedé maravillada, pues jamás había visto un convoy como aquel. Tenía un vagón de operaciones. Cierta número de enfermeros atendía a los heridos. El equipo era espléndido. El hábil cirujano que dirigía la unidad se las había arreglado para escapar del lado fascista al republicano y ahora laboraba por su país, la República Española. Su preparación de médico militar le facilitó el mantenimiento de la disciplina y de los servicios que el tren prestaba. Cuando el convoy se perdió de vista regresé a la aldea, a lo que restaba de nuestro hospital, dispuesta a hacer mis bultos y seguir adelante.

Modesta y yo, con la ayuda de algunas de las aldeanas, terminamos de empacar el resto del equipo para mudarnos a Tarancón. Mientras lo hacíamos, le expresé cuán urgente era que me acompañara a mi nuevo destino.

—Pero creo que mamá no me dejará ir contigo —me respondió.

Fuimos, diccionario en mano, a ver a su madre. Los labios de mi amiga, que pedía la anuencia de su progenitora, atrajeron mi atención. Sus negros ojos chispeaban diamantinamente. El aplomado cuerpo desplazábase con gracia mientras suplicaba. La madre respondió:

—Vamos a ver...

Pude entenderla.

Mis estudios de enfermería duraron tres años y luego me preparé en Salud Pública. Modesta había aprendido con rapidez, de manera práctica, los elementos de mi profesión. Su ayuda me era inapre-

ciable. Su independencia de criterio, lo mismo que sus actitudes personales, nos acercaban y podíamos colaborar estrechamente. De regreso al hospital, me dijo:

—No tengas cuidado, en poco tiempo estaré contigo.

Tal expresó con gestos y ademanes. Comprendí. En la confianza de que volveríamos a vernos, nos abrazamos.

Pudimos darnos cuenta, desde lejos, de que la gente se afanaba en el edificio escolar. Bajaban el cargamento de los camiones: pupitres, mesas, libros infantiles de tapas brillantes, mapas. Los niños de Romeral recibían de nuevo la escuela que nos habían prestado. Una vez más me impresionó la vitalidad de la República Española, no la guerra, sino el deseo de aprender, de progresar y lo que hacían por lograrlo.

Lié mis pocas pertenencias en la Casa de los Maestros, donde los miembros de la unidad médica descansaban cuando tenían tiempo. Quité de la pared las fotos de Mary Lee y el grabado en cobre que me acompañaba siempre. Una noche más y mi estancia en Romeral terminaría.

Fredericka, a quien de cariño llamábamos Freddie, vino en camión a recoger el equipo restante y a llevarme consigo. Me disgustaba tener que irme. Sentía cariño por Romeral, por sus habitantes, por sus molinos de viento, no obstante sus noches friolentas. Aunque mis deberes sólo me habían permitido recorrer sus calles tres o cuatro veces, me sentía como una nativa del lugar. Confía en que el recuerdo de los moribundos, los cadáveres, las espantosas heridas y la batalla del Jarama no me asaltaría a menudo. Sin embargo, jamás he podido olvidarlos: parte de Romeral encuentra expresión en mí misma.

El ambiente se fue tornando cada vez más helado a medida que el vehículo se acercaba a Tarancón. Freddie me decía que nuestra instalación en aquel lugar no la había impresionado:

—Creo que no es posible trabajar allí, pero Rudolf dice que podemos hacerlo.

Para entonces la mayoría de nosotras sospechaba que ese hombre era un espía nazi. ¿Cómo es que los médicos eran tan incautos? No comprendíamos la razón. En verdad, carecíamos de pruebas. Sin embargo, algo nos lo decía interiormente: el alemán mostrábase arrogante con los campesinos españoles heridos. Era peor con los judíos. Hacía todo lo posible por aparentar ideas democráticas pero su modelo era, en realidad, el superhombre ario. No le teníamos ninguna estimación. Freddie no me dio más informes acerca del sitio. Se limitó a decirme:

—Obsérvalo tú misma, a ver qué piensas.

Eran más de las doce de la noche cuando llegamos a Tarancón. Estaba oscuro, debido a una alarma. Examiné a mis compañeras, que dormían ya, buscando un espacio donde descansar. Con mi linterna sorda descubrí una enfermera delgada y me colé en su cama. Tan fatigada estaba la pobre, que ni siquiera la molesté con mi cuerpo helado.

A la mañana siguiente me di cuenta de cuánta razón tenía Freddie. Estábamos en el centro de una torre de Babel. Los diversos idiomas confundían nuestros oídos. Y, por si fuera poco, ¡aquí veníamos los norteamericanos! La disciplina y la jefatura brillaban por su ausencia. En una sola manzana quedaban tres hospitales, en la vecindad de una enorme gasolinera donde treinta o cuarenta camiones hacían cola, en espera de que les despacharan combustible. Estos vehículos iban rumbo a la línea de fuego, con cargamentos de urgencia. La única casa que el doctor Barsky pudo encontrar destinóse a los norteamericanos para que, por lo menos ellos, se hospedaran juntos. Estaba situada frente al depósito de gasolina, atravesando la calle. “¡Lo que necesitábamos!”, pensé, añorando los días de Romeral.

Se me asignó el hospital número 3. Me hice cargo de dirigir, organizar y limpiar una terrible confusión de elementos. Ni una sola ventana tenía vidrios. Los cristales habían volado durante el último bombardeo. Los cascotes abundaban dondequiera. Sin embargo, a pesar de todo, yo imaginaba cómo luciría el hospital, transformado, después de la guerra, prestándole servicios a la

población. Aunque su emplazamiento era excelente para un bombardeo, también lo era para convertirlo en el centro hospitalario de la ciudad. Mi único deseo era que esa noche lloviera a cántaros para que los aviones no pudieran localizarnos como lo hacían en las noches serenas. Me pareció ver el ala de pacientes y el servicio de enfermeras visitadoras adscrito al hospital. Asimismo, pude imaginar la clínica infantil, la sala de maternidad y, por supuesto, todos esos servicios preconizaban la medicina preventiva, la salud pública. Odiaba la guerra, esta en especial, vil guerra impuesta a la República Española. La actividad bélica le impidió a España hacer una serie de cosas importantes que constituían su meta: escuelas, servicios médicos, vida democrática. En mis ensueños llegué a imaginarme que volvía a España con Mary Lee, para colaborar en el establecimiento de unidades de salud pública.

¡Sueños, sueños, sueños! La realidad era que los pacientes yacían por pares en cada cama. Su mayor número provenía del batallón Líster. Abundaban los polacos, los franceses, los italianos y los españoles. De estos últimos había más. Un enfermero británico vigilaba de noche mientras otro polaco cuidaba de día. Echaba de menos a Modesta, quien me habría auxiliado en la organización del hospital número 3. Me di cuenta de que la mira principal de esta movilización era reunir a las unidades médicas internacionales bajo una dirección española. La idea es muy buena, no así los resultados inmediatos. Todos, hasta los norteamericanos, queríamos mandar.

Sin novedad en el frente. El hombre aprende con lentitud. Quienes estuvieron unidos en la línea de fuego, luchando por el derecho, peleábanse ahora entre sí. No siempre entendía sus palabras, pero el tono de su voz me revelaba lo principal. Los irlandeses, hijos de la Verde Erin, emprendían su guerra patria, otra vez, contra los miembros de la unidad británica. Los polacos mortificaban a sus paisanos. Los franceses y los italianos se la pasaban discutiendo. Los peores eran los españoles. Parecía que en España abundaran más que en los Estados Unidos las organi-

zaciones designadas por sus iniciales y los “ismos”. La FAI,<sup>6</sup> la UGT,<sup>7</sup> los comunistas, los trotskistas, los socialistas, los derechistas, los centristas, etc. Mientras estuvimos en Romeral, en plena actividad, no tomé conciencia de las diferencias políticas. ¿Quién iba a pensar en ello si la lucha que se libraba era a muerte?

Ahora se rumoraba que entre nosotros había espías y saboteadores. Esto no era conveniente para la unidad. Propiciaba la desconfianza. Nos volvimos suspicaces. Cierta ocasión en que vi brotar sangre de la pierna enyesada de un hombre, corrí a comunicarlo. Las suturas estaban flojas. Comencé a investigar la posibilidad de sabotaje en seres humanos después de las operaciones, cuidando de cerca a cada paciente. Supe que se habían presentado casos parecidos en los tres hospitales, algunos operados estuvieron a las puertas de la muerte debido a suturas flojas y malas restauraciones. Esto se agregó a lo anterior. Resultó que un cirujano y sus ayudantes eran fascistas y nos saboteaban eficazmente. Algo increíble. El médico y sus compinches se esfumaron, jamás volvimos a verlos. Quizá lograron abrirse paso hasta las líneas fascistas.

Durante la noche debíamos apagar las luces. La oscuridad tenía que ser total. Resquicios y aberturas se tapaban con cortinas que no permitían pasar un solo destello de luz. Estaban prohibidos los fogones para cocer alimentos. Una noche, al volver tarde de la sala de cirugía, topé con una fogata que afectaba la forma de una cruz, encendida frente al hospital donde se practicaban las operaciones, el principal. Deshice el fuego a patadas, pisoteando las brasas hasta apagarlas. Demasiado tarde: ¡Ya los bombarderos buscaban su blanco!

---

<sup>6</sup> Federación Anarquista Ibérica, constituida en 1927. Hasta 1937, en plena Guerra Civil, lograría una consistente estructura organizativa. Muchos de sus militantes orquestaron numerosas milicias para la defensa de la República. [N. de la E.]

<sup>7</sup> Unión General de Trabajadores, organización socialista creada en 1888. Su fundamento inicial lo halló en el anarcosindicalismo catalán de Solidaridad Obrera. Durante este periodo bélico llegó a contar con más de un millón de afiliados. [N. de la E.]

Tuve que pasarme la mitad de tiempo buscando a los soldados que se escapaban del hospital. Al revés de cuanto pudiera imaginarse, estos hombres no huían de la línea de fuego, sino que deseaban regresar al frente. Ya sabía dónde encontrarlos con seguridad. Estarían ocultos, al otro lado de la calle, en uno de los camiones que esperaban su turno para cargar gasolina, antes de seguir su rumbo al sitio de la batalla. Los consolaba, les rogaba que permanecieran con nosotros hasta que los diéramos de alta y pudieran volver a sus puestos. Estos jóvenes idealistas, oriundos de todas las provincias de España y de muchos países, no querían estarse en la cama, sino derrotar a Franco y terminar la guerra. A veces me respondían:

—Pero si en el frente estamos más seguros, hay trincheras que nos protegen; aquí ni siquiera podemos defendernos de las bombas. Una trinchera abriga más que el hospital de Tarancón.

Tenían razón, pero mi deber era persuadirlos a que permanecieran con nosotros hasta que los despacháramos.

Me preguntaba si por fin haría calor. ¿Dónde estaba la soleada España de los anuncios turísticos? Mis manos y mis pies, presas del reumatismo, se me habían hinchado tanto que apenas hacía algo más que vigilar la marcha de las cosas. En cuanto el sol llegaba al cenit, me sentaba a exponer a sus rayos mis extremidades. No obstante mis dolores, los bombardeos, las escapatorias de los soldados y hechos parecidos, me sentía alegre: estaba empleando cuanto sabía y podía hacer con un propósito que me llenaba de orgullo.

El doctor Barsky tenía un plan y había venido a ponerlo en práctica: buscaba dos edificios que estuvieran más o menos vecinos, fuera de las acostumbradas zonas de bombardeo. La reserva de medicinas e instrumental desaparecía con rapidez en nuestra instalación. Trabajábamos más efectivamente cuando formábamos un solo equipo. Otra unidad venía de los Estados Unidos rumbo a España. Con esta podríamos operar, realmente, por el bien de los heridos. Sabíamos que entre nosotros no había saboteadores estadounidenses. No estábamos tan seguros de Rudolf, el alemán, puesto que se nos había agregado. El doctor Barsky estaba en el campo,

investigando el emplazamiento de las construcciones requeridas: una sería el hospital de base con su sala de cirugía mayor; la otra se destinaría a los convalecientes.

Cuando el frente estaba en calma aprovechábamos, por turno, la oportunidad de salir. La mayor parte de nosotras iba a Madrid. Yo me propuse hacer el viaje a Colmenar en la ambulancia que llevaría vacuna contra la tifoidea al hospital vecino a la línea de fuego. Penny, una enfermera británica, yacía víctima de la tifoidea: debía inmunizarse a todos los miembros del hospital de emergencia. Ofrecí mis servicios. Sin embargo, lo que buscaba era una oportunidad de entrevistarme con el médico de la Brigada Lincoln, que estaba en el frente.

Albos cirrus jugaban en el cielo, persiguiéndose. Verdes olivos cubrían el terreno plano. Las montañas purpúreas nos copaban. ¿Es que librábamos una guerra, en verdad? Los árboles, las nubes y los pájaros parecían no darse cuenta. Pero nosotros sí, especialmente cuando bordeábamos los cráteres abiertos por las bombas, más numerosos en la proximidad de los puentes. De vez en cuando nos sobrepassaba una hilera de camiones llenos de chiquillos, evacuados de Madrid. Les gritábamos:

—¡No pasarán!

¡Sí! Estábamos en guerra. Pero lo mejor era olvidarse de ello y vivir este momento, rodeados de belleza.

Llegamos a Colmenar a la hora del té. Entregamos la carga y nos invitaron a tomarlo. Un médico me llevó del brazo, escoltándome a la sala de operaciones. ¡Allí, en la plancha, estaba dispuesto el servicio!

—¿Qué prefiere, limón o crema? —me preguntaron.

—Pruebe este pastelillo de anchoas. Las galletas con cebollines están deliciosas —dijo Archie Johnson.

Este hospital era, en verdad, un rincón de Inglaterra: servían el té con los moros encima, en la línea de fuego. Pensé: “¡Qué pueblo más civilizado!”

A la mañana siguiente, a temprana hora, Percy estaba acomodando el instrumental médico y las drogas que llevaría al frente. Le

rogué que me dejara ir con él, puesto que la distancia era corta. El hombre no podía creer lo que oía y me rechazó:

—¡Eso va contra el reglamento, usted no debe ir a la línea de fuego y lo sabe muy bien!

Siguió farfullando:

—¡Caramba! Con francotiradores, granadas de mano, balas dum-dum, morteros, y aún quiere ir al frente.

—Pero usted sabe que todo está en calma, nada me sucederá; además, yo me echaré la culpa, diré que me fui andando —le dije.

—Eso si vive para contar esa mentira... El frente puede volverse un infierno de un momento a otro. Si dejo que maten a una enfermera norteamericana comenzará otra vez la Guerra de Independencia entre ingleses y yanquis —regañó.

—¡No sea así, Percy; déjeme ir con usted! —le rogué, saltando a la ambulancia.

¿Qué podía hacer contra la tenacidad de una terca holandesa? A vuelta de rueda enfilamos por un camino lleno de hoyancos abiertos por las bombas y la metralla. Un alegre riachuelo murmuraba deslizándose entre violetas, a nuestra izquierda. Las mimosas colgaban, amarillas y púrpuras, sobre sus aguas. Los verdes olivos, con tonalidades grises, flanqueaban el desastroso camino. Mi contemplación viose interrumpida por unos sonidos que no había escuchado nunca. Percy me hacía notar:

—Esa fue una ametralladora... ahora es un mortero... debe haber sido una granada...

Aunque esporádicos, los ruidos invadieron mis oídos.

—¡Agáchese, vamos a cruzar un sitio donde estaremos al alcance de tiradores expertos!

Asocié tales manifestaciones con las heridas que había curado y me agazapé, lo más que pude, en el piso de la ambulancia. *There is a Valley in Spain called Jarama. It is a place that we all know too well, it was there that we gave of our manhood. It was there that our first comrades fell.* Recordé la canción de la Brigada Lincoln mientras nos dirigíamos a su cuartel general.

La comandancia se escondía entre los árboles. Destacaban las mimosas, de color amarillo violáceo. Los hombres que estaban en la cabaña musitaron entrecortadas palabras de sorpresa. Habían permanecido en el frente desde principios de febrero, sin oportunidad de ver a ninguna enfermera norteamericana. Sólo los heridos fueron llevados a nuestro hospital, donde nosotras los atendimos. Mi médico favorito me regañó por haber faltado al reglamento, viniendo a la línea de fuego, pero su mirada me dio a entender cuánto lo alegraba mi venida. Los hombres ansiaban tener noticias de sus camaradas heridos. La Brigada Lincoln había sufrido muchas pérdidas. Un español había reemplazado a cada baja norteamericana. Pero los muertos eran demasiados. Uno a uno salieron los hombres de la cabaña: iban a las trincheras, a relevar a sus compañeros.

El médico, con una taza de café revuelto en la mano, me hizo una descripción del camino que estaban trazando para evitar a los francotiradores. Era un ramal recubierto que conducía directamente al frente. Su entusiasmo era semejante al de un ingeniero civil que acabara de obtener el título y su primer encargo de construcción vial. Fuimos a ver el camino, casi ante la mirada de los rebeldes fascistas. Caminamos entre los olivos. A intervalos irregulares escuchaba un silbante chillido:

—¡Qué grillo más raro! —comenté la primera vez.

—No es grillo ni ningún otro insecto... Es el ruido de las balas perdidas. Aquí hay francotiradores.

Me ofreció su casco, pero se lo devolví. Hundí la cabeza en mi propia capa, desdoblándole el cuello.

Los silbidos de las balas menudearon. Un francotirador nos había localizado, sin duda.

—¡Échate al suelo! —me ordenó el médico.

Así estuvimos un rato, el pecho contra la cálida, primaveral tierra abrileña. Mientras conversábamos en voz baja, el mortal chillido nos sirvió de contrapunto. Hicimos caso omiso de las balas y nos adormecimos bajo los olivos. El sol estaba más opaco cuando nos pusimos de pie. El francotirador debe habernos dado

por muertos, pero estábamos vivos, gozosos, encantados de la existencia.

Francamente, me disgustaba tener que abandonar la línea de fuego, pero debía volver a mis labores. Mi permiso había expirado. Cuando regresé me informaron que íbamos a trasladarnos. El doctor Barsky acababa de localizar los dos edificios que necesitábamos: cerca, fuera del camino e incólumes.

Mi jefe no perdió tiempo. Me dijo de inmediato:

—Quiero que vaya usted con Modesta a Castillejo. Organice allí las cosas. Convierta el edificio en un hospital de trescientas camas para los convalecientes. Ahora sólo tiene cincuenta. Hay un doctor holandés y un practicante alemán. Mañana le entregarán doscientos cincuenta catres. Hágase cargo de todo: deles de comer a los trescientos pacientes, ocúpese de que les laven la ropa y de su atención médica, ¡dirija todo lo mejor posible!

—Sí, doctor Barsky. ¿Cuándo quiere que parta? —le pregunté mientras cavilaba cómo haríamos para atender a trescientos pacientes, nosotros solos: una enfermera, un médico, un asistente alemán y Modesta.

El doctor Barsky me respondió:

—¡Puede partir ahora mismo!

Modesta y yo bajamos por la montaña. A nuestra derecha contemplamos un viejo edificio que parecía un castillo del siglo XVI. Un riachuelo, morada de truchas, caía por entre los peñascos, acompañándonos. Llevábamos en el camión los suministros médicos y las pocas ropas de que disponíamos. Cuando entramos en el patio, contemplé a dos grandes perros daneses blancos, que montaban guardia. Parecían estatuas, mas comenzaron a ladrarnos, ya que nosotras, plebeyas, osábamos invadir los dominios de la realeza. Modesta y yo desafiamos a los perros y penetramos en el edificio en busca del doctor Theo van Reemst. El enorme palacio levantábase a los costados del gran patio cuadrangular.

El doctor Van Reemst estaba en la cocina, esterilizando el instrumental quirúrgico. Era evidente que tenía informes de mi venida. Dijo que puesto que en el lugar coincidíamos una De Vries y

un Van Reemst era necesario izar la bandera holandesa. Ya en serio, me indicó dónde encontraría a Peter, su asistente alemán, que nos mostraría el sitio y nos señalaría nuestro cuarto. Luego pondríamos manos a la obra. Modesta, quien comenzaba a entender el inglés, me miró asombrada, diciéndome:

—¡A ver cómo le haces para convertir esto en un hospital de trescientas camas! El doctor Barsky dice que puedes hacerlo y yo también lo creo.

Hubiera querido tener la confianza que sus palabras evidenciaban. Le expliqué que el médico era mi paisano y que habíamos hablado en holandés.

¿Por qué será que los alemanes son hoscos, prusianos, serios? Así era la mayor parte de los que conocí. Peter no constituía la excepción. Platicamos en una mezcla de holandés y alemán, a medida que atravesábamos el patio hacia el ala del edificio que otrora perteneciera a una reina. Los heridos italianos que estaban en el lugar nos silbaron provocativamente. Modesta y yo, con sonrisas en los labios, nos desatendimos de sus insinuaciones.

Escogí la antigua recámara de las infantas. Modesta tomó la contigua. El lecho, con un cubrecama bordado a mano, no era tan mullido como parecía; un dosel con la corona real guardaba un equilibrio precario sobre la cabecera.

Peter me dijo:

—Déjeme quitarlo, no vaya a ser que una noche le caiga encima.

Le contesté:

—¡No, no! Nunca he dormido en un lecho real, con todo y corona. Quizá me agrada la experiencia.

Bueno, la verdad es que una noche me cayó en la cabeza, pero no pudo con mi cráneo holandés.

A continuación, nuestro guía insistió en que debíamos tomar un baño para despiojarnos. Le expliqué que en Villa Paz había agua y que no teníamos piojos ni liendres. No me sirvió de nada. El reglamento era el reglamento y si decía que los recién llegados tenían que quitarse los piojos, nosotras debíamos cumplir con el requisito. “He aquí el sentimiento alemán de la ley y del orden...”,

pensé mientras contemplaba con jovialidad la prisa que Peter se daba en llenar la tina real de agua caliente, hervida en el fogón que ardía afuera. Si el hecho de que yo me lavara en la principesca bañera le parecía tan importante, cooperaría con él, de acuerdo con sus ideas sobre la ley y el orden. De ahí en adelante, siempre que se me antojaba tomar un agradable baño tibio, únicamente le decía:

—Peter, mire usted, creo que tengo piojos...

Después de la limpieza a que me sometí, recorrí el edificio. Me sentía cálida y purificada. Aquello era fantástico. La galería de arte, que entonces servía de comedor, ostentaba en sus paredes varias pinturas de tonos suaves, que me recordaban el Museo de Franz Hals, en Haarlem. La sala de los pacientes quedó en el piso alto, en una amplia biblioteca. Los volúmenes, artísticamente empastados en piel, se alineaban en los anaqueles adosados a las paredes. El suave contacto de sus tapas resultaba agradabilísimo a los dedos. Casi todos los tomos que tuve en mis manos estaban vírgenes: sus páginas no habían sido leídas, ni siquiera abiertas. El cuero de las pastas producía una placentera sensación, pidiendo que alguien leyera la obra. Las innumerables piezas de las vajillas lucían sus brillantes fillos de oro. La cristalería chispeaba con sus dorados crestones reales. No había trazas del vandalismo que según la prensa de los Estados Unidos habían cometido los republicanos. Los trogloditas de la vecindad habían velado por aquellas propiedades. Únicamente la tubería sufría descomposturas. Los ruiseñores concertaban cabe mi ventana. Me enamoré de Castillejo.

Me hice el propósito de que aun cuando llegáramos a tener seiscientos pacientes, ni un solo objeto saldría del edificio, todo permanecería como estaba, cuidadosamente atendido. ¡Qué escuela más maravillosa se podría fundar aquí!

Además de Peter, contábamos con seis muchachas que nos ayudaban en las tareas del hospital. Indiqué a Modesta:

—No les digas que me han enviado a dirigir el hospital. Déjame que lo demuestre. Tú y yo trabajaremos más duro que las demás. Si logro organizar las cosas y administrarlas bien, ellas mismas

pedirán que les dé más instrucciones, reconociéndome así como su jefa.

Modesta replicó:

—Oh, actúa como tal y lo demás sale sobrando...

—No, Modesta; quiero poner en práctica una idea que tengo —le dije, entusiasmada.

La confianza de las jóvenes aumentó a medida que laborábamos codo con codo, tendiendo los catres, limpiando, lavando. No me tomaban como una “extranjera”, que quería mandarlas, sino como una camarada cuyo adiestramiento era mayor por haber gozado de más oportunidades que ellas. Luego comenzaron a quejarse conmigo y no entre ellas:

—¿Cómo podríamos lavar, cocinar, limpiar y cuidar a trescientas personas, cuando apenas podemos con cincuenta? —me preguntaron.

—Ya encontraré la solución —les repliqué.

Refunfuñando, agregaron:

—Mire usted a esos hombres que se la pasan caminando por el patio, sin hacer nada. ¿Es verdad o mentira lo que dicen los carteles, que hombres y mujeres somos iguales ahora?

—Por supuesto que tenéis la razón. La Constitución lo afirma, pero sería un error pensar que los varones cambiarán de la noche a la mañana. Gran parte de sus costumbres deriva de los moros: recordad los harenes; un español no puede cambiar con tal rapidez, ningún otro europeo podría hacerlo tampoco —agregué con énfasis.

Mientras fregaba la mesa que serviría en el comedor, exclamé:

—¡Tengo una idea! Voy a probarla.

—¿De qué se trata, jefa? —me preguntaron.

—Bueno, trataré de utilizar ciertas costumbres de los Estados Unidos: allá los muchachos no tienen inconveniente en ayudarles a las jóvenes a limpiar los platos. No se avergüenzan de ello ni sienten pena porque los vean pelando papas.

La incredulidad se reflejó en los rostros de nuestras amigas y Modesta acudió en mi auxilio:

—¡Sí! Es cierto que los de la Brigada Lincoln son diferentes, no tienen pena...

Se le quedaron viendo reverentemente: ¡conocía a los famosos luchadores!

—¿Cómo logrará eso? —interrogaron.

—He aquí mi idea: convocaré a una asamblea general, a todas vosotras, a los pacientes que pueden andar, al doctor Van Reemst, a Peter y a quienes puedan moverse, incluso a los heridos que sea posible cargar. Les expondremos el problema, de plano, y les pediremos consejo. Pero antes que nada iré a hablar con los muchachos de la Lincoln para pedirles que pongan el ejemplo voluntariamente.

Dijeron las chicas:

—Mire usted, queremos aprender a leer y escribir. Los hombres lo hacen en las trincheras y hasta aquí mismo, en Castillejo. Por las noches estamos demasiado cansadas para asistir a clase. ¿No podríamos contar con unas cuantas horas, después de la comida, para recibir una clase de castellano?

—Creo que sí... —les contesté, en la esperanza de que los muchachos de la Brigada no fueran a quedar mal.

Bien sabía que ningún español se prestaría a realizar el trabajo de las mujeres. Tampoco lo haría ningún otro europeo, salvo, quizá, los alemanes del batallón Thaelman. ¿A quién iba a interesarle escuchar lo que Marx, Engels, Lenin o Stalin decían sobre la cuestión femenina, mientras se hallaba atareado lavando los trastos? Hallé a miembros de la Brigada Lincoln, los pocos que necesitaba. Eran cuatro, tres venían de Boston y uno del estado de Washington. Este se dedicaba a leer poemas y a elaborar su tesis doctoral mientras convalecía. Acariciaba la idea de terminar su doctorado en los Estados Unidos; había tenido la suerte de encontrar la bibliografía necesaria en la biblioteca del castillo, hoy convertida en sala de hospital.

En realidad, los cuatro se dedicaban con ahínco a la lectura. Esto es lo que hacían mis “ángeles con alas”, apodo que les puse en vista de que cada uno de ellos tenía un brazo enyesado.

—Por favor, muchachos, necesito vuestra ayuda; haced los libros a un lado, por unos instantes —les insté, explicándoles el problema que debía resolver—. Cuando llegemos al punto en la asamblea general, espero que os ofrezcáis como voluntarios. Los españoles os respetan y no se sentirán avergonzados de ayudarnos si vosotros también lo hacéis. Vamos a tener que librar una tremenda batalla, pues, de lo contrario, no podremos recibir trescientos heridos. Apenas somos diez ahora: el doctor Van Reemst, Peter, Modesta, yo y nuestras seis ayudantes. ¡Por favor, ayudadnos!

Respondieron apuradamente:

—Nosotros hemos venido a combatir, no a lavar platos, ni a tender camas o pelar papas.

En cuanto más insistían en ello, más segura estaba de que se pondrían de nuestro lado.

—¿Lo haréis, por favor?

—Está bien, Lini, nos brindaremos a ello.

El doctor Van Reemst se nos acercó. Le contaron lo que hacíamos. Comentó:

—¡Magnífico! ¡Me ofreceré como voluntario para cavar letrinas!

—Habla usted como el anciano doctor Mountain, de la USPHS,<sup>8</sup> quien acostumbraba decir que si la gente construyese más letrinas no habría problemas sanitarios.

Aquel médico, Van Reemst, era un gran hombre, del mismo temple que Barsky y Bethune. No necesitaba que lo adularan. En verdad, era un placer considerarlo nuestro jefe: tratábase de un dirigente nato.

La asamblea convocóse para esa misma noche, a las ocho en punto. Los pacientes que permanecerían en cama nombraron un delegado ambulante por cada sala. Apresté mis intérpretes de griego, francés, español, polaco, italiano, alemán y otros idiomas. Si la cosa empeoraba, nos ayudaría el conocimiento del yiddish, lengua

---

<sup>8</sup> Us Public Health Service (Servicio de Salud Pública de Estados Unidos). [N. de la E.]

que muchas personas de distintos países europeos hablan con fluidez. Mis ayudantes de la Lincoln eran norteamericanos de ascendencia irlandesa, pero uno de ellos entendía el yiddish y podía expresarse en ese idioma. El doctor Van Reemst abrió la sesión. Expuse el problema que debíamos resolver: demasiado trabajo y muy poca ayuda; sólo si establecíamos comités auxiliares podríamos cuidar a trescientos pacientes. Hombres y mujeres querían aprender a leer y escribir en castellano, no sólo los españoles sino también los originarios de distintos países. Si todos nos poníamos a la obra con decisión y energía podríamos contar con un hospital eficiente y, además, con un programa educativo. Expliqué a los delegados la posibilidad de que aun quienes guardaban cama podrían hacer torundas, taponos de algodón y doblar trozos de gasa. Pedí que se discutiera el asunto.

Esto parecía el frente del Jarama: las palabras surgían quemantes y duras como tableteo de ametralladora. La cuestión fundamental era, para los combatientes, que habían venido a pelear y no a ocuparse de un “quehacer de mujeres”. Partidarios de los más distintos matices políticos, anarquistas, comunistas, socialistas, humanistas, idealistas, hombres de muchas naciones, sostenían tal punto de vista. Uno de mis “ángeles” les preguntó:

—¿Pero es que no crees en lo que decís, en el derecho de las mujeres a desenvolverse y mejorar?

A continuación, ¡Dios los bendiga!, se inscribieron como voluntarios para fregar, lavar, limpiar, tender camas, pelar papas, cavar letrinas. Los españoles de la Brigada Lincoln, aquellos que en gran número reemplazaron a los caídos, comenzaron, uno a uno, a seguir su ejemplo. Luego los imitaron ciertos miembros de las brigadas Thaelman, Dumbrowsky, Garibaldi y así sucesivamente. Nuestras auxiliares españolas abrían tamaños ojos, incrédulas. Para ellas esto era una revolución: ¡que los hombres fueran a ayudarles en sus quehaceres! Yo prefiero pensar que se trató de un proceso evolutivo, pero sea como fuere, en aquellos momentos, en Castillejo, las relaciones humanas progresaban. Siempre creí que el progreso debía iniciarse de inmediato y que en cuanto menos se platicara,

mejor. Tanto en la ciudad de Nueva York como en aquellos pueblos españoles me había dado cuenta de que a menor discusión correspondía mayor trabajo, y viceversa.

Elegimos presidente, secretario y demás directivos de la Asociación de Auxiliares Voluntarios de Castillejo. Nos reuniríamos una vez por semana, o más a menudo si hubiere necesidad.

En cierta ocasión iba yo cargando una sobrefunda embutida de sábanas sucias, rumbo al riachuelo, camino abajo, donde el grupo lavaba. Los sauces me impedían aún la vista cuando escuché voces airadas que discutían. Me detuve. Por entre las ramas pude distinguir a las muchachas, que golpeaban la ropa blanca contra las lajas, arrodilladas a la orilla del riachuelo. Dos de los bostonianos de origen irlandés les ayudaban a exprimir las sábanas con la mano que su enyesado dejaba libre a cada uno, y luego las extendían entre ambos, en el césped aplanado, para que el sol las secase. Los alemanes hacían su parte. Los españoles de la Brigada Lincoln, también. Eran los italianos quienes armaban el alboroto, reclamándoles por haber aceptado desempeñar labores femeninas, a lo que los españoles replicaban con palabras crecidas. Un alemán se había aliado con los italianos, expresando su desacuerdo. La discusión fue en aumento. Cierta español enderezóse y les gritó:

—¡Cuando os oigo hablar me parece que escucho a los bandidos de Mussolini! ¡Habláis como Hitler!

Y diciendo esto levantó una de sus muletas para lanzarse al ataque. Uno de mis “ángeles” le ofreció el extremo de una sábana retorcida. La amenaza tornóse inoperante. Por supuesto, no faltó otro tudesco que comenzara a pronunciar un discurso político acerca del papel de la familia según Engels. Irlandeses y españoles entonaron *Los cuatro generales*.

Salí de mi escondite entre los sauces. Entregué a las muchachas la ropa sucia y dije en inglés:

—¡Muchas gracias, amigos!

Los de la Lincoln alzaron la vista y torné a decir:

—¡Muchas gracias!

Me entendieron, pero no se dieron cuenta de que yo no sólo me refería a lo que acababa de pasar, sino a todo lo que antes habían hecho. Si ellos no hubieran resistido en el frente del Jarama, ninguno de nosotros podría contarlo. A las mujeres nos habrían violado y descuartizado los moros, tal vez no exactamente a nosotras, las enfermeras, pero me sublevaba pensar en lo que les habría ocurrido a las chicas españolas. ¿Existe acaso algo más noble que la camaradería que tantos ciudadanos de todos los países, razas y religiones, compartimos entonces con los españoles? ¡Cuán afortunados fuimos de haber estado allá y de vivir ahora con el recuerdo de aquellos cálidos sentimientos de fraternidad!

Algunos de los italianos, los “tenorios”<sup>9</sup> —como yo les llamaba— se ofrecieron voluntariamente a conseguir para el hospital otros alimentos que no fueran la eterna garbanza. Aún se resistían a ayudar a las mujeres. Entre nuestros platillos comenzó a aparecer, de vez en cuando, el pescado: la trucha jaspeada del riachuelo les daba un sabor nuevo a los garbanzos. A menudo veía a los italianos, semia-gachados a pesar de sus muletas, llevando entre los brazos una escandalosa gallina. No me atrevía a preguntarles dónde la habían conseguido. Era mejor que no lo supiera. En realidad, confiaba que algún día acarrearían un puerco, una vaca o hasta una cabra, aunque no un burro, pues ya la experiencia habida de la carne de pollino con garbanzo nos bastaba por algún tiempo. ¿Habían robado estos hombres? ¡Quién sabe! Después de todo, yo también me aficioné a tomar cosas ajenas. Por la noche visitaba a otras enfermeras de nuestra unidad, con frecuencia, para ver qué podía conseguir para nuestro hospital. Como ellas laboraban en el de cirugía, es decir, en el hospital base, lo acaparaban todo. Y como lo más importante para mí era Castillejo, me llevaba para mi propio hospital cualquier cosa que estuviera al alcance de mis manos. ¿Cuándo es que el hurto deja de ser un robo?

---

<sup>9</sup> *Wolves*, “lobos”, en el original. [N. del T.]

Una comisión de nuestros vecinos los trogloditas, habitantes de las cuevas cercanas, vino a verme. Me pidieron permiso para celebrar una reunión en la gran capilla. Avergonzada, les respondí:

—¡Desde luego! Estos edificios son vuestros; nosotros sólo os los hemos pedido en préstamo, temporalmente.

Avergonzada, en verdad, pues me puse a pensar si los de la Garibaldi no les habrían robado demasiados pollos, o en que quizá pudiéramos haberles molestado aun cuando nuestro deseo era hacer el bien. Nos invitaron cortésmente, a cada uno de nosotros, si podía caminar, a ir a la reunión; a los pacientes encamados les pidieron que nombraran representantes.

¿Cuál era el objeto de la asamblea? ¡La tierra! La tierra, esos fértiles campos de suelo negro, con abundancia de agua, que reposaban silvestres, en los alrededores de Villa Paz y Castillejo. La realeza nunca los había sembrado. Destinábalos a coto de caza, de pesca, eran su lugar de recreo campestre. Me conmovía profundamente contemplar a estos hombres; verlos pronunciar las palabras con lentitud, con dejos de miedo y timidez, aunque insistiendo en su idea: Hay que emplear la tierra, hay que cultivarla. Poco a poco se alzaron las voces. Dijeron con claridad:

—¡Yo tengo un arado!

—¡Yo tengo semillas!

—¡Tengo algunos animales!

Los heridos, aquellos que jamás se habían ofrecido a colaborar, ahora lo pedían, voluntariamente, aquí, allá, a la derecha, a la izquierda: querían ayudar a los habitantes de las cuevas. ¡Frente a mis ojos nacía una cooperativa! La democracia ponía en actividad a los antiguos siervos de la realeza. En cada español se conservaba, hondamente, una tradición de libertad. ¡Pero cuán dolorosa era la lucha en que por obtenerla se empeñaban, con el mundo entero en su contra!

Antes de que transcurriera la noche nos vimos atendiendo a centenares de heridos, principalmente italianos. Era imposible que todos ellos pertenecieran al batallón Garibaldi, pues no había en España tantos italianos antifacistas. Muchos tenían heridas en las espaldas. ¿Qué había sucedido?

Comenzamos a atar cabos de acuerdo con los informes fragmentarios que nos proporcionaban, aquí y allá, los conductores de ambulancias, los heridos y otras fuentes. Los camisas negras de Mussolini, que sumaban millares, habían triunfado en Málaga y luego habían querido mostrarle a Franco la manera de romper el frente de Madrid. Por otra parte, cada garibaldino que podía sostenerse en pie se encontraba en la línea de fuego, al lado de los españoles leales y de los miembros de las brigadas internacionales, defendiendo la villa del oso y del madroño. Había comenzado a registrarse un nuevo tipo de combate: la batalla verbal, con magnavoces. Los de la Garibaldi les gritaron a sus paisanos del campo fascista:

—¿Por qué peleáis contra nosotros, vuestros hermanos, si esta es tierra española? No habéis llegado al África, como os dijo Mussolini... ¿Qué razón tenéis para combatir a vuestros conciudadanos, a vuestros camaradas obreros, si nosotros peleamos por lo mismo que vosotros queréis, luchamos por librarnos del fascismo? ¡Pasaos a nuestras filas! ¡Os esperamos con los brazos abiertos!

Y agregaban:

—Si queréis regresar a Italia os pagaremos el viaje. ¡Desertad! ¡Uníos a nosotros!

Y los soldados italianos abandonaban sus trincheras y se pasaban al campo republicano por oleadas. Sus oficiales, los camisas negras, les disparaban, hiriéndolos por las espaldas.

¡Los pobres! Creyeron marchar al África y se encontraron envueltos en un tremendo conflicto bélico contra sus propios compatriotas. Finalmente, garibaldinos y españoles infligieron una tremenda derrota a las huestes del duce. En nuestro hospital nos pasábamos de mano en mano copias al carbón de una caricatura política publicada por un periódico inglés. Representaba a Mussolini, echando una bravata: “Después de todo, fueron los italianos de la brigada Garibaldi quienes derrotaron a mis camisas negras. Los italianos sólo ceden ante otros italianos”.

Una mañana, cuando hacía la ronda en el segundo piso para comprobar quiénes bajarían a la clínica y cuántos tendrían que ser

visitados en su lecho, topé con un grupo de italianos aglomerados en torno a un paciente que yacía. Aquellos hombres, enyesados, apoyándose en muletas, me dijeron:

—¡Está muy grave, debe usted llamar al doctor para que lo vea!

Como apenas disponíamos de un médico para trescientos heridos, lo examiné yo misma. Estaba acatarrado. La herida de bala que tenía en la espalda no mostraba complicaciones. Les respondí:

—Puede bajar a la clínica. Sólo está resfriado, ni siquiera tiene temperatura.

—Pero si él desertó de los camisas negras para sumarse a nosotros... ¡Debe cuidársele especialmente! —alegaron.

—¡Qué necedad! ¡A mí no me interesa si es garibaldino o fascista: todos vosotros estáis heridos y tenéis iguales derechos!

Se enfurecieron y acudieron ante el doctor Van Reemst, acusándome de establecer distinciones. Querían llevar el asunto a la consideración de una asamblea general. Me tuvo sin cuidado: ya sacaría provecho de la junta para tratar otros problemas, pero sí me importó que ya no me sonrieran o me obsequiaran una presa, como acostumbraban hacer cuando hervían pollos en el patio. ¡Ahora les regalaban las alas a los ex camisas negras y a mí me volvían las espaldas!

Cuando la reunión tuvo lugar, tomé la ofensiva: me quejé de que muchos hombres que podían andar se quedaban encamados, sin ofrecer ninguna colaboración, a pesar de que teníamos que atender a trescientos pacientes. El doctor Van Reemst abundó en el tema. Les explicó que la suma total de personal adiestrado se reducía a dos: él y yo. Los miembros de la Garibaldi perdieron su brío, avergonzándose. Me hicieron visajes y yo les sonreí por toda respuesta. Más tarde reanudaron sus silbidos de admiración cuando yo pasaba cerca de ellos y me apodaron “la dínamo rubia”, ¡pero había perdido mis alitas de pollo!

Decreció casi por completo el número de pacientes nuevos. Los hombres comenzaron a volver al frente. Nos dedicamos a los heridos que eran operados en Villa Paz, en el hospital base. Debo decir con franqueza que prefería los días agitados; si no había movi-

miento, los soldados que no integraban escuadras de voluntarios se ponían a discutir. ¡Dios mío! No había tópico sobre el cual no entablaran alegatas, desde el arte hasta la política, acerca de cuanto calentaba el sol, pero principalmente, de política. El más vehemente era un griego de firmes ideas comunistas cuyo contradictor favorito era un anarquista catalán. La discusión nacía entre dos y llegaba a comprometer a una veintena. Antes de que las cosas llegaran a terminar malamente, a puñetazos y muletazos, pensé en algo que pudiera interesarles y tenerlos ocupados. Se acercaba el catorce de abril, aniversario de la República Española. Pedí a cada uno de los pacientes, especialmente al griego y al catalán, que prepararan un discurso para tal ocasión. Después les sugerí que un representante de cada nacionalidad escribiese algunas palabras de agradecimiento. Mientras guardaba las naranjas y las golosinas que regalaría a los pequeñuelos de los habitantes de las cuevas, pensé que tal vez aquellas recomendaciones frenarían el mal comportamiento de los pacientes en tanto llegaba el día de la celebración.

Resultaba evidente que los soldados franceses habían conseguido un vino fuerte. El único licor de que disponíamos en el hospital era un detestable tinto astringente que bebíamos en lugar de agua a la hora de comer. Los galos, ebrios ya, sostenían una disputa: palabras y muletas volaban de uno a otro lado. Los blancos brazos enyesados, agitándose grotescamente, parecían signos de admiración. Los puños cerrábanse amenazadores. Oíanse vocablos en distintos idiomas. No comprendía una sola palabra, pero sí me daba cuenta de la creciente ira que los animaba. Durante mi trabajo en el hospital había adquirido experiencia en el manejo de pleitistas; así, pues, podría haberlos puesto en calma, pero algún tonto mandó a Villa Paz informes de que en Castillejo se había iniciado un tumulto.

Rudolf, el alemán, acudió procedente de aquella comunidad. Con una pistola amenazó al grupo de rijosos. Todos ellos se le enfrentaron como si fueran un solo hombre:

—¿Qué derecho tiene usted de entrar al hospital con un revólver cargado? Las armas son para el frente, traerlas aquí es ilegal. ¡Lárguese! —le dijeron.

Enorme satisfacción me causó el ser testigo de cómo se desmoronaba la arrogancia de Rudolf cuando los franceses, sobrios ya, le quitaron la pistola. Lo escoltaron hasta fuera. Luego, como si no hubiera pasado nada, se encaminaron a la capilla donde se conmemoraba la fundación de la República. El griego pronunció su discurso. El catalán tomó la palabra. Lo que dijeron fue traducido a distintos idiomas y los circunstantes felicitaron en varias lenguas a la República Española. Los cantos hacían retemblar las vigas. Se les regalaron naranjas a los chiquillos. La gente hizo a un lado las grandes mesas del comedor y los españoles comenzaron a bailar la jota. Nuestra fiesta había comenzado entre palabras iracundas y terminado con danzas y canciones populares. Era la noche del 14 de abril de 1937.

Menos de una semana después de lo anterior, recibimos la noticia de que la policía militar había arrestado a Rudolf: tratábase, como nosotras lo habíamos sospechado, de un oficial alemán que se hacía pasar por antinazi. La prueba se encontró en la tapa de su preciosa pluma fuente que jamás prestaba a nadie. A él se debían los frecuentes bombardeos y muchos de los problemas suscitados. Aun aquí, en Castillejo, había tratado de convertir en sangrienta riña una simple disputa entre los miembros de las brigadas... Confíe en que el gobierno republicano no sería tan benigno con él como en años pasados lo fue con Franco y los demás generales traidores.

Disminuyeron los altercados. Después del fallido intento de Rudolf, nuestras relaciones volviéronse más estrechas en el hospital. Y yo aprendía más día a día: la gente de España y los miembros de la Brigada Internacional eran mis maestros.

¡Pueblo de la República Española! ¡Hombres de la Brigada Internacional! ¿Cómo podría expresaros lo que para mí significáis? Es posible que nunca en mi vida vuelva a tener la ocasión de trabajar, aprender y compartir mi suerte con gente tan idealista, caballeresca e inteligente, oriunda de distintos países. La vuestra fue una cruzada por la libertad humana. Es cierto que a veces disputasteis los unos con los otros, pero os unía algo fundamental: el afán de des-

truir al fascismo para que el hombre pudiera dignificar su vida y cumplir su más noble destino. Vosotros fuisteis, tal como os vi en 1937, dechado del más puro idealismo.

A mí me aprisionaba un sentimiento de culpa por haber dejado a mi hija para servirle a España. Mientras la línea de fuego se conmovía, no pensaba en el asunto. Pero cuando tornaba la calma, me asaltaban mis dudas. Según las fotografías que recibía de New Hampshire, Mary Lee estaba sana y feliz. Por otra parte, cuanto yo sabía, así como mi fe en la humanidad, reforzaba las labores acometidas en Castillejo. Fui testigo de que en este lugar tornábanse realidad muchas de las cosas en que yo creía: hombres de todas las razas y religiones colaboraban para el mejoramiento del ser humano. Asistía, en Castillejo, al nacimiento de una vida democrática. Vosotros me lo enseñabais. El analfabeta habitante de las cuevas me lo mostraba. Yo recibía más de lo que podía dar.

Si otra cosa no hubiera aprendido, habría, de cualquier manera, alcanzado lo que para mí era fundamental. En la Universidad de Columbia se decía, en el aula, que no había, de necesidad, una correlación directa entre la inteligencia y la educación formal. Esto pude verlo en España, cotidianamente: campesinos y hombres de diversos oficios, entonces soldados, gente que no podía leer ni escribir, quería, vehementemente, aprender a hacerlo. Los trogloditas habían echado a andar su cooperativa. Querían conocer, saber muchas cosas. Eran analfabetas, ciertamente, pero su filosofía social era mejor que la que sustentábamos en los Estados Unidos.

Una espantosa guerra se libraba a su lado, en derredor suyo, sobre ellos mismos, pero no dejaban de trazar planes para alcanzar una existencia más alta. Las clínicas surgían donde jamás se hubiera imaginado antes. Cada nueva trinchera tenía un sector que se empleaba a guisa de aula. Individuos que jamás asistieron antes a un teatro formaban ahora grupos que ponían obras para representarlas ante sus compañeros. La gente cuidaba de que las obras de arte, como las pinturas que adornaban nuestro hospital, no sufrieran daño alguno. El deseo de saber más constituía una fuerza vital en España. Se luchaba firmemente para ganar la guerra con la mira de

impulsar las actividades educativas, una vez establecida la paz. A pesar de los combates, mejoraban ya sus conocimientos.

En nuestro palaciego hospital de Castillejo, un profesor catalán daba, postrado en el lecho, clases de lectura y escritura. Era miembro de la FETE,<sup>10</sup> el sindicato de los maestros. Me informó acerca del trabajo que habían estado desempeñando en las trincheras: en la propia línea de fuego se habían organizado novecientas aulas. En cierta ocasión, al notar la carencia de textos, dirigió en persona un asalto a la aldea inmediata, que los fascistas tenían en su poder, con el objeto de sacar de la escuela clausurada los libros de primer grado. Por cada escuela que Franco cerraba, la República abría otras más, a pesar de Mussolini, el pacto de neutralidad y el hambre que acechaba.

Yo llevaba un diario, por vez primera en mis treinta y dos años de existencia. Tomaré uno de sus párrafos: “Hasta 1935, bajo la monarquía, habíanse establecido novecientas cuarenta y tres escuelas. La República Española ha fundado, a partir de julio de 1936, diez mil escuelas, novecientas aulas en las trincheras, etc. El salario de los maestros se ha triplicado. El presupuesto para construir nuevos edificios escolares asciende a catorce millones de pesetas”.

Nuestro primer hospital, el de Romeral, a la sombra de los qui-jotescos molinos de viento, había sido una construcción escolar reciente. Yo había visto al pueblo español, a viejos y jóvenes, estudiar a la claridad del día, a la luz de las lámparas o al amor de las velas. Nunca antes había leído carteles sobre salud pública tan cuidadosamente preparados. Los esfuerzos de la República Española por triunfar en la guerra para estudiar después pacíficamente constituían un sorprendente y estimulante ejemplo. Hombres, mujeres y niños luchaban sangrientamente contra los invasores. La música flamenca servíales de fondo. Y, al mismo tiempo, estudiaban con ahínco. ¡Este era el país al que las fuerzas oscuras de la involución

---

<sup>10</sup> Federación de Trabajadores de la Enseñanza, fundada en 1931, año de la proclamación de la Segunda República. [N. de la E.]

querían derrotar! ¿Qué persona de pensamiento humanista podría nunca simpatizar con el fascismo?

El pasaporte que obtuve en 1933, cuando fui a Ámsterdam a ver a mi familia, caducaría en breve. Desde luego, no deseaba irme de Castillejo pero tampoco quería encontrarme en España de manera ilegal. No dudaba que en Valencia, donde había un consulado norteamericano, obtendría su renovación, puesto que la unidad médica estaba en España, legalmente, en su condición de no-combatiente. Cuando salí para Valencia no había novedad en la línea de fuego. En la ciudad de las huertas, los ingleses se rieron de mi candidez. Estaban absolutamente seguros de que no conseguiría renovar mi antiguo pasaporte ni obtendría uno nuevo.

—Pero si yo nací en los Estados Unidos y, en consecuencia, soy ciudadana norteamericana, ¿por qué habrían de negármelo? —les pregunté.

—Ya se desengañará usted... no estamos en el frente donde se juzga con claridad; aquí estamos en la retaguardia y las embajadas extranjeras hacen todo lo posible por enmarañar las cosas —me replicaron.

Me urgía regresar al hospital y me dirigí de inmediato al consulado norteamericano. Una vez dentro, no hubiera podido afirmar si las personas que me atendían eran hombres, o mujeres en traje masculino. Me presenté ante un señor exquisitamente vestido, a quien expliqué lo que quería. Con una afeminada voz de falsete, me respondió:

—¿Pero qué es lo que una linda chica norteamericana hace en el frente, al lado de los republicanos? ¡Caramba! Si esa gente es una banda de asesinos... ¿Sabe usted que aquí, en Valencia, mataron a más de cincuenta mil personas sólo porque estas llevaban corbatas?

—Conque cincuenta mil valencianos poseían corbatas... —comenté candorosamente, contemplando la suya, floreada, de tonos chillantes.

El hombre se estremeció, medroso; sus ojos brillaron sensualmente cuando me dijo que todos los republicanos eran comunistas, violaban a las monjas, asesinaban a los curas, mataban a quienes se ponían corbata y desacataban la monarquía.

Apenas podía creer cuanto escuchaba de labios de este estúpido, ignaro representante de los magnos Estados Unidos de la América del Norte. Sin embargo, traté de explicarle algo de lo que el pueblo español me había enseñado. Le expuse el problema según mi punto de vista: asistíamos, en pleno siglo XX, al paso del feudalismo a la democracia y, al mismo tiempo, a una lucha contra las fuerzas que no deseaban que el mundo avanzara, por ejemplo, Hitler y sus soldados, los camisas negras de Mussolini, los moros de Franco y el llamado Pacto de Neutralidad, ilegal a todas luces. Los propios Estados Unidos se habían rebelado, a fines del siglo XVII, alcanzando el triunfo. Nosotros, a pesar de nuestra historia revolucionaria, habíamos creado esa imbécil Acta de Neutralidad que perjudicaba al gobierno legal de España. Le apunté la semejanza que existe entre nuestra Constitución y la de España. Pero, en realidad, no hacía otra cosa que perder mi aliento y mi tiempo. Con su tenue vocecilla afeminada me respondió:

—¡Todos son comunistas!

Los odiaba, tal hecho era evidente. No sé por qué razón permanecía en Valencia cuando debería haber estado en Berlín, atendiendo a los muchachos nazis. Tuve ganas de escupirle la cara, pero no valía la pena. Me aconsejó que volviera a los Estados Unidos. Le respondí que lo haría cuando hubiera terminado mi trabajo. Por supuesto, no conseguí el pasaporte. Me fui con el documento caduco. Rehusé entregárselo: me pertenecía, pagué lo que valía; para mí, este hombre, si cabe llamarlo así, no representaba a los Estados Unidos.

No, este sujeto no es nuestro representante. Los Estados Unidos estaban integrados por católicos, protestantes, judíos, demócratas, republicanos, socialistas, comunistas, sindicalistas, irlandeses, negros, holandeses, suecos, italianos, polacos y más, cada vez más, norteamericanos de primera generación y de segunda generación, así como por descendientes de los inmigrantes del *Mayflower*, enterrados lado a lado en el frente del Jarama; por hombres que esperaban, bajo la llovizna helada, una taza de café caliente, una taza que no llegaba a sus manos porque quien la llevaba había sido muerto

en el camino: hombres a los que sus heridas impacientaban, que se retorcían, hombres que escapaban del hospital para volver a la línea de fuego, varones que luchaban por la libertad... Estos eran los Estados Unidos para mí.

Más que de prisa emprendí el camino de regreso: Valencia, Albacete y mi hogar español, Castillejo. Estoy segura de que ninguna reina ni cualquier otro miembro de la familia real amó a Castillejo tanto como yo lo quise, tanto como todos nosotros lo amamos. No tenía ni medio minuto de haber llegado a las puertas del hospital cuando me dijeron que el doctor Barsky quería verme. ¿Qué desearía con tanta urgencia?

Lentamente ascendí por el monte, rumbo a Villa Paz. El riachuelo de las truchas bajaba entre las piedras. El antiguo alcázar parecía más misterioso y sabio que nunca. Grupos de heridos caminaban a lo largo de la ruta. Los niños que se dirigían a la escuela me saludaron con afecto. Llegué a la entrada de Villa Paz. Los soldados españoles e internacionales contemplaban, sentados al sol, a las mujeres que lavaban ropa. La babel de voces convirtióse en palabras inglesas cuando entré a la oficina del doctor Barsky. Ni siquiera me preguntó si me habían renovado el pasaporte; fue directamente al grano:

—¡Necesitamos medicinas e instrumental médico, precisamos de más médicos y enfermeras; queremos que alguien vaya a los Estados Unidos y le hable a la gente acerca de España, en todos sus rincones!

—¿Por qué me mira así, doctor Barsky? ¿Quiere usted decir que me ha escogido? —le pregunté ansiosa.

—¡Sí, quiero que usted vaya lo más pronto posible! —me respondió.

—Pero, ¿por qué yo? —protesté.

—Porque usted ha tenido múltiples ocasiones de hablar en público... ¡Hasta yo fui una vez a una de sus pláticas sobre el control de la natalidad y la planificación de la familia! ¡Sí, irá usted! —me respondió. Y agregó:— Además, es usted rubia, parece aria y tendrá menos oposición por parte de los anticomunistas y los antijudíos...

Tenía razón. Necesitábamos suministros médicos y gente adiestrada. Pero me quedé de una pieza: yo no quería marcharme... mi trabajo quedaría inconcluso... una parte de mí permanecería siempre en Castillejo, España.

Quizá volvería a España, con mi hija, alguna vez, y colaboraría en el establecimiento de unidades de salud pública, cuando los invasores fueran vencidos. Me había identificado con este país, con su tierra, con su gente. Era un retorno a la patria de los sefarditas, mis antepasados. Iba a marcharme, pero me asistía una razón fundamental, la de buscar ayuda para la República Española.

Estuve en España sólo una breve temporada; sin embargo, me parecía toda una vida. Desempeñé una mínima parte en la lucha desigual que el pueblo libraba contra las poderosas fuerzas del mal. Lo que esa gente me dio sobrepasaba a cuanto yo pude darle. España me había enseñado cotidianamente en qué consisten el valor, el coraje, la bravura y la dignidad del hombre. Me había dado la oportunidad de trabajar y pensar de acuerdo con mis más elevadas posibilidades. Con ello logré superarme a mí misma: ingresé en la hermandad de los seres humanos. Ya no estaba sola.

Empecé el camino de regreso: ora el camión, ora el tren, ora el barco me fueron acercando al hogar, a mi hija, a la tarea que desempeñaría en auxilio de la República Española.

Siendo rector de la Universidad Veracruzana  
el doctor Raúl Arias Lovillo,  
*España 1937. Memorias* de Lini M. de Vries,  
se terminó de imprimir en octubre de 2009,  
en Master Copy S. A. de C.V., Avenida Coyoacán 1450, Col. Del Valle,  
Del. Benito Juárez, CP 03220, México, D.F., tel. 55242383.  
La edición consta de 500 ejemplares más sobrantes para reposición.  
Se utilizaron tipos AGaramond de 13/15, 11/9, y 20 puntos.  
Formación: Aída Pozos; edición: Nina Crangle.

